

Una simple mujer

Sofia Silva Montoya

Si he escrito esta carta tan larga, ha sido porque no he tenido tiempo para hacerla más corta.

Blas Pascal

Puede sonar muy común, pero así he sido y soy yo, Sofía, una simple mujer. A pesar de que a algunos no les pueda parecer, también me considero una triunfadora, porque me he desarrollado plenamente en casi todos los ámbitos de mi vida: como mujer, como esposa, no tanto como madre, pero sí como abuela, ama de casa y como empresaria. Creo que en mí no cabe decir “si yo hubiera” o “¿por qué no hice tal o cual cosa?”, puesto que he logrado casi todo lo que me he propuesto ser y hacer hasta el día de hoy.

Por supuesto, no todo ha sido miel sobre hojuelas. En varias ocasiones tuve mis altibajos y mis grandes decepciones, pero de todas fui saliendo adelante y las superé conforme se fueron presentando, ya fueran de trabajo, con mi pareja, como madre, como mujer, o bien en la vida cotidiana, ya que nunca falta un pelo en la sopa.

MI NIÑEZ

Nací en México, D. F., el 18 de noviembre de 1938, en el seno de una familia unida y bien conformada. Mi padre fue don Cristóbal Silva Ballesteros, y mi madre, doña Sofía Montoya Corona. Tuve una niñez normal, como cualquier otra niña, eso sí, muy feliz, porque mis papás se encargaron de darnos todo el tiempo y la atención posibles. Aunque en múltiples ocasiones mi salud no fue muy buena, siempre estuve muy bien atendida, pues mis padres sólo vivieron para sus

hijas. Somos cuatro hermanas: Cristina (Qui-ti), Lourdes (Luly), Ana (Marucha) y yo, que soy la tercera.

Fui una niña introvertida, enfermiza, un poco acomplejada, ya que no me podía vestir igual que mis hermanas, pues siempre debía usar camisetas de lana de manga larga y botitas a los tobillos. Era muy delgadita y me caía mucho. Me sentía muy fea, me comparaba con mis hermanas, a las que veía preciosas.

Fui muy sensible y lloraba por todo, al grado de que mi papá me llamaba Ojos de charquito. Tendría yo unos tres o cuatro años, cuando un día me dijo:

—Oye, hijita, tú lloras mucho y todas esas lagrimitas se están desperdiciando, así que te voy a hacer un botecito con un cordel para que te lo cuelgues al cuello, y cada vez que tengas ganas de llorar, inmediatamente te lo pones y así me vas juntando tus lágrimas para que con ellas me rasure todos los días.

Y diciendo y haciendo. Puso un clavo en la pared donde colocó el famoso bote de manera que yo lo alcanzara. Cuando llegaba del trabajo, me daba un beso y me decía:

—¿Cuánto lloraste hoy, hijita?

Yo salía corriendo por el botecito, me lo colgaba al cuello y le contestaba toda llorosa:

—No mucho, papi, pero ahorita voy a llorar —me ponía el bendito bote debajo de un ojo y lo exprimía muy duro, luego revisaba en el fondo para ver si la lágrima había caído bien.

Cuando hacía alguna travesura o ya tenía hartos a todos con tantos lloros, el castigo más grande que mi mamá me imponía (nunca nos pegaron) era mandarme al baño; por supuesto, iba bañada en lágrimas, como era mi costumbre, y después de un rato, mi mamá me decía:

—¡Si ya dejaste de llorar, ya puedes salir!

Invariablemente contestaba:

—¡No, me falta un poquito más! —y vuelta a llorar.

Así que el baño se convirtió en mi cuarto de juegos. Siempre

jugaba a la escuelita, bajaba la tapa del escusado y ponía bocabajo una bacínica, de modo que tenía mi silla, mi escritorio e inventaba los nombres de mis alumnos. De castigo en castigo y de llanto en llanto, no sé cómo aprendí a leer y a escribir; lo hacía tan bien que hasta le enseñé a la hija de una vecina, maestra de primaria. Tendría yo unos cinco años.

Imposible olvidar mi cumpleaños número cinco. Le pedí a mi mamá que para mi fiesta me hiciera un pastel negro adornado con calaveras de dulce, las más pequeñas que hubiera, y en el centro pusiera una cajita de muerto, de esas que venden en el mercado y que, cuando se le levanta la tapa, brinca un esqueleto todo tembloroso, como si estuviera bailando.

Por supuesto, no me hizo ningún pastel como yo quería, porque le pareció de lo más tétrico e inadecuado para una niña de sólo cinco años. Gran decepción para mí... me pasé mi cumpleaños llora y llora, lo cual me resultaba muy fácil.

Las idas al hospital con mi papá fueron lo mejor que me pudo pasar. Me sentía muy importante, me fascinaba, pues él en ese momento era sólo para mí. Iba orgullosa tomada de su mano, no me importaba ir al doctor o que me pusieran inyecciones, como solía ser lo usual, todo era maravilloso, estar a solas con él sin tener que compartirlo con nadie, en esos momentos era el centro de toda su atención.

Recuerdo que mi mamá me ponía sobre el vestido una bata de tela de cuadritos con bolsas al frente para que no me ensuciara y, en una ocasión, empecé a llorar más de lo normal.

—¿Qué te pasa, por qué lloras así?

—Es que me tragué un vidrio de anteojo que traía en la mano contesté con dificultad.

Sin preguntar más, salió corriendo a la cocina y me trajo un plátano, un vaso con agua y me ordenó que lo comiera y bebiera toda el agua. En eso estábamos, cuando llegó mi papá.

—¿Qué sucede, por qué tanto alboroto?

—Sofía se tragó un vidrio.

—A ver, hijita dijo con toda calma , cuéntame cómo estuvo eso, ¿de qué tamaño era el vidrio?

—De esos de los anteojos, me lo metí en la boca, y cuando lo estaba chupando, de repente desapareció contesté llorando.

—¡Ajá!, ya entendí. Ahora mete tus manos en las bolsas de tu batita.

Así lo hice y ¡cuál no sería mi sorpresa al sentir el bendito vidrio! Entonces me solté llorando de gusto. Mi papá estaba atacado de risa y, por supuesto, burlándose de mi mamá por no habersele ocurrido que era imposible que un vidrio de ese tamaño me cupiera por la garganta.

Cuando tenía diez u once años, estaba mucho mejor de salud, ya no era tan delgada, embarneceí, crecí y me desarrollé normalmente. Me volví una niña desenvuelta, segura de mí misma, independiente y muy traviesa, sobre todo en la escuela —donde, por cierto, no fui muy buena alumna que digamos, aunque nunca reprobé ningún grado , en eso mi papá nos consentía mucho, no nos exigía gran cosa.

MI PRIMERA EDUCACIÓN

La educación que nos dieron mis padres fue bastante rígida y tradicional. Mi papá era muy religioso, así que nosotras, por ser mujeres, estábamos muy cuidadas, muy vigiladas, y antes de leer algo, ya fuera un libro, una revista o un simple periódico, tenía que pasar por su censura. A mí, la verdad, no me causó ningún conflicto este sistema, pues como dice el dicho, “el que no conoce a Dios, con san Juan se ataranta”, de manera que o nos daba risa o nos poníamos furiosas cuando encontrábamos alguna revista mutilada y los libros de arte con las esculturas pintadas con calzones y brassier.

A la fecha me admira mucho cómo mi papá y mi mamá llegaron a tal entendimiento para educarnos, ya que cada uno tenía su parte muy bien delimitada. Mi papá se encargaba de todo lo que fuera

religión, buenos modales, buen comportamiento, así como lo relacionado con la escuela, y tenía una frase célebre: “La persona más educada es la que menos molesta”; mi mamá veía lo personal de cada una de nosotras. Él era el que iba a las juntas escolares, generalmente era el único señor que asistía, el que firmaba las boletas de calificaciones, el que siempre nos estaba enseñando algo o nos echaba toritos, como él decía, el que nos ayudaba con las tareas y nos sacaba de dudas sobre algún tema que le preguntáramos —académico, por supuesto, no de otra índole—, a tal punto que cada comienzo de año escolar nos forraba libros y cuadernos y les ponía nombre y grado.

Mi padre fue un hombre culto, inteligente, muy organizado, buen administrador. Tenía mucha ayuda de mi madre, pues aunque no trabajaba fuera de casa, hacía miles de cosas para que mi papá economizara lo más posible: nos hacía los uniformes y nunca nos pusimos vestidos comprados, ya fueran para el diario, vacaciones o de fiesta, ella los confeccionaba para las cuatro hijas; los trajes de mi papá los limpiaba con gasolina blanca y los planchaba que parecía que habían ido a la tintorería; en fin, un sinnúmero de cosas para colaborar al ahorro familiar. Guisaba riquísimo, lo que fuera, desde unas gorditas hasta el platillo más sofisticado. A mi papá lo tenía muy consentido. Ella le escogía y sacaba la ropa que se pondría; cuando mi papá se cambiaba de traje, le ponía todo lo que traía en el anterior, en el lugar exacto, para que ni esa molestia tuviera.

Mi mamá, por otro lado, se ocupaba de nuestra manera de vestir, de hablar, y nos enseñó a coser, tejer, bordar, guisar, lavar, planchar y, cuando fuimos adolescentes, era la que daba los permisos, invitaba a alguien, iba a las fiestas —por supuesto, nunca salíamos sin ella y mucho menos íbamos solas, eso hubiera sido pecado mortal—. Debíamos contar con su aprobación para tener amigas, amigos, pretendientes o novios. Todo lo hacíamos bajo su vigilancia. En eso mi papá no se metía, nunca nos decía nada, aunque algo no le pareciera; hablaba con mi mamá y ella, a su vez, se encargaba de

Llevar a cabo lo que creía conveniente.

Cuando algo nos dolía, íbamos con mi mamá a quejarnos y su contestación invariablemente era: “Tómame un Mejoral y acuéstate a dormir. Las mujeres tenemos que saber aguantar el dolor; ya verás cuando seas madre, entonces sentirás dolor verdaderamente”.

En lo personal, me hubiera gustado enormemente que mis papás hubieran sido más cariñosos, pues no recuerdo que nos hayan dado apapachos, caricias o besos; eran bastante secos con nosotras. Tal vez cuando fuimos muy niñas sí lo hicieron, pero después ya no, nos enseñaron a ser fuertes ante el dolor o cualquier adversidad.

A mi madre nunca se le escapaba nada, era una mujer muy inteligente, aun cuando no tuvo preparación académica. Su frase favorita era: “Tu padre lo dijo”, aunque fuera mentira, porque en casa todas sabíamos que era un total y absoluto matriarcado, pero encubierto y, por supuesto, se hacía lo que ella disponía.

UNA TRAGEDIA FAMILIAR

Apenas nos cambiamos a la casa que construyó mi papá en la calle de Mercaderes (hoy de mi hermana Ana), la familia vivió un gran sufrimiento cuando mi hermana Quiti, la mayor, tuvo un derrame cerebral que le provocó parálisis del lado derecho del cuerpo, que también le obstaculizó el habla. Yo sentía horrible al verla tan desesperada por no darse a entender y por la falta de movimiento en su mano y pie derecho. Se ponía furiosa cuando le daban de comer en la boca, y si no le gustaba, hasta los platos aventaba con la otra mano. Me di, entonces, a la tarea de enseñarle a hablar y a escribir nuevamente. Al llegar de la escuela lo primero que hacía era ir a verla, platicarle miles de cosas y, muchas veces, hacerla reír. Le tenía mucha paciencia, aunque ella casi siempre estaba de mal humor.

Un buen día hubo en la casa gran algarabía cuando dijo su primera palabra: aró. Lo aplicaba para la comida, las cosas, las personas...

aró era todo, y poco a poco empezó a darse a entender y, posteriormente, a hablar, lo hacía de manera muy simpática, parecía rusa. Se recuperó bastante rápido, pues tenía gran fuerza de voluntad y, sobre todo, algo muy favorable, su edad: sólo quince años. Me propuse enseñarle a escribir (a veces no quería hacer nada, y otras, avanzaba muy de prisa). Con esta experiencia acabé de convencerme de que nací para enseñar (ya tenía doce años) y también sirvió para que entre nosotras se entablara una muy buena relación.

MI RELACIÓN CON MIS HERMANAS

Con mis hermanas siempre me llevé muy bien. No me gustaba pelear, acusar ni meterme en problemas, fui muy compartida, nada egoísta. Era el bufón de la casa: alegre, burlándome de mí misma y riéndome de todo y de todos. Con Ana fue con la que mejor me llevé desde niña, a pesar de la diferencia de edades (ella es menor que yo casi cuatro años). Estábamos siempre juntas: en los juegos, con los amigos y amigas, en las travesuras; éramos cómplices en todo, y era mi principal fuente de información, pues fue muy adelantada para su edad y muy curiosa, así que me ponía al tanto, porque todo lo averiguaba. Yo era muy inocentona y no tenía ese tipo de inquietudes.

En una ocasión —Ana tendría nueve años—, cuando yo regresaba de la escuela, mi mamá me esperaba en la puerta de la casa. Dije para mis adentros: “Algo anda muy mal”.

Me llamó aparte y muy enojada me dijo:

—¡Qué barbaridad, Sofía! Es el colmo contigo. Al arreglar tu cama, mira lo que encontré —me mostró una cajetilla de cigarros y unos cerillos—. ¿Me quieres explicar qué significa esto?

—Te lo juro, mamá, no son míos.

(Sabía que eran de mi hermana Ana, la había visto fumar con sus amigas en la azotea, pero nunca dije nada.)

—¿Qué ejemplo le estás dando a tu hermanita que es tan chica?

En verdad no tienes vergüenza, estás castigada y no podrás salir en varios días.

Así era mi hermana menor. Me enojaba mucho con ella, pero a los pocos minutos ya estábamos como si nada. No era ni soy rencorosa; no podíamos estar separadas, aunque fuera por un rato, haciéndonos bromas, jugando cualquier cosa; el caso era estar juntas.

MI PREPARACIÓN ACADÉMICA

Mis estudios no fueron la gran cosa. Cursé tres años en el jardín de niños José María Morelos y Pavón, ubicado en la avenida Revolución, en Tacubaya. El primero, segundo y la mitad del tercer año de primaria asistí al colegio particular Refugio G. de León, en la calle de Tehuantepec, colonia Roma. Mi papá se vio en la necesidad de cambiarnos a una escuela oficial, porque durante la guerra le fue mal económicamente, así que terminé el tercer año y el resto de la primaria en la Enrique Olavarría y Ferrari, también en Revolución, pero a la altura de Mixcoac. El primero de secundaria lo cursé en la secundaria 8, en la calle Primero de Mayo, en San Pedro de los Pinos. Como mi papá ya estaba en mejor situación económica, entré de nuevo a una escuela particular, la Academia Maddox, en ese entonces localizada en Río Sena, colonia Cuauhtémoc. Era una escuela inglesa, muy prestigiada y terriblemente rígida, pero me amoldé al sistema —o más bien, ellos a mí— y me gustó mucho el inglés, así que lo aprendí muy rápido y bien. Estuve un año en Special, curso para aprender las bases del idioma in-glés, y al año siguiente en Junior High, que es el equivalente a la secundaria. Después mi papá decidió que estudiara Comercio ahí mismo, todo en inglés, por supuesto. A mí eso no me hacía muy feliz, pero no opuse resistencia y obedecí. ¡Quién iba a pensar que lo estudiado, aun sin gran gusto, me serviría muchísimo para administrar mi propio negocio posteriormente! A los quince años empecé a dar clases de inglés;

entonces corroboré que había nacido para la docencia.

Como dije, no fui muy buena para los estudios, fui floja. Me encantaba ir a clases, pero no para estudiar. Cabeza no me faltaba; creo ser inteligente. Hasta la fecha tengo muy buena memoria y gran retentiva. Nunca faltaba, no por buena estudiante sino para ver qué travesura se me ocurría. Era tremenda, todo mundo tenía que ver conmigo, desde la directora, las maestras, las alumnas, hasta el conserje; en fin, tenía comal y metate con todos, era muy simpática, parlanchina, alegre y de muy buen carácter.

MI ADOLESCENCIA

Esta etapa fue para mí muy bonita. Fui muy fiestera, físicamente bien formada y —¿por qué no decirlo?— le gustaba mucho a los muchachos. Era muy coqueta, siempre tenía un montón de pretendientes listos para ser mi pareja en las fiestas. No fui noviera, sólo tuve dos novios: un muchacho y Mario, el que ahora es mi esposo. Él y yo nos conocemos desde que yo tenía doce años y él catorce, fuimos amigos por mucho tiempo y hasta que tuve diecinueve iniciamos nuestro noviazgo.

Al poco tiempo de ser novios, me fui seis meses a vivir a Estados Unidos con Quiti para ayudarle con el idioma, ya que de las cuatro hermanas era la única que no hablaba inglés. Estuvimos en Pontiac, Michigan, donde me la pasé fantástico, pues con mi carácter desenvuelto, alegre y lleno de coquetería, me hice de amigos inmediatamente. Todos eran médicos, la mayoría solteros, y estaban estudiando al igual que Paco, mi cuñado. Me sentía lo máximo, pues yo les gustaba a más de cinco, pero me enamoré como loca de un médico alemán, Alfons Grutka. No me importó tener novio en México, estaba totalmente deslumbrada. Yo, de diecinueve años; él, diez años mayor que yo, y pronto me propuso matrimonio. ¿Cómo no iba a ser atractivo para mí comparado con los chamacos con los

que estaba acostumbrada a tratar? Llegó el tiempo en que tuvimos que regresar y no me atreví a dejarlo todo para irme con él. Tal vez fue por la educación que me dieron: no pasaba por mi cabeza desobedecer, aunque ganas no me faltaron. Me habló por teléfono desde Jamaica, quería venir a México a pedirme, pero no le dieron la visa porque había nacido en el lado este de Berlín. Después recibí varias cartas, pero ya todo se había enfriado y ahí quedó, como un bello recuerdo. Dejé atrás lo pasado y, con el tiempo, volví a sentir el mismo amor por mi no-vio, como antes de irme.

Vivir en Estados Unidos me ayudó con el inglés, pues lo dominé perfectamente. Después entré a trabajar tres años en el English Kindergarten, que impartía enseñanza bilingüe. Los dos primeros meses estuve como ayudante, pero cuando se dieron cuenta de mi facilidad para enseñar, me asignaron grupo y estuve como educadora titular en primero, segundo y tercero de jardín. Con eso tuve para forjar después mi futuro profesional.

MI JUVENTUD Y NOVIAZGO

Mi noviazgo duró cuatro años y cuatro meses. No fue muy bueno que digamos. Mi mamá me decía que para qué nos casábamos, si siempre estábamos discutiendo o peleando, sólo que ella no sabía, bien a bien, por qué nos peleábamos. Mi novio quería que es-tuviéramos algunos ratos a solas —como era lógico—, pero eso en mi casa era casi imposible, pues siempre estábamos bajo la vigilancia de mi mamá. Claro que nos dábamos nuestras mañas para tener un poco de intimidad, caricias, besos... El caso es que si no había oportunidad, Mayito (como le he dicho siempre de cariño) se ponía furioso y empezaba a nadar, como yo le decía, pues le preguntaba:

—¿Qué te pasa?

—Nada —me contestaba, y así pasábamos largos ratos nada y nada.

Era muy celoso, por una parte, y por la otra, nos faltaba libertad para ir a cualquier lado, siempre teníamos que hacerlo acompañados de alguien, ya fuera mi mamá o mi hermana menor. De soltera no conocí un centro nocturno, nunca vi una película subida de tono, “eso no era de gente decente, bien nacida”, como di-ría mi madre. Los únicos bailes a los que íbamos era a las tardeadas de la escuela, o si acaso a los bailes anuales de la Escuela de Arquitectura, pero eso sí, nos íbamos del otro lado de la pista para bailar un poco más pegaditos, pues de cachetito (como se decía antes) era imposible, ya que soy chaparra y él bastante más alto que yo.

Nuestras salidas eran a tomar un helado los domingos o a un día de campo; sin embargo, yo no lo viví mal, porque al no tener punto de comparación, para mí así estaba bien.

A pesar de que mi mamá era muy perceptiva y maliciosa, no se daba cuenta de las bromas que entre mi papá y yo le hacíamos, lo cual no le caía nada en gracia, pues desafortunadamente, no tenía mucho sentido del humor. En una ocasión, en la víspera de Na-vidad, me pidió que la acompañara al centro a comprar lo necesario para la cena. Cuando me estaba dictando la lista de lo que necesitaba me dijo:

—Apunta: un frasco grande de alcaparras.

—¿Un frasco de qué, mamá? le contesté de inmediato.

—De alcaparras.

—¡Ay, mamá! Ya ni la amuelas, se dice alcarrapas.

—Oye, hijita, toda mi vida he dicho alcaparras.

—Sí, pero toda tu vida lo has dicho mal. Se dice: al-ca-rra-pas.

Nos fuimos al centro, a una tienda española de ultramarinos, y mi mamá con mucha seguridad pidió:

—Me da por favor un frasco grande de alcarrapas.

El dependiente, un español malhumorado, le pregunta:

—¿De qué? ¡Alcaparras, querrá usted decir!

—Sí, señor, así es —contestó mi mamá, mientras me fulminaba con la mirada.

Cuando salimos de la tienda estaba furiosa, y yo, atacada de

risa. Al llegar a la casa le conté a mi papá lo que había pasado y se echó a reír con ganas, y a la pobre de mi mamá la trajo de botana por varios días. Él siempre le hacía miles de bromas, lo que servía para que nosotras también entráramos al juego, cosa que a mi mamá le caía muy mal. El 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes, mi papá le hacía alguna inocentada, y mi mamá invariablemente se la creía. Cuando se daba cuenta de la broma, se enojaba muchísimo.

A ella le gustaba decir que tenía gran control sobre sus hijas: con una mirada o con un jalón del vestido ya sabíamos que quería decirnos. A mí ese comentario me molestaba mucho, así que en varias ocasiones, cuando estábamos delante de alguien y empezaba a hacer gestos con los ojos, en vez de hacerle caso, le decía:

—¡Ay, mamá!, ¿qué quieres? ¿Por qué me miras así? Háblame, no te entiendo.

Por supuesto, mi mamá se ponía colorada y trataba de disculparme. Yo, para mis adentros, estaba muerta de risa.

Casi un año antes de casarnos, mis suegros fueron a pedirme, y mi futuro esposo me dio el anillo de compromiso, precioso, con un brillantito engarzado en oro amarillo (lo perdí en la luna de miel). Se la pasó ahorrando no sé cuánto tiempo para comprarlo. Yo estaba fascinada con mi anillo y se lo mostraba a todo mundo. “¿Dónde está la lupa para ver el brillante que dices?”, se burló mi hermana Lourdes. ¡Cómo me caía mal ese tipo de comentarios tan sarcásticos, clásicos de mi hermana, que no era capaz de decir algo halagador!

NUESTRA BODA

Nos casamos por el civil el 6 de noviembre de 1961, el día en que Mayito cumplía sus veinticinco años. La recepción fue en casa de mis suegros y tuvimos por testigos a los tíos de mi esposo y amigos; por mi parte, mis hermanas y algunos amigos de mis papás. El 17 del mismo mes, un día antes de que yo cumpliera veintitrés años, nos

casamos a las doce del día por la iglesia, en la de Nuestra Señora de Guadalupe que está en la Guadalupe Inn. Mis papás ofrecieron el banquete de bodas para ciento veinte personas en el salón Claro de Luna que estaba en Insurgentes. La fiesta se prolongó hasta muy tarde. Fue muy alegre, todo mundo bailó, hasta de cabeza, y nosotros, los novios, como no se había visto antes, fuimos los últimos en salir del salón. ¡Cómo gozamos nuestro banquete de bodas! Ya entrada la noche, nos fuimos de luna de miel en nuestro carro, un flamante Oldsmobile 49.

La primera noche la pasamos en la hacienda San José Vista Hermosa, cerca de Cuernavaca, un hotel precioso, tipo colonial (ése fue el regalo que nos dieron mi hermana Lourdes y Nicho, mi cuñado: la primera noche en la suite nupcial.)

“¡Al fin solos!”, como dicen en las películas. Fue increíble, maravilloso. Estábamos, enamorados y deseosos el uno del otro, haciendo uso de nuestra libertad, como tanto lo habíamos anhelado; estábamos tan descosidos, que pedimos una botella de champaña. No nos la acabamos esa noche, por supuesto, pero como había costado muy cara, al despertar decidimos terminárnosla.

En la mañana salimos para Acapulco. Nos hospedamos en la casa que tenía mi papá en condominio con unos amigos en Pie de la Cuesta. ¡Qué bella fue nuestra luna de miel! Parrandeamos todas las noches y hasta tomamos uno que otro trago.

Él, casi arquitecto (a punto de titularse), y yo profesora de inglés y con mucha práctica en educación preescolar.

NUESTRA NUEVA VIDA

Nos fuimos a vivir a Villahermosa, Tabasco. ¿Por qué a Villahermosa? Unos años antes, cuando mi esposo era todavía estudiante, fue allá de vacaciones con un amigo tabasqueño. Ambos visitaron al gobernador, que en ese tiempo era Carlos A. Madrazo, y le contaron

que eran estudiantes de arquitectura y que les gustaría trabajar allá. El señor les dijo:

—Terminen de estudiar, regresen, y yo aquí los espero. Los apoyo con trabajo, hay mucho qué hacer.

De manera que mi esposo se sintió muy animado sólo de pensar que podría tener trabajo seguro, independientemente de que — como él dice—, se enamoró del lugar. Vio que había mucho futuro ahí, y cuando regresó a México me dijo:

—Oye, mi reina, ¿cuando nos casemos nos vamos a vivir a Tabasco?

—A Tabasco o adonde tú quieras —le contesté—, yo estoy dispuesta.

Así lo hicimos. Llegamos el 14 de diciembre, antes de cumplir el mes de casados, llenos de amor y de ilusiones, pero, por otro lado, sin nada: sin empleo, sin casa, sin dinero. Eso sí, con coche, sólo que desbielado y botado en Acayucan, Veracruz. Sin embargo, todo parecía sencillo, nunca nos preocuparon esas carencias; teníamos gran seguridad en que saldríamos adelante. ¿Y yo en qué? Quién sabe; en nuestros planes de matrimonio nunca se planteó que yo trabajara. No, a mí me habían educado para ser una buena ama de casa y, por supuesto, una buena madre.

PLANES Y PROYECTOS PARA MI GRAN AVENTURA

Las expectativas de hacer algo que no fueran labores del hogar se me abrieron en una conversación casi trivial en casa de la familia Castellanos, amigos de Paco, mi cuñado (psiquiatra), y de mi hermana Quiti, quien ya vivía aquí con su familia desde hacía un año.

Esa noche cambió todo para mí. Me preguntaron qué había estudiado y les platicué que hablaba muy bien el inglés y que tenía mucha práctica como educadora. De inmediato me sugirieron que pusiera un jardín de niños, ya que en ese entonces sólo había nivel

de parvulitos, nada en forma, para entretener a los niños.

De regreso al departamento de mi hermana donde estábamos viviendo —mientras encontrábamos casa y trabajo—, platicamos sobre la posibilidad de abrir un jardín de niños. Yo estaba muy excitada con la idea y no dormí esa noche pensando cómo conseguir dinero, a quién dirigirnos para que nos prestara la cantidad necesaria para llevar a cabo el proyecto, traer lo indispensable: material didáctico, mobiliario, juegos infantiles y tantos otros detalles, así como para la mudanza con lo de nuestra casa y, por último, para tener con qué reparar el coche y dar el depósito y anticipo de la renta. Era entonces —y para nosotros más todavía— una cantidad bastante fuerte.

Así pues, empezamos a ver quién podría prestarnos quince mil pesos (de aquellos tiempos), que fue el cálculo que hicimos de lo necesario para sufragar los gastos del inicio de nuestro proyecto.

Acudimos a las pocas amistades que acabábamos de hacer, pero lógicamente no teníamos con qué garantizar el préstamo. Lo mismo nos pasó con los bancos: nada, no había de dónde echar mano.

Y dándole vueltas y más vueltas, no sé en qué momento se me ocurrió pensar en don Dionisio, el suegro de mi hermana Lourdes. Y así, sin pensarlo mucho, me fui una mañana a la cafetería Jena, que estaba en la calle Juárez, único lugar donde había caseta de larga distancia (en el departamento no había teléfono) y las llamadas tardaban horas y horas en conseguirse.

Al fin, después de mucho esperar, logré comunicarme a la ciudad de México. Hablé con don Dionisio. Le platiqué brevemente el asunto y, sin mucha explicación, me hizo una sola pregunta:

—¿Crees que sea negocio?

—Por supuesto que sí —le contesté con mucha seguridad.

—Cuenta con esa cantidad desde este momento —me dijo sin más ni más.

Colgué, y por unos instantes me quedé helada. Sinceramente no pensé que fuera tan sencillo, que obtuviera una respuesta inmediata y que este señor, con quien no tenía gran cercanía, confiara en mí.

Se me hicieron largas las dos cuadras que había de la caseta

te-lefónica al departamento, casi iba corriendo, me urgía llegar para decirle a Mayito que ya estaba hecho, que contábamos con lo previsto. No sabía si reír o echarme a llorar de gusto o de susto. El primer paso estaba dado y eran apenas los primeros días de enero de 1962, menos de dos meses de casados y ya con un buen proyecto para iniciarme en el campo laboral. ¡Quién lo hubiera pensado! ¡Y yo que sólo esperaba ser una buena ama de casa!

Mi esposo de inmediato hizo una especie de estudio socioeconómico para calcular la cantidad de alumnos que deberíamos tener inscritos para salir bien librados y pagar puntualmente el compromiso contraído. Después de muchos cálculos y llenar un montón de hojas con números, llegué a la conclusión de que con treinta alumnos, para empezar, saldríamos adelante.

Pensábamos cobrar cien pesos mensuales por alumno, incluyendo lunch, transporte y, principalmente, la enseñanza en inglés, lo que, por supuesto, era una novedad. Creo que en ese entonces, muy, pero muy poca gente hablaba ese idioma en el lugar.

Olga García, una amiga, nos dijo que veía muy difícil que la gente quisiera pagar tanto por alumnos de jardín de niños, pero se equivocó. Sí hubo padres de familia a los que les pareció bien, como dice el dicho: "Nunca falta un roto para un descosido".

De inmediato conseguí prestados trescientos pesos con el doctor Amador Izundegui, primo de mi cuñado, para el pasaje de avión. En ese tiempo sólo había vuelos cada tercer día y se hacían tres horas de Villahermosa a México, con escalas en Minatitlán y en Veracruz.

¡Así comenzó otra gran aventura de mi vida! Fue sorprendente llegar al aeropuerto y encontrarme con un galerón con techo de lámina de zinc, piso de tierra y paredes de tela de alambre o miriñaque, como se le dice aquí. Tuve que esperar un buen rato, pues el vuelo venía retrasado. Llovía a cántaros. Era enero, época de nor-tes. Después de un par de horas llegó un tetramotor de Mexicana de Aviación que abordé de inmediato, llena de felicidad, de ilusiones y también, por qué no, de temor por el paquete en que me es-taba

metiendo, eso sí, muy segura de mí misma y con gran aplomo, aunque sin imaginar lo que esto significaría en nuestras vidas, pues ya desde ese momento, antes de dos meses de casados, estábamos lanzándonos a una empresa grandísima, tomando nuestras propias decisiones, sin más apoyo que el de uno en el otro. Esto fue y, a la fecha, sigue siendo nuestra tónica de vida.

Habíamos cambiado de estado civil, físico y emocional, y así lo asumimos. Nunca me arrepentí de que estuviéramos él y yo solos, sin tener a papá o a mamá cerca, al contrario, para mí fue una liberación absoluta hacer lo que yo quisiera, saliéndome totalmente de lo establecido, de lo que me habían enseñado, para lo que me habían educado, sin tener que pedir permiso a nadie, pues mi es-poso fue siempre mi principal apoyo.

Llegué a México como a la una de la tarde. Del aeropuerto le hablé a mi papá para que fuera por mí. Por supuesto, estaba alarmadísimo y muy nervioso, pensando que de seguro me había pasado algo y que por eso estaba tan pronto de regreso. También le hablé a mi suegro. El caso es que los dos llegaron juntos por mí. Fue genial la reacción tan distinta de cada uno de ellos. Mi papá no podía creer que mi regreso era porque iba a trabajar (como siempre, tomando la actitud de abogado del diablo, como él decía) y encontró un sinfín de cosas negativas, nunca tuvo una palabra de aliento o de aprobación. Por otro lado, mi suegro, aunque más positivo, creyó que su hijo no lo estaba haciendo bien al permitirme tal barbaridad. Me tomó un buen rato explicarles los planes que teníamos, y por fin acabaron aceptando y apoyándome en todo.

Esa misma tarde me entrevisté con don Dionisio. Con una certeza muy grande, con mucho aplomo, le expliqué mis planes, los cuales le parecieron muy viables. Como buen hombre de negocios, me dijo solamente:

—¿Cuándo crees que me puedas pagar? Piénsalo bien, para que no me quedes mal. Por supuesto, no te voy a cobrar intereses.

Sin titubear un solo instante y con una seguridad de mujer de empresa le dije:

—¿Le parece bien que le firme diez letras de mil quinientos pesos cada una, para empezar a pagar el 28 de febrero?

—Me parece bien.

Y así, con diez firmas, se transformó mi vida y entré a formar parte de las mujeres que trabajan, mujeres de empresa.

No cabe duda de que la juventud, la inexperiencia y la ilusión me hicieron ser muy audaz, muy arriesgada. En esos momentos no pensé que no teníamos nada en realidad, todo era un simple proyecto, no sabíamos si funcionaría, pero estaba segura de que todo sería favorable; nunca tuve un pensamiento negativo o derrotista, a pesar de la cantidad de obstáculos que mi papá se había encargado de mencionar. Sabía que todo iría bien, que tenía que poner todo mi esfuerzo y mi empeño para salir adelante.

LOS PREPARATIVOS PARA EL JARDÍN DE NIÑOS

Mientras tanto, mi esposo se quedó buscando casa y haciendo publicidad en el periódico y repartiendo volantes. Mi amiga Olga me hizo el favor de dar informes sobre el jardín de niños y de inscribir a los alumnos que lo solicitaran.

Tuvimos mucha suerte para encontrar casa. Una señorita que estaba construyendo la suya, se casó y se fue a vivir fuera de Villahermosa, así que nos la rentó en mil trescientos cincuenta pesos mensuales. Mi esposo, como ingeniero auxiliar de Obras Públicas del Ayuntamiento del Centro, ganaba mil trescientos setenta y cinco pesos. ¡Nos sobraban veinticinco pesos!

La casa era justo lo que necesitábamos para empezar: tres recámaras, dos baños, con entrada independiente al jardín, que era bastante grande y que acondicionamos con juegos infantiles, areneros con sombrillas de guano o palapa, como se le conoce en otros lados, y un pequeño chapoteadero. Nos quedó muy agradable y era único, pues no había otro igual en su género, adaptado exclusivamente

para jardín de niños.

Una recámara la dejamos para nosotros, así como el resto de la casa. Con sólo una puerta en el pasillo, independizamos las otras dos recámaras y el otro baño, para así tener dos aulas.

La casa, en esos años, quedaba retirada del centro de la ciudad, en la calle Marcos Díaz 40 (hoy Plutarco Elías Calles), a una cuadra de la Quinta Grijalva (la residencia oficial del gobernador), como decía la publicidad.

Unos días antes de que se abriera el jardín, vino de vacaciones mi hermana menor. Ana estaba soltera todavía y fue fantástico para mí, pues aunque sólo por unos días volvimos a estar juntas, gozando mucho nuestra compañía. Desafortunadamente regresó muy pronto a México. Se iba a casar a mediados del año, así que su visita fue fugaz.

Mi esposo sugirió el nombre de "Golondrinas" y a mí me gustó cómo sonaba en inglés: Swallows Kindergarten.

Con todo listo, casa puesta, coche reparado y amueblado el local, se inauguró el 6 de febrero de 1962. Mi pequeño jardín, que empecé casi jugando, representaba para mí una empresa increíble y de gran responsabilidad en la que puse todo mi empeño, toda mi entrega.

Aquella mañana del primer día de clases fue muy especial e inolvidable: debutaba como propietaria, directora, educadora, chofer, conserje, etcétera. Claro, no todo fue bello; al finalizar mi día de labores tenía una gran tristeza.

Mi esposo, al regresar de su trabajo, me encontró llorando como una Magdalena, pues sólo habían llegado siete alumnos. Me tranquilizó, como si fuera un hombre de gran experiencia, un gran em-presario, me dijo con mucha seguridad:

—No, mi reina, no te preocupes. Conforme vayan pasando los días, todo se va a componer, antes de lo que te imaginas te vas a dar a conocer, estoy seguro.

—Sí, pero ¿y si no?, recuerda que tenemos que pagar la primera letra a fin de mes.

—¿Qué no confías en ti? Sabes que lo puedes hacer muy bien. Tranquila, yo sé lo que te digo.

Dicho y hecho. Al finalizar el mes, ya eran diecisiete alumnos, y terminamos el año con treinta y cinco, ¡más de los que mi esposo había calculado!

¡Qué duros fueron los primeros meses entre la atención al jardín, la casa, el clima, la gente, su manera de hablar y el tipo de comida! Aquí no había casi nada de lo que acostumbraba consumir. La primera vez que fui al mercado (no se conocían los supermercados) a comprar carne, llegué a la carnicería y pedí:

—Me da por favor medio kilo de sirloin en bisteces.

—¿Medio kilo de qué? —me preguntó asombrado—. No, madremita, dejeso no hay, aquí sólo vendemo carne con hueso o pulpa negra en trozo, así que ¿qué va a llevá, puej?

—El trozo —le dije.

Cortó la carne, la envolvió en hoja de plátano y luego en papel periódico. Tomé el paquete y a casa, a arreglármelas como pudiera. Tuve que aprender de todo, desde moler en molino de mano, hasta a filetear carne y pescado.

Nada me desmoralizaba, al contrario, todo lo encontraba muy folclórico y no había día en que no aprendiera algo nuevo. Eso sí, era muy agotador no tener ningún tipo de ayuda. Yo hacía todo, pues no podíamos darnos el lujo de contratar a nadie, no teníamos con qué costearlo. Fue difícil, pero nunca me di por vencida, nunca me quejé, a pesar de que todo era tan distinto a lo conocido.

No hubo nada que me hiciera arrepentirme de haber venido a vivir acá, y menos de lo que habíamos comenzado; al contrario, siempre me decía: “Mañana va a ser mejor”. Me daba muchos ánimos, siempre estaba contenta, alegre, feliz, muy confiada en que todo saldría bien.

Al principio mi esposo me ayudaba con los niños que utilizaban el transporte, recogéndolos en el jeep del Ayuntamiento del Centro. Al mediodía, yo los entregaba en nuestro coche.

Regresaba a hacer la limpieza de las aulas, de la casa, la comida, a lavar. Lo que verdaderamente odiaba era planchar, pues con el

calor es terrible; lo hacía por las tardes, con el burro de planchar en el patio. Una tarde llegó Pacho García, el novio de mi hermana Ana, y me encontró llorando, toda sudada. “¿Por qué mi marido no es chaparrito como tú?, ¡mira estos pantalonzotes y estas horribles guayaberas que tengo que planchar!”, le dije.

En fin, mujer orquesta: de mañana educadora, de tarde ama de casa y de noche esposa y amante. ¡Qué locura! No cabe duda: la juventud lo puede todo.

Mi primera experiencia como directora fue genial. Un día llegó un hombre ensombreado y con pistola al cinto a inscribir a su hijo. Muy mal encarado, feo con ganas, preguntó muy prepotente:

—¿La directora?

Con una sonrisa de oreja a oreja le contesté muy amablemente:

—Soy yo, señor. ¿En qué puedo servirle?

Me miró de arriba a abajo, no muy convencido, y me dijo:

—Vengo a inscribir a mi hijo.

—Sí, claro. ¿Cómo se llama el niño?

—Juárez Ordóñez Galán.

—Sí, señor, pero el nombre...

—Juárez, ¿qué no me oyó? —y con cara de estúpida me le quedé viendo—. Así le puse en honor del Benemérito de las Américas.

Y que se suelta con una clase completa de historia patria. Luego le pregunté:

—¿Su ocupación, señor?

Otro discurso más: diputado, ganadero y no sé qué más, para finalizar: primo del gobernador. Así fue cómo tuve mi primera experiencia con un político.

VI MUY DE CERCA LA MUERTE

A los pocos meses de casados tuve mi primer encuentro cercano con la muerte, un domingo que fuimos a la playa con varias parejas

de quienes nos habíamos hecho amigos —llevaban a sus hijos al jardín—, una prima de mi cuñado Paco, Becha y su esposo Marco, Fernando y Queti, y Yoya, una amiga mía, ex compañera de escuela que vino de visita. El caso es que me metí al mar, que estaba un poco picado. Sé nadar como para no ahogarme, nada más, pero de repente sentí que me hundía, perdí tierra, no podía salir a flote; cada vez que lo intentaba, volvía a hundirme. Había caído en un remolino, así que cuando lograba salir a la superficie, después de mucho patear, apenas tomaba un poco de aire y sentía como si me jalaran de los pies. No sé cuánto tiempo estuve así, subiendo y bajando, algo interminable. Pensé: “Sofía, hasta aquí llegaste”. Afortunadamente mi esposo se dio cuenta de mi ausencia, me buscó y alcanzó a verme en el mar. Corrió a auxiliarme, pero él también cayó en el remolino. A pesar de que es alto, no tocaba fondo; se colocó detrás de mí para impulsarme: “¡Cuando te alce, respira!”, me gritaba.

Así estuvimos durante un rato, luchando en el agua. Tal vez fueron segundos o minutos, pero a nosotros se nos hizo una eternidad. Finalmente logró tocar tierra y tener un punto de apoyo para darme un buen empujón, luego ya me pudo cargar. Los que estaban en la orilla se habían dado cuenta de la situación y fueron a buscar una cuerda para ayudarnos, pero llegaron cuando Mayito ya me había salvado. Salió completamente agotado y yo desfalleciente. Realmente la vi muy de cerca, pero como dicen, “no me tocaba”. Aquí estoy, vivita y coleando.

MI EXPERIENCIA COMO DIRECTORA

Ese primer año escolar fue muy duro, pero a la vez lleno de satisfacciones: tuve mucha aceptación con los padres de familia, que eran muy colaboradores y entusiastas en todo.

Me sentí muy emocionada el Día del Maestro. Los padres de familia llegaron con un ramo de flores precioso y un gran pastel,

los alumnos me cantaron Las mañanitas y yo me solté llorando; era mi primer día del maestro en mi pequeño jardín de niños y eso los conmovió mucho.

Estaban muy contentos con mi manera de ser tan jovial, alegre, dinámica, vital, abierta, franca y, sobre todo, por el sistema de enseñanza que implanté, tanto en inglés como en español.

Lógicamente tenía gran energía y me ponía a jugar al parejo de mis alumnos, quienes me iban enseñando cantidad de cosas de la región, como los nombres de los juegos tradicionales, por ejemplo: saltalía, que en la capital se llama saltar la cuerda; palco, encantados; toca-toca, la roña; saca aceite, misa de doce, etcétera.

La manera de hablar fue lo que realmente me costó más trabajo entender, sobre todo con ese comerse las letras, pues muchos de los alumnos, muy chiquitos todavía, estaban aprendiendo a hablar: tenía que adivinar lo que me estaban diciendo.

Respecto al habla, tengo una anécdota, muy simpática por un lado, pero por otro, vergonzosa.

Una mañana llegó una señora a buscar a su niño y me dijo:

—Disculpe, miss Chofi, vengo temprano por mi hijo porque lo van a vacunar. ¿Será que me lo puedo llevar?

—¡Claro que sí, señora! En este momento se lo traigo.

Fui por él a su salón. Estaba segura de que esa señora era su mamá, lo tomé de la mano y muy cariñosa le dije:

—Chiquito, vino tu mamá por ti.

Cuando salimos al patio, el niño se me iba haciendo cochecito, y entre dientes me decía: “Ésa no’e mi mamá, esa no’e mi mamá”, pero como no le entendía bien, llegamos a donde estaba la señora.

—¡Ay, maestra, perdone!, pero ése no es mi niño —me dijo.

¡Qué vergüenza pasé! Lo confundí. Como el alumno era de transporte escolar, a los padres los veía muy poco. Mi gran error fue no haber preguntado el nombre del niño que venían a buscar.

Por supuesto, eso me ha servido hasta la fecha, pues cuando me encuentro a los que fueron mis alumnos —lo cual es muy frecuente—, con mucha pena pregunto su nombre antes que nada. A

pesar de que aún tengo buena memoria, me resulta difícil recordar las caras.

Lo mejor fueron las famosas malas palabras. Yo no estaba acostumbrada a oír las y de muchas no sabía su significado, no por moralista o puritana, simplemente porque en el medio en que me eduqué jamás se escuchaban. Pero mis alumnos se encargaron de ponerme al día. Sólo que en esa época me resultaba horrible que las dijeran con tanto desparpajo, así que decidí que mis niños serían diferentes, y a todo aquel que dijera una grosería le lavaba la lengua con jabón, y si lo volvían a hacer, entonces les untaba chile. ¡Pobre ingenua! Nada funcionó; al contrario, la que se adaptó fui yo y sirvió para que me integrara más al medio.

El clima fue otro factor completamente nuevo, en particular la manera de llover. Era una verdadera pesadilla andar en el coche recogiendo y entregando niños en calles totalmente enlodadas, llenas de baches y zanjas, si a eso se le podría llamar calles. Para colmo, solamente el centro y unas cuantas calles a su alrededor estaban pavimentadas. Todas las colonias, como la Rovirosa, Lindavista, Primero de Mayo, del Águila, Atasta, etcétera, eran mi coco, pues por lo menos dos o tres veces al mes me quedaba atascada y debía llamar a Grúas Pérez para que me rescataran. Me convertí en una de sus mejores clientes, ya me conocían bien y, según ellos, hasta me hacían un buen descuento; creo que me hubiera convenido asociarme con ellos.

MI VIDA PERSONAL

Poco tiempo después, mi vida personal tuvo repentinamente una fuerte sacudida, pues con todas las ocupaciones que teníamos, tanto mi esposo como yo no nos habíamos planteado la posibilidad de tener un hijo (aunque lo habíamos platicado muy seguido).

Un día tuve un fuerte dolor, y al levantarme para ir a trabajar, me

sorprendí al ver que estaba en un charco de sangre. Mi esposo le habló inmediatamente al doctor, que me fue a ver a la casa. Dijo que no había nada que hacer: había tenido un aborto espontáneo. Me quedé petrificada al oírlo, no tenía ni la más remota idea de que estuviera embarazada.

A partir de ese día, mi vida ya no tuvo tranquilidad. En mi pensamiento estaba ya la idea de tener un hijo. Caía frecuentemente en fuertes depresiones. Gracias a la ternura, amor y paciencia de mi esposo, así como a la oportunidad de trabajar con niños, pude seguir adelante.

Mis primeros años de matrimonio marcaron el resto de mi vida, debido a los cambios tan grandes a los que me fui enfrentando cada día. Saber que sólo dependía de mi esposo y él de mí y tomar juntos nuestras decisiones nos hizo crecer, madurar y enriquecernos internamente, mucho más pronto que al común de los recién casados. Él y yo teníamos una relación muy bella, de mucha confianza, todo nos contábamos, platicábamos mucho, casi no teníamos disgustos, y si los había, terminaban inmediatamente, nunca nos fuimos a la cama enojados. Lo celoso que era mi esposo cuando novios, se acabó, confiaba plenamente en mí.

MI JARDÍN DE NIÑOS

Todo ese año transcurrió, según yo, muy aprisa, pues no había un día igual a otro. Siempre estaba preparando nuevo material o bien organizando todas y cada una de las festividades que se celebran anualmente. Estar tan ocupada me ayudaba a distraerme y a no tener el pensamiento puesto en mi problema personal. Me decía: "Tienes que estar animosa y ser fuerte porque tu responsabilidad es muy grande, y los que menos deben verte decaída son los niños", y con eso me levantaba el ánimo para seguir adelante con el mismo entusiasmo de siempre.

Ir conociendo a mis alumnos, disfrutando sus avances, sus travesuras, sus puntadas graciosas, tan chocas (así llaman a todo lo relacionado con Tabasco, sean personas, el habla o cosas), y otras veces soportando sus berrinches, groserías y todo lo que implica estar con niños, era muy satisfactorio, porque con su cariño tan espontáneo y franco tenía más que suficiente para cargar baterías y levantar mi ánimo cotidianamente.

Me la pasaba sumamente ocupada, dividida entre el trabajo en el jardín, el de ama de casa, esposa, amiga, confidente, cómplice, compañera y amante. Durante ese primer año mi peor pesadilla fue el transporte escolar, pues entre mi desconocimiento de las colonias de la ciudad, los atascaderos en las supuestas calles y las frecuentes descomposturas de nuestro coche modelo 49, era un verdadero tormento.

También en ese año, por la relación entre padres y alumnos, nos hicimos de muchas amistades que, hasta la fecha, seguimos viendo. Conocimos a gran cantidad de personas que en aquel entonces eran la crema y nata de la sociedad, donde fuimos muy bien recibidos. Pero eso para mí no fue de tanta importancia. Lo que quería era que estuvieran satisfechos con el método de enseñanza y con el inglés que impartía en el jardín de niños, pues de esa manera me iba haciendo de un buen prestigio y me recomendaban, lo que redundaba en el aumento de inscripciones.

Para entonces ya salíamos con otras parejas, aunque no había mucho a dónde ir. Íbamos al cine Juárez, que estaba en la calle de Madero. Era un galerón con unos cuantos ventiladores, y si no queríamos tener tanto calor, debíamos llegar temprano para conseguir buen lugar. Dicen —no me consta— que para limpiar el local soltaban unas mazacúas, especie de boas no peligrosas que se comen a las ratas. Después del cine nos íbamos a comentar la película a la luz de un café —como decía Paco— y cenábamos algo en el restorancito de moda, Los azulejos, y de ahí cada quien a su casa. Otras veces nos reuníamos en casa de alguien a platicar; en fin, la pasábamos bien.

Para el siguiente año escolar (1963), al inicio del ciclo, tenía inscritos cincuenta y siete alumnos. Tuvimos que cambiarnos de casa para dejarla únicamente como jardín de niños, pues ya no era posible vivir ahí. Afortunadamente habíamos pagado la deuda inicial (por cierto, muy puntualmente), y pudimos rentar otra casa para nosotros, un dúplex (que estrenamos), ubicado en la avenida 27 de Febrero, muy cerca de la fuente de los Niños traviesos, pero bastante retirada de dónde estaba el jardín.

Este cambio significó mucho más trabajo y esfuerzo para mí. No era lo mismo tener todo junto y, como dice el dicho, echarle “un ojo al gato y otro al garabato”. Ahora tenía que comenzar mi día mucho más temprano y transportarme de la casa al jardín.

Por fin pude contratar a una ayudante, que más bien fungía como niñera para el jardín de niños, pues en aquel entonces no había educadoras. Tuve que entrenarla y enseñarle lo elemental para que realmente me ayudara con tantos niños, lo cual fue bastante complicado, pero lo logré. También contraté a una sirvienta para la casa, a la que debí enseñarla a mi modo, y más aún, pues yo no estaba en la casa toda la mañana. Llegaba hasta las dos de la tarde para ver lo de la comida, pero, hasta eso, fue aprendiendo bastante bien y se adaptó a mí rápidamente.

Un día llegué a la casa y oí llantos y gritos terribles; entré rápidamente y le pregunté a la señora que me ayudaba (tenía dos nietos que llegaban a comer con ella):

—¿Qué pasa?, ¿qué son esos gritos?

—¡Ay, señora, no se preocupe ajté!, son mij nieto que loj cuerí y lej corté el pelo, hoy es día de san Juan, así se acostumbra para que lo chamaco crejcan.

Algo más que aprendí de las costumbres, un poco crueles, por querer tener niños más altos. ¡Qué susto me llevé!

LA SORPRESA

En ese mismo año, mi papá me dio una verdadera sorpresa que me

conmovió hasta las lágrimas.

Un buen día llegó solo y sin avisar, manejando por más de catorce horas una camioneta de la Volkswagen usada, tipo panel, que él personalmente mandó a acondicionar, abriéndole ventanillas y poniéndole asientos. La había conseguido a muy buen precio. Afortunadamente se la pude pagar casi de inmediato y eso le agradó mucho, pues se dio cuenta de que sí estábamos saliendo adelante bastante rápido, sin dejar de seguir invirtiendo, lo que implicaba tener deudas, pero ya había un respaldo para cubrirlas.

Con ese detalle me di cuenta de que mi papá, a pesar de que no estaba de acuerdo en que yo trabajara, y mucho menos en que debiera dinero (cosa que para él era terrible), me estaba apoyando, y que de alguna manera se sentía orgulloso por los logros que había alcanzado en tan poco tiempo, de mi forma de desenvolverme, arriesgada pero con gran responsabilidad y decisión (por supuesto, sin decírmelo).

EMPRESARIA JUVENIL

El jardín de niños iba viento en popa, así como la relación conyugal, amándonos, respetándonos y apoyándonos mutuamente, lo cual era maravilloso. Me sentía muy orgullosa y satisfecha, sobre todo por mis pequeños logros, alcanzados día tras día, pues para una mujer de escasos veinticuatro años tener una responsabilidad tan grande, como trabajar con niños, era una empresa bastante complicada, creo que fue algo muy meritorio.

A propósito de la edad, hay una anécdota digna de contar. Con este divino calor que hace aquí casi todo el año, siempre me vestía con ropa muy ligera, de algodón, con batitas tipo delantal de tela de cuadritos en azul marino y blanco, como uniforme de colegiala, y en el cabello, que en ese entonces usaba largo, para que no me diera tanto calor me hacía dos trencitas.

Una mañana, cuando estábamos en el recreo jugando con los alumnos, llegó un señor a pedir informes sobre el jardín de niños. Me vio y me dijo:

—¡Oye tú, chamaca!, háblale a la directora porque quiero inscribir a mi hija.

Con mi mejor cara y mi mayor sonrisa le contesté:

—Soy yo, señor, ¿en qué puedo servirle?

Me vio recelosamente y luego se disculpó. Me comentó que no se imaginaba que la directora fuera una persona tan joven. Además, en aquellos tiempos, yo era muy tragaños. Curiosamente, ese señor, que al verme tuvo un poco de desconfianza, fue uno de los padres de familia que más me recomendó, y su hija estudió conmigo hasta sexto de primaria.

MI MATERNIDAD FRUSTRADA

En lo personal, no estaba muy bien que digamos. Volví a tener otro aborto y entonces empezó mi largo peregrinar con médicos. Me hicieron estudios y más estudios, algunos me daban mucha vergüenza y otros eran sumamente dolorosos; me los hacían en México durante las vacaciones. Llegaba a casa de mis suegros. Era muy duro tener que ir, la mayoría de las veces sola, pues mi esposo no podía dejar el trabajo, y yo sin él me sentía muy mal. Estábamos acostumbrados a estar siempre juntos, sobre todo en casos difíciles, y más aún tratándose de médicos. Con tantos estudios por los que tenía que pasar, me hacía mucha falta; sólo estaba conmigo cuando los análisis también le tocaban a él y era muy pesado para ambos, pero con tal de lograr que me embarazara, no nos importaba el sacrificio.

Para ese entonces mi hermana Ana ya vivía por acá, pues se había casado con un arquitecto tabasqueño (Pacho). Fue muy bello convivir de nueva cuenta con mi hermana la más amada, mi gran compañera de siempre, mi gran amiga, mi confidente. Pasábamos

casi todas las tardes juntas, bromeando y platicando, la boca no nos paraba un solo momento; ella hablaba de su matrimonio, de cómo le costaba trabajo adaptarse a su vida conyugal y social, que consideraba un poco banal, y yo, por supuesto, de mi estado de ánimo. Me consolaba con gran ternura y palabras de aliento, hablábamos de mis logros en el trabajo, siempre me echaba porras y era mi mayor admiradora después de mi esposo.

Me afectaba mucho cuando ella estaba embarazada, pues todo se me removía, no por envidia, sino por esa gran necesidad que tenía de ser madre. Mi consuelo era irme con ella al hospital y ser la primera en tener en mis brazos a la recién nacida. Claro, eso me hacía volver a las depresiones. Era el cuento de nunca acabar.

CAMBIO DE LOCAL

Antes de finalizar ese año escolar, de nueva cuenta tuvimos que buscar local, uno mucho más grande para que al siguiente curso pudiéramos volver a tener casa y trabajo juntos, ya que nos resultaba bastante oneroso pagar dos rentas, aunque íbamos muy bien en lo económico.

Al ir creciendo, también aumentaban las necesidades del jardín de niños: más mobiliario, más material didáctico, más transporte. Éste siempre resultaba insuficiente, pues la mayoría de los padres de familia prefería utilizarlo, era muy cómodo para ellos; en fin, que nunca se acababa de invertir.

Mi esposo se dio a la tarea de encontrar algo que fuera conveniente: una casa grande y, sobre todo, con mucho jardín. Buscando aquí y allá, en la avenida 27 de Febrero, junto al parque de La Ceiba, en Atasta (lo que ahora es el templo de los mormones), encontró una quinta bastante vieja y deteriorada, La Macarena, con un terreno enorme (quince mil metros cuadrados). Era lo que necesitábamos (aunque entre el área construida y la de juegos ocupáramos la mi-

tad); se ajustaba muy bien a nuestras necesidades, pero tuvimos que invertir mucho dinero para acondicionarla. Hubo que restaurar casi todo, pues antes era una bodega y tenían cría de cerdos.

La arreglamos tipo rústico. Como las puertas estaban horribles, se forraron con costales de yute, pues volver a barnizarlas resultaba muy caro. Una pared interior se cubrió con tabique aparente en forma de petatillo. Se hicieron divisiones con mamparas de madera para tener más aulas, ya que los cuartos eran muy amplios; también se construyó otro baño, una puerta para dividir la casa de la escuela; en fin, una serie de arreglos necesarios para que quedara adaptada a lo que queríamos: jardín de niños con tres aulas grandes, baños y nuestra casa.

El jardín lo arreglamos con arriates de piedra bola, formando caminitos para dirigirse a los juegos infantiles, que se colocaron debajo de unos árboles preciosos. Había de todo tipo de frutales: naranjas, toronjas, mangos, guayabas, guanábanas, guayas, aguacates, mandarinas, limones, tamarindos, pimienta, etcétera, hasta un arbusto de canela. En la temporada de cada fruta, era la locura. Descargábamos los árboles y le dábamos a cada alumno para que llevara fruta a su casa, iban fascinados.

Se construyeron dos areneros, pero lo mejor de todo fue que se hizo una alberquita hasta con trampolín. A mi esposo se le ocurrió decorarla poniendo alrededor caracoles que por dentro tenían foquitos de colores para que estuviera iluminada suavemente por la noche. Nosotros la disfrutábamos enormemente, sobre todo en esas noches calurosas, y se convirtió en la máxima atracción del jardín de niños.

Para las vacaciones de fin de año nos cambiamos (antes, las vacaciones largas eran en diciembre y enero), y así comenzamos otro año escolar, en febrero de 1964, estrenando instalaciones y casa.

Comenzó el curso con ciento ocho alumnos, así que para ese año tuve que contratar un conserje para la limpieza y dos ayudantes más, unas hermanas, conocidas de mi cuñado Pacho, y un chofer

que manejaba la camioneta, mientras yo usaba el carro que le compramos a mi papá, un Dodge 53. Teníamos que hacer varios viajes, pues apenas así nos dábamos abasto para recoger y entregar a los alumnos que cada día eran más.

Fue una gran sorpresa para los niños llegar a su nuevo jardín, tan amplio, sombreado y, sobre todo, con la alberquita que utilizaban todos los viernes. Esos días era realmente bello ver a todo el alumnado disfrutando del agua. Los separábamos por grados, pues para entonces ya había grupos de primero, segundo y tercero de jardín. Les organizábamos juegos, competencias y un sinnúmero de actividades.

Las tres ayudantes y yo enloquecíamos seleccionando la ropa de cada uno de los alumnos. No había viernes en que no nos sobrasen calcetines, pantaletitas, trusas, o que a alguien le faltara una toalla, un zapato o cualquier otra prenda de vestir. Acabábamos cansadísimas, pero gozaba mucho al ver tan contentos a los chicos.

Desgraciadamente el transporte seguía siendo mi tormento, pues la camioneta, como era usada, se descomponía mucho y había que solicitar a Coatzacoalcos cualquier refacción, pues aquí aún no había agencia Volkswagen; no era posible seguir con el fastidio de la bendita camioneta.

Se me presentó la oportunidad de comprar otro vehículo, una camioneta para nueve pasajeros, Econoline de la Ford, casi nueva. Acabé chachareando la anterior con un padre de familia que vendía alhajas y se la cambié por un aderezo de turquesas con oro amarillo.

Con el nuevo vehículo descansé un poco, porque sí había representante de la Ford y así me quité de muchos problemas.

PSICOTERAPIA

El año de 1964, en mi vida como mujer, me marcó para el resto de la existencia. Sucedieron varios acontecimientos que me llevaron a

terapia psiquiátrica.

Embarazada de nuevo, al poco tiempo aborté. Fue muy duro, no entendía por qué yo, precisamente yo, no podía ser madre como cualquier otra mujer. Frecuentemente caía en depresiones, pero estaba muy consciente de que tenía que sobreponerme, pues no me podía permitir llevar mi mal estado de ánimo al trabajo.

Luego, Quiti y Paco accedieron a que su hija Rocío, la más pequeña, de sólo tres meses de nacida, fuera a vivir con nosotros por un tiempo, para hacer la prueba de que sintiera a la niña como mi hija, brindándole toda mi atención, cariño y ternura y así embarazarme de nuevo.

Me dio mucha ilusión comprarle su ropita, su cuna, su silla para el coche, en fin, lo que ella necesitaba; no quise traerme nada de su casa, lo quería todo nuevo y a mi gusto, así la sentía más mía. Fueron meses bellísimos, pues Rocío vino a llenar ese gran vacío que sentía en nuestro hogar por la falta de un hijo. Para mí, especialmente, fue muy enriquecedora la presencia de la linda bebé, que siempre estaba cerca de mí. Cuando tenía que manejar para llevar y traer a los niños, la sentaba en su sillita a mi lado, me acompañaba a todas partes. Invariablemente la traía muy arreglada, como una muñequita.

Era una niña muy tranquila, sonriente, con un carácter lindísimo, muy sociable, se iba con todo mundo, no era llorona, era la atracción del jardín de niños. Me encariñé muchísimo con ella, la amaba intensamente, como si fuera mi propia hija.

Transcurrieron los meses y, desafortunadamente, no sucedió lo que todos esperábamos: nada de embarazo.

Luego, en el mes de agosto de ese mismo año, se suicidó un gran amigo y compañero de boliche: Fernando Muñoz, cuya muerte me impactó muchísimo. Tres meses después murió mi suegro y, peor todavía, ya era el tiempo de devolver a la bebé que tenía entonces nueve meses. ¡Cómo sufrí cuando tuve que regresarla! Eso fue el acabo, caí en una gran depresión. Tenía pesadillas, al grado de que una madrugada hice que mi esposo me llevara a ver a mis papás —

ellos vivían también aquí desde el año anterior, precisamente en la casa en que vivimos nosotros antes de cambiarnos junto a La Ceiba.

En ese entonces, la muerte para mí era algo inexplicable, me causaba un miedo aterrador, y quise estar segura de que mi papá estaba vivo. Pobres viejos, les di un susto tremendo, mi papá me abrazó y con mucha ternura me estuvo hablando un buen rato, no sé de qué, no me acuerdo, hasta que me tranquilicé.

A partir de esa fecha estuve en tratamiento psiquiátrico por varios años, pues eran muy frecuentes mis pesadillas, mis depresiones y mi obsesión por embarazarme.

Curiosamente, a manera de defensa, bloqueé mi mente durante varios años. Hay muchas cosas y hechos de mi vida personal que aun ahora no recuerdo. Cuando mi hermana Ana me platica que ha-cíamos esto o lo otro, parece que me está hablando de otra persona, no de mí.

No recuerdo algo tan importante como la construcción de nuestra primera casa propia, solamente que cuando estaba casi terminada mi esposo me llevó a verla. "Pero si tú viste los planos y hasta hiciste varias sugerencias, ¿no te acuerdas?"; me preguntaba. Absolutamente nada, mi mente en blanco.

FUNDACIÓN DE LA PRIMARIA

En ese año, a petición de los padres de familia, empecé a hacer los trámites en la Secretaría de Educación Pública para abrir al año siguiente la primaria.

Al entregar los papeles requeridos, me dijeron que no era posible que la primaria se llamara Golondrinas, como el jardín de niños, que debía llevar un nombre más formal, el de algún maestro reconocido. Me sugirieron varios, de maestros de aquí, pero no me gustó la idea de que el futuro colegio llevara el nombre de alguien que yo ni conocía. Se me ocurrió entonces que se llamara Colegio maestro Pedro

de Lille Borja, como el abuelo de mi esposo, que fue un reconocido profesor de química en la preparatoria 1, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La incorporación tanto del jardín de niños como de la primaria me la otorgaron muy rápido y sin ninguna traba. La clave del jardín era 01, pues era el primero incorporado a la SEP, y la de la primaria la 05. Ya existían el colegio de la señorita Armenia: Instituto Luis Gil Pérez en la calle Aldama, el de doña Cota: Instituto José N. Roviroso en la avenida Madero, y los dos colegios Tabasco, de monjas, el de niñas en la calle Lino Merino, y el de niños en Melchor Ocampo (todos en pleno centro).

Sin embargo, como dice el dicho, “las costumbres se vuelven leyes”. Se le siguió llamando Golondrinas aun a la primaria, y así es como se le conoce hasta la fecha.

El colegio se ha distinguido siempre por ser sumamente democrático, pues nuestro alumnado ha sido de todos los niveles socioeconómicos, ya que hemos tenido hijos de profesionistas, políticos, ganaderos, comerciantes, burócratas, taxistas, empleados de todo tipo, hasta de locatarios del mercado.

Todo funcionaba muy bien, afortunadamente, tanto la relación con los padres de familia como con el personal docente y de intendencia, y procuré que entre estos no hubiera diferencias, sin importar la categoría que tuvieran, comenzando por mí. Me considero una persona accesible, de buen carácter, comprensiva, muy responsable y, por lo tanto, muy firme para dirigir. Tenía que estar constantemente entrenando y asesorando a mis ayudantes, pues no eran educadoras. Esa carrera se abrió varios años después. Daba el inglés en todos los grados y ponía la tarea diaria a los alumnos de segundo y tercero de jardín.

Para abrir la primaria tuvimos que reducir nuestra casa, así que nos quedamos sin sala y sin comedor, que se convirtieron en aulas al año siguiente, 1965.

La SEP nos comunicó que a partir de este año se iría recorriendo

un mes el calendario escolar, para llegar a tener el tipo “B” que ya se aplicaba en el norte de la República y en Yucatán, o sea el calendario que actualmente tenemos. Nos tomó cuatro años ajustarlo.

Tal como les había prometido a los padres de familia, en enero se abrió el primero y segundo de primaria. Contraté profesoras tituladas en educación primaria para que se hicieran cargo de los grupos, el de primero con once alumnos al inicio, y el segundo con ocho. Al finalizar el ciclo escolar ya eran veinte y catorce ni-ños, respectivamente.

Para ese año ya no sólo trabajaban las tres primeras ayudantes, sino que conseguí otra más, pues abrí la Sección Maternal en el jardín, con niños de dos y tres años, y esa misma ayudante acompañaba al chofer en la camioneta. Había un conserje; las profesoras de primaria; Lili, la maestra de música (mi esposo me regaló un piano, indispensable para cantos y juegos) y, por supuesto yo, la directora.

También me hice de otra camioneta, ahora una Dodge tipo panel, que tuvimos que llevar a México para acondicionarla, abrirle ventanillas y ponerle asientos. Ya no utilizamos el carro que le habíamos comprado a mi papá porque ya estaba en muy mal estado, aunque yo seguía manejando una de las camionetas.

Constantemente procuraba el mejoramiento profesional, pues al estar incorporado el colegio a la Secretaría de Educación, me invitaban a acudir a los diferentes cursos para educadoras que se organizaban, ya fuera en México o cuando alguien venía a impartirlos. Asistí a varios en los meses siguientes, y después se volvió costumbre que participara en todo lo relacionado con las nuevas técnicas: enseñanza abierta —tipo Montessori, Jean Piaget, etcétera—. Me sirvió mucho, así amplié mis conocimientos y, por ende, tuve un mejor currículum y, más aún, estaba al día en enseñanza preescolar.

Los días en que nos íbamos de excursión eran fabulosos para los alumnos. La gran salida consistía en caminar por la parte trasera del colegio, siguiendo la brecha que el conserje, machete en mano, iba abriendo entre la maleza para hacer un caminito y salir a lo que había sido la Tabasqueña de Aviación (ahora Fraccionamiento España). Ahí los chicos disfrutaban en grande subiéndose a los aviones que

todavía quedaban abandonados, destartados y llenos de maleza. Los niños se sentían los grandes pilotos y jugaban hasta el cansancio. Después de eso, todos querían ser aviadores.

Esta excursión semanal me servía para premiar a los que se habían portado bien durante la semana, los que habían hecho sus tareas diarias y cumplido con sus trabajos en clase; los que no, ya sabían que no saldrían. Era muy raro que eso pasara, casi siempre iban todos. De regreso cortaban cuanta fruta podían: mandarinas, tamarindos, mangos y muchas otras más para llevar a sus casas, así que ese día era muy especial.

Otra de las grandes novedades para mí en este lugar fue la cantidad de insectos y los variados tipos de animales con los que teníamos que convivir, sobre todo en un terreno tan grande y casi selvático. Había de todo. En los árboles, enormes nidos de comején (una especie de termita), grandes enjambres de mosquitos, así como cucarachas, víboras, murciélagos y gran diversidad de aves.

En una ocasión, cuando estaba todo muy tranquilo, y los alumnos jugaban en las resbaladillas, los columpios, los subibajas o en los areneros, que eran como panales que atraían a las abejas, de repente oí un griterío enorme, pues mi sobrino Cristóbal, que jugaba en la arena, precisamente, se me apareció con una lombricita agarrada por el cuello. Al mostrármela, me dijo muy emocionado:

—¡Mira, tía, qué linda!

Me quedé helada. Era nada más y nada menos que una pequeña coralillo, una de las culebras más venenosas que hay, con rayas de colores bellísimos, rojo, amarillo y negro. Me armé de todo el valor que pude y le pedí que me la diera, pero por más que insistía, no quería, pues decía que él se la había encontrado. No sé cómo se me ocurrió buscar un frasco y hacer unos agujeros en la tapa. Entonces le sugerí:

—Mira, hijo, vamos a meterla en el frasco, y cuando te vayas a tu casa, te la llevas para que se la enseñes a tus papás. ¿Te parece bien?

—Sí, pero no se te olvide dármela cuando me vaya.

¡Qué susto me llevé! Fue mi primer gran sobresalto con los alum-

nos. Esta vez corrimos con suerte de que nadie saliera lastimado. De inmediato mandé rastrillar los areneros, pues, según me dijeron, las víboras buscan el fresco de la arena. Esto sirvió para que diariamente el conserje la removiera para no volver a tener otra sorpresa.

Un padre de familia que era médico me regaló una yegüita co-lor canela. Me divertía mucho con ella. Por las tardes me iba a montar por el terreno y, algunas veces, en las mañanas, a la hora de recreo, el conserje paseaba a los niños más grandes en la yegua.

Un sábado que el conserje no llegó, tuve que llevarle la pastura al animal, así que abracé el atado de hierba fresca porque estaba muy pesado. Cuando me iba a bañar, vi una como costra negra en mi estómago. Me asusté mucho y llamé a la muchacha.

—¡Ven a ver qué tengo!

—¡Ay, señora, está cundida de pinolillo! (garrapatas recién nacidas). No se toque, ahorita le preparo algo para que se le desprendan.

Fue a la cocina y desbarató varios cigarros, los puso en un frasco con alcohol y con eso me frotó. Se me cayeron todos los bichos, pero la comezón me duró un buen tiempo. Decidí mejor regalar la famosa yegua. Definitivamente no servía para amazona: “Zapatero a tus zapatos”.

Las celebraciones del Día de la Madre en el colegio hicieron época, pues organizaba una taquiza y llevaba marimba. No se contrataban meseros porque todo el personal, yo incluida, atendíamos a las madres de familia. Se compraban chucherías, desde collares y aretes de fantasía hasta utensilios de cocina, y se rifaban, el caso era que ninguna se fuera con las manos vacías, independientemente del regalo que cada alumno le hacía a su mamá. Con la marimba se animaba mucho la fiesta y no faltaba la mamá que cantara o declamara, además de los cantos de los alumnos. Por cierto, había un chiquito de segundo de primaria que tenía muy buena voz y cantaba ranchero, a las niñas les fascinaba bailar, y todos acabábamos haciendo lo mismo. Las mamás se iban felices, bien festejadas, con regalo y, lo principal:

no se les había pedido ni un solo centavo para la fiesta, todo corría por cuenta del colegio. Por supuesto, ellas correspondían en grande para el Día del Maestro. A mí, en particular, me llenaban de regalos, unos espléndidos, otros no tanto, desde un jabón de baño hasta un perfume carísimo, en fin, había mucha cordialidad entre el colegio y los padres de familia.

Para el fin de curso organizábamos una muestra pedagógica para que los padres vieran cómo se había realizado el trabajo durante el año escolar. Los alumnos pasaban al pizarrón a hacer alguna operación aritmética, otros leían en voz alta, otros cantaban alguna canción en inglés, y así los padres tenían una idea de cómo se laboraba con los niños diariamente. Para finalizar, al día siguiente de la muestra los alumnos participaban en bailables o en pequeñas obras de teatro. Hubo veces en que se representaron canciones de Cri-Cri, y cada una tenía su escenografía —que yo hacía—, ponía las coreografías de los bailes, diseñaba los trajes de cada alumno, más bien lo hacía todo. En otra ocasión los bailes estuvieron relacionados con varios países y lo titulé: “La vuelta al mundo en ochenta minutos”; en otra, el tema fueron los cuentos: Blanca Nieves, Cenicienta, La bella durmiente, Pinocho... En una clausura se me ocurrió que fuera un circo, con trapecistas, hombre fuerte, domador, leones, y así cada año se hacía algo diferente. Le pedía al Ayuntamiento del Centro que nos prestara una tarima y sillas, ya que en los primeros años los festivales de fin de cursos se llevaban a cabo en el colegio. Después, al haber más alumnos y por ende más padres de familia, se hacían en el teatro, ya fuera el de la Uni-versidad Juárez Autónoma de Tabasco, el del Seguro Social, de la Sección 44 de Pemex o, por supuesto, en el Esperanza Iris (el teatro del estado).

LOS FESTEJOS DE MIS CUMPLEAÑOS

Hablando de festejos, mi cumpleaños se volvió una fiesta de gran

trascendencia dentro de la escuela. Los maestros me llevaban serenata, y desde esa hora empezaba la fiesta. Toda la mañana era recibiente que venía a felicitar me; en cada salón me tenían un pastel, así como gran cantidad de regalos: ramos de flores, perfumes, ropa y cuanta cosa se les ocurría. Cuando se iban los alumnos, el personal me daba mi regalo, generalmente alguna alhaja, y preparaban una comilona con música en vivo, un trío, marimba, o ellos tocaban guitarra. Nos quedábamos hasta muy tarde, bailando, cantando y tomando uno que otro trago (en ese entonces no tenía cultura alcohólica), así fue año con año.

Recuerdo con mucho cariño a los cantantes Medel y Matus, que realmente eran buenos haciendo gorgoritos, como decía mi padre. Se hizo tal la costumbre, que a la fecha ex alumnos y ex maestros se acuerdan de mí y me hablan por teléfono para felicitar me. La verdad, me sentía muy querida. No pensé en ningún momento que me festejaran por compromiso o por quedar bien, creo que era una manera de expresar que se sentían a gusto trabajando conmigo.

Después de varios años, en un festejo de mi cumpleaños una niña de primero de primaria preguntó cuantos años cumplía la directora. Se lo dijeron, y muy asombrada comentó: "¿Y cómo le hace para vivir todavía?"

NUESTRA VIDA COTIDIANA

Para entonces mi esposo y yo teníamos algo más en qué divertirnos, pues se inauguró un nuevo cine: el Tabasco, ése sí con aire acondicionado y sin ratas. También había un boliche, al que éramos muy aficionados. Formamos nuestro equipo cada quien, muy bien organizados, uniformados y con todo lo necesario, bolas y zapatos propios,

y jugábamos casi todas las noche hasta la madrugada.

Mi esposo era muy bueno para el boliche, fue a competir a la ciudad de México representando al estado. Yo también jugaba y no la hacía tan mal; gané trofeos por un segundo y un tercer lugar. De las mujeres que jugábamos era una de las mejorcitas. No sé cómo aguantábamos tanta desvelada y después, al día siguiente, irnos a trabajar como si nada, "juventud, divino tesoro".

EL MEDIO INTERNADO

Hubo un año, cuando se abrió la primaria, en que se me ocurrió poner medio internado, pues muchos de los papás se quejaban de que los niños no querían hacer sus tareas, así que se me hizo fácil que se quedaran a comer para después dirigir sus tareas. Les daba un rato clase de inglés y luego veíamos lo de español. La salida era a las cinco de la tarde.

Afortunadamente no dio resultado. Era muy cansado para mí cuidar niños todo el día y, al terminar, pensar en qué se comería al día siguiente. La ventaja era que ya contaba con una buena cocinera, pero yo acababa rendida, casi no tenía tiempo para mi persona.

De los días del medio internado hay una buena anécdota: uno de los alumnos era muy inteligente, pero muy agresivo, inquieto, grosero, el azote de todos y no obedecía a nadie, sólo a mí. Tenía muchos problemas por el divorcio de sus papás. Cierta vez, para variar, se había portado terriblemente mal, Lo regañé, lo castigué, lo dejé sin recreo, y ya sin saber qué hacer con él, simplemente lo ignoré. No le hablaba, y si él lo hacía, no le contestaba. Así pasó la mañana, y al llegar la hora de la comida, ya desesperado y llorando de rabia me dijo: "¡Si quieres, miéntame la madre, pero háblame!", y con eso me desarmó.

UN NUEVO NEGOCIO

Ese mismo año vino a vernos un tío, hermano de mi mamá, que sabía trabajar la fibra de vidrio. Aquí no había y podía ser un buen negocio. Como teníamos un terreno muy grande, se levantó un galerón a manera de taller. Mi papá y mi cuñado fueron los inversionistas. Se construyeron dos mesas de trabajo bastante grandes, del tamaño de una hoja de triplay, y se compró el material para la fabricación. Recuerdo muy bien que era un tambo de doscientos litros de resina y uno o dos rollos de fibra de vidrio, más la madera para hacer los moldes y lo necesario para que mi tío fabricara puertas, ventanas, láminas o cualquier cosa que se pudiera hacer de este material.

Pero, como dicen, mi tío no se halló y un buen día decidió regresar a México y dejar todo botado. Los contratos se tuvieron que cancelar; fue una experiencia negativa y una considerable pérdida económica.

El galerón aquel era un gran atractivo para los niños, pues les encantaba entrar a jugar ahí. Teníamos que estar muy pendientes de que no se metieran, pues a mí me ponía muy nerviosa. La fibra de vidrio les llamaba mucho la atención, decían que era pelo de ángel, como el que se pone en los árboles de Navidad, pero salían llorando, pues al tocarla les picaba mucho. Consultamos con mi papá y con mi cuñado para ocupar el local y así rescatar algo de lo perdido. Nos dijeron que sí y lo acondicionamos para tener más aulas; el colegio seguía creciendo. Lo primero que hicimos fue trepar esa dichosa fibra y el tambo de resina al tapanco que tenía la casa. Entonces se prepararon dos aulas en ese local y junto construimos dos más, con dos baños para niños y dos para niñas, una oficina y una pequeña bodega. A las dos mesas les cortamos las patas para que nos sirvieran para el jardín de niños, y se les puso cubierta de triplay. Resultaron buenísimas por su tamaño, pues se podían sentar dieciséis chiquitos alrededor y era más cómodo para la educadora supervisar los trabajos de los alumnos.

LA PEREGRINACIÓN CON LOS MÉDICOS

En las vacaciones finales de ese año aproveché para ir a México a ver al doctor. Me practicó una operación de retroversión de matriz que, según dijo, era la razón por la que no llegaban a término los embarazos. Me comentó que sería algo muy sencillo y, cuando mucho, estaría tres días en el hospital; por desgracia no fue así. Seguramente al salir del quirófano me descuidaron y me dio una bronconeumonía, con una tos tan espantosa que sentía que la herida se me abriría de tanto esfuerzo; era de ingle a ingle y tuvieron que reforzarla con grapas. En lugar de los tres días que me había dicho el doctor, fueron dos semanas, y de ahí me fui a casa de mi suegra para acabar de reponerme. ¡Qué sufrimiento tan grande!, pero me consolaba pensar que con esa operación podría tener mi tan ansiada maternidad. Mi esposo estuvo todo el tiempo pegado a mí, yo no quería a nadie conmigo, solamente a él. Mi mamá se sintió mucho, porque decía que los señores no tenían que estar en eso, ya que ella siempre había estado con mis hermanas cada vez que iban a un hospital.

EL COLEGIO

Ya recuperada de la operación, regresé de inmediato para comenzar otro nuevo año escolar, en 1966, ahora con tercero de primaria. Cada año fuimos aumentando un grado, hasta tener la primaria completa. Sólo que no era un grupo por grado, ya había dos de primero, dos de segundo y dos de tercero, uno de cuarto, uno de quinto y uno de sexto.

Así seguimos felices en este local. El personal sabía perfectamente lo que había que hacer, y yo impartía todo lo relacionado con el inglés, tanto las clases en todos los grados, así como de auxiliar de la maestra de música con las canciones.

Al poco tiempo vino a verme una muchacha bastante joven (empezaba a estudiar preparatoria), Clarita, para pedir trabajo de lo que fuera. Me cayó muy bien su actitud, pues no llegó de pretenciosa, y me gustó su manera franca de decirme que tenía necesidad de trabajar para ayudarse con sus estudios. Le di empleo de ayudante en jardín y en una de las camionetas. Ponía mucho empeño en aprender e incluso en las vacaciones se ofrecía a quedarse conmigo para ayudarme en lo que fuera. Se ganó mi confianza, pasaron los años y llegó a ser la subdirectora y, más adelante, la encargada de Control Escolar de la secundaria. Me era de gran ayuda, estuvo en el colegio quince años, se tituló de abogada, se casó y, lógicamente, quiso seguir con lo suyo. Hicimos una gran amistad que continúa hasta la fecha.

UN ACCIDENTE CON SUERTE

Para ese entonces mi esposo ya no contaba con carro, pues el que le habíamos comprado a mi papá estaba inservible y lo malbaratamos. No podía hacer uso de ninguna de las camionetas, pues se utilizaban para el transporte escolar toda la mañana, así que no tenía en qué moverse para supervisar las obras que estaba construyendo; lo necesitaba precisamente a la hora en que los transportes se ocupaban. Como tenía mucha amistad con Carlos Barahona (un yucateco tomatero de los buenos, cuyas hijas estudiaban conmigo en el colegio), gerente de la Nissan en esa época, lo animó a que se comprara un Datsun. Le dio facilidades de pago, incluyendo el seguro por un año. Me lo comentó y, por supuesto, fui la primera en animarlo a que lo comprara. Sabía yo la necesidad que tenía de un vehículo, incluso para los dos, pues no podíamos salir a carretera con ninguna de las dos camionetas. Me dijo que no le convencían mucho los carros chicos, que nunca había tenido uno y que le parecían inseguros. Seguí animándolo y finalmente lo compró.

A los pocos días de haber estrenado el mentado coche, fuimos al cine Tabasco por la calle de Bastar Zozaya. Al cruzar la avenida Pino Suárez, exactamente en la esquina con el mercado, Mayito se dio cuenta de que venía un carro a exceso de velocidad, aceleró pa-*ra* librarlo, pero alcanzó a darnos un golpazo tremendo en la par-*te* trasera izquierda, nos volcó del lado derecho, y el carro volvió a enderezarse al golpear contra una banqueta alta frente a una far-*macia*. El pobre de mi marido se llevó el susto de su vida al ver el asiento donde yo iba y no verme. Me dijo que lo primero que pensó es que me había salido al volcarse el coche de mi lado. Em-*pezó* a llamarme a gritos:

—¡Chofi, Chofi!, ¿dónde estás!

—Acá estoy —le contesté.

—¿Adónde?, ¡no te veo!

—Acá atrás.

¿Cómo iba a verme si estaba caída sobre el lado izquierdo, entre el sillón trasero y el respaldo delantero?

—¿Estás bien, te lastimaste?

—No tengo nada.

Y al saber que estaba sana y salva, sin pensarlo, salió corriendo para detener a los que nos habían golpeado. Las personas que es-*taban* por ahí y vieron el accidente, ya los tenían detenidos. Eran unos tipos de Tenosique que iban cayéndose de borrachos. Mi esposo se percató de que yo seguía en el coche y regresó a sacarme. Estaba sin zapatos, me sentía muy atarantada y, aunque en ningún momento perdí el conocimiento, la verdad no me di cuenta de nada. Fue tan rápido que vi todo negro unos segundos. No supe cuándo me fui para atrás, y al detenerse el carro, no sabía dónde estaba, hasta que oí la voz de Mayito llamándome. De inmediato llegó una patrulla. Los agentes le dijeron a mi marido que tenía que levantar una acta ante el Ministerio Público. Les contestó que yo no iría, pues antes que nada era necesario que me revisara un médico. Le dijeron a qué ministerio tenía que ir, se llevaron detenidos a los bolos (borrachos,

como les dicen aquí) y vino una grúa por el carro. Desde la farmacia le hablamos a Héctor (nuestro amigo y traumatólogo), pero no lo encontramos. Tomamos un taxi y nos fuimos a casa de mi hermana Ana (para que no me quedara sola en casa). En ese momento tenía una reunión. Le platicamos lo que había pasado y nos comentó que ahí estaba el doctor Reynés. Lo llamó, y muy amablemente me revisó. Me dijo que, aparentemente, no tenía nada. Le pedimos a Ana que nos prestara su carro para que Mayito me llevara a casa y mi esposo tuviera con qué moverse para atender lo necesario respecto al accidente.

Cuando llegué a mi recámara, empecé a desvestirme para ponerme la pijama, pero al desabrocharme la blusa y querer quitármela, sentí un dolor tremendo. En el espejo vi que tenía el brazo izquierdo colgando. No me lo podía ni tocar, me dolía muchísimo. Afortunadamente, mi esposo no tardó mucho en llegar y fuimos de inmediato al hospital Juan Graham. En ese momento llegaba Héctor. No hubo necesidad de tomarme una radiografía, pues se veía muy claro que tenía el brazo zafado. Con un pequeño jalón me lo acomodó. Pegué un grito espantoso porque me dolió muchísimo, pero al ponerme el brazo en su lugar, como por arte de magia se me quitó el dolor. Me dijo que era necesario inmovilizarlo, así que me enyesó del cuello a la cintura con el brazo en posición de ele y sólo me dejó la mano libre. Tendría que estar así por lo menos un mes. Al fin acabó la danza de ese día y nos fuimos a descansar (yo no mucho, pues el yeso era muy estorboso).

Al día siguiente, cuando me metí a bañar envuelta en bolsas de plástico para que el yeso no se mojara, me vi en el muslo izquierdo, debajo de la cadera, un moretón como de quince centímetros de diámetro. Me dolía mucho, así como todo el cuerpo. Sentía como si me hubieran apaleado. Este bendito accidente me trajo consecuencias y molestias por varios años, y vuelta a enyesarme hasta que la clavícula soldó a la primera costilla debajo del cuello. ¡Cómo habrá quedado el coche, que días después le dieron a mi

esposo otro carro igual, nuevecito! Le salió caro a los bolos, ellos tuvieron que pagarlo.

Ese año mi esposo tuvo tres accidentes muy fuertes y tres veces estrenó coche; por algo no quería uno chico. En cuanto pudo, para compensar lo anterior, se compró nada más y nada menos que un Mustang blanco con asientos de piel en color rojo. Estaba fascinado con su nuevo coche. ¡Cómo lo gozamos!

LAS CRÍTICAS

¡Claro!, las críticas de mi papá no se hicieron esperar al saber que ha-bíamos comprado un Mustang. Decía que estábamos locos, que gastábamos de más, que si nos sentíamos millonarios; es más, mis papás se molestaban cuando los invitábamos a comer a algún restaurante; no lo disfrutaban. Únicamente pensaban en lo que estábamos gastando y eso me trajo algunos disgustos con ellos. Les decía que me daba mucho sentimiento y también coraje, porque no nos permitían halagarlos de vez en cuando. ¡En fin!, así eran ellos, no los podía cambiar, ni modo.

DE TODO UN POCO

También la hice de modelo. Una amiga platicó con el dueño de una tienda muy grande de ropa para dama, representante de los trajes de baño Catalina. Me habló y me dijo que Olga le había comentado acerca de mí. “¿Estaría dispuesta a modelar los trajes de baño? (bikinis, por supuesto), porque no encuentro a nadie que se atreva a hacerlo”. Habría un desfile en el Club de Leones a beneficio de no sé qué cosa. Le pedí su opinión a Mayito sobre la propuesta y me dijo: “Si te gusta y quieres, hazlo. Tienes el cuerpo ideal para ello y yo me siento muy orgulloso de mi esposa, me encanta lucirte”.

Acepté, y cuando llegué al salón, me dio un poco de pena. Estaba acostumbrada a usar bikini en la playa, pero no en una pasarela, donde todos los ojos estarían puestos en mí. Me tocó el turno, lo hice con desenvoltura, como si fuera una profesional. Todas las señoras me felicitaron, el dueño de la tienda me regaló el traje de baño que más me gustó, y me pidió que cuando hubiera otro desfile fuera su modelo. Estuve encantada de hacerlo.

En verdad he hecho de todo. Al inaugurarse la televisión local (canal trece), me llamó el señor Estañol, gerente de la televisora, para que diera clases de inglés. No me pagaban, pero todo el tiempo que estaba al aire le hacían publicidad al colegio. Colocaban atrás y arriba de mí una cartulina con todos los datos de éste. Esto me sirvió, pues independientemente de que me di a conocer, se incrementó la inscripción. Como era el único canal, mucha gente lo veía; eran programas cortos, de media hora, pregrabados, y yo tenía que ir dando la clase de acuerdo con el tema que se tratara. Antes de salir al aire, ya había visto la grabación para saber cómo daría la clase. No me intimidaba estar bajo los reflectores ni frente al micrófono, me desenvolvía bastante bien; estuve cinco o seis meses, tres veces a la semana. La gente me identificaba en la calle o bien los alumnos me decían: "Miss Chofi, siempre la vemos en la tele".

Dentro de la programación local, los domingos había un programa en vivo que conducía Hilda (una locutora muy conocida). Me pidieron que fuera su acompañante, pues, según dijo el director, le parecía muy bien cómo televisaba. El programa era para hacerle publicidad a los restaurantes que había entonces en la ciudad. Cada domingo se presentaba un negocio diferente y su muestra gastronómica. Tampoco me pagaban, pero Hilda y yo comíamos riquísimo (seguramente nos veíamos curiosas: ella bastante rolliza y como yo un fideo). No me importaba ir los domingos, pues Mayito se la pasaba todo el santo día jugando frontenis, así que me divertía mucho y no me quedaba sola en casa.

NUESTRA PRIMERA CASA PROPIA

En 1968 construimos nuestra casa en el fraccionamiento Lago Ilusiones. Como mencioné antes, el fraccionamiento lo desarrolló mi esposo. Fue una época muy buena para él, tenía mucho trabajo. Nos hicimos del terreno y luego conseguimos un préstamo en el banco para terminar la casa. Era pequeña, de un piso, muy bonita, acogedora, y lo que más gustaba a todo el que nos visitaba, era que estaba climatizada. Le pusieron el Oasis, y ése era casi siempre el lugar de reunión de familiares y amigos.

Mi suegra me prestó dinero para comprar los muebles, cocina integral, lámparas, en fin, todo, porque al ser la casa nueva, todo lo quería nuevo, y nos fuimos a México a comprarlos.

NUEVO CAMBIO DE LOCAL

Desafortunadamente, en 1969 nos pidieron el local porque la dueña lo vendió a los mormones. De nuevo tuvimos que buscar lugar para cambiarnos, sólo que ahora el colegio había crecido mucho. Debía ser un local con más espacio, sobre todo para que hubiera más aulas, pues para el ciclo escolar 69-70, el colegio tenía una población aproximada de cuatrocientos diez alumnos.

De nueva cuenta mi esposo me echó la mano. Consiguió una casa sobre 27 de Febrero, propiedad de un militar, a una cuadra de donde estábamos, de dos pisos, con varios cuartos y una terraza muy grande. Otra vez a acondicionar todo, a techar la terraza para hacer dos aulas. Las recámaras se convirtieron en salones; abajo tenía una cochera muy grande que también se techó y se acondicionó para más aulas, dividimos con mamparas los grandes espacios y así tuvimos más salones. Al frente tenía un recibidor abierto que se cerró con ventanas y se convirtió en oficina; en la parte de atrás del edificio, por el patio, se construyeron los baños y el cuarto pa-
ra el

conserje. Tenía un patio de muy buen tamaño, aunque nunca como el que habíamos tenido. Quedó listo para el 2 de septiembre de 1970.

Tuve mucha suerte con las autoridades escolares, me dieron todas las facilidades. No sabía cómo elaborar el papeleo oficial, pero los supervisores (antes se les decía inspectores) que me tocaron, se portaron bien conmigo. Una fue la maestra Maclovia, famosa en el medio porque decían que era muy enojona y exigente, pero conmigo no, al contrario, me explicaba muy bien cada documento y su significado. Cuando tenía que ir a su casa a que me revisara los papeles, siempre la encontraba con el vestido al revés. Un día no aguanté la curiosidad y le pregunté:

—¿Por qué siempre trae el vestido así?

—Es de buena suerte.

Otro supervisor, el profesor Fausto Méndez, no sólo me orientaba sino que hasta me los hacía. Le causaba mucha gracia mi cinismo cuando le decía:

—¿Eso qué es? No tengo ni la menor idea de cómo se hace.

Tuvimos un problema con el dueño de la casa, pues el muy sinvergüenza, cuando vio todas las mejoras que le habíamos hecho al inmueble, nos comunicó que la renta aumentaría, y que si no nos parecía, que dejáramos el edificio. Sólo habían pasado unos cuantos meses y teníamos firmado contrato forzoso para ambas partes por un año. Mi esposo fue a ver a un abogado, amigo suyo, y le planteó el problema. Le aconsejó que depositáramos la renta en el juzgado y que él se comprometía a defendernos para que no pudieran sacarnos antes de tres años. Tal como lo dijo, así fue. No sólo fueron tres, sino cuatro años más. Mientras, buscamos un terreno para construir nuestro propio edificio, con espacio suficiente, pues el colegio había crecido muchísimo (ya estábamos muy amontonados y los alumnos merecían tener mejores instalaciones). Afortunadamente tanto a mi esposo como a mí nos estaba yendo muy bien económicamente.

MI RUPTURA CON LA RELIGIÓN

Quti nos invitó a formar parte de un grupo religioso llamado Movimiento Familiar Cristiano, para matrimonios. A mí nunca me interesó estar en ese grupo, y mi esposo lo aceptó más bien por condescender. Yo veía el abandono en que estaban mis sobrinos porque sus papás se la pasaban dando conferencias y me preguntaba, si es familiar, ¿por qué están los niños tanto tiempo en manos de la sirvienta?, el ejemplo empieza por casa. Nosotros éramos los que los paseábamos, los llevábamos de día de campo, a la playa, al río, de viaje, en fin, estaban mucho tiempo con nosotros, así que de ninguna manera me convencía andar pregonando la palabra de Dios, si en la casa todo estaba abandonado.

A raíz de esto, empecé a cuestionarme la religión, pues estaba muy dolida por mi maternidad frustrada. No podía comprender por qué había tantas mujeres que renegaban al tener un hijo y yo no tenía esa dicha.

Nadie comprendía lo doloroso que era esto para mí y todo el mundo me hablaba de Dios, que Él sabía por qué lo hacía, que debía conformarme con lo que me había tocado vivir, y un sinnúmero de palabras que a mí no me decían nada. Nunca fui religiosa, mística menos, aunque mis padres me lo habían inculcado; nunca estuve muy convencida, y si seguía los rituales católicos, era más bien por costumbre. Cuando acabé de convencerme de que no podía seguir en la religión, fue una vez al regresar de México, después de haber asistido a psicoterapia, de tener consulta con el ginecólogo porque había sufrido otro aborto, de haberme hecho más estudios, y de que me pidiera tomarme la temperatura todos los días antes de levantarme, para que hiciera una gráfica con los resultados y así saber exactamente cuándo era el día de mi ovulación. El médico dijo que tuviéramos relaciones a discreción, para no fallar.

Mi esposo fue a buscarme al aeropuerto y, sin consultarme ni saber lo que había dicho el médico, él y mi hermana me llevaron a

un retiro religioso que duró varios días. ¡Qué días más espantosos pasé! No era posible concentrarme, ni quería escuchar lo que decían, pues estaba bajo un tratamiento que me recetó el psiquiatra que me tenía muy ansiosa y no podía estarme quieta un segundo, no veía la hora de que terminara el dichoso retiro. A partir de ahí, dejé para siempre la religión.

Hubo otro incidente que me hizo acabar de tomar esa decisión tan trascendental en mi vida. Se me ocurrió comentarle a mi papá que tenía la idea de adoptar una niña. “¿Qué te pasa?, de-bes aceptar los designios de Dios, al no hacerlo, vas en contra de ellos y, por consiguiente, ¡en contra de Él!”, me contestó muy molesto.

Le platicué a mi esposo lo sucedido en el estúpido retiro y el terrible comentario de mi papá; con eso confirmaba la decisión que había tomado. Me dijo: “También ya lo pensé y estoy igual que tú”. Así fue como los dos, casi simultáneamente y sin haberlo planeado, dejamos de ser religiosos para convertirnos en librepensadores, no lo sé.

NUESTRO CRECIMIENTO Y MADUREZ COMO PAREJA

Mi esposo y yo fuimos creciendo juntos en todo, aun en lo sexual, pues tanto él como yo nos casamos vírgenes, así que fuimos aprendiendo y explorando en todos los terrenos: nuestra sexualidad, nuestra manera de convivir, hasta los pequeños detalles, como aprender a tomar alguna bebida alcohólica, a tratar con el público y, por supuesto, a saber llevar cada quien su propio negocio.

Es más, incursionamos en las drogas. El doctor Roquet, un psiquiatra amigo de mi cuñado, estaba experimentando un nuevo método para hacer más corto el psicoanálisis. Tanto nosotros como mi hermana Quiti, Paco, nuestro amigo Héctor y María Eugenia su esposa, quisimos tener una sesión con él, pues utilizaba diversas

drogas: oleoluqui y datura, que son semillas; peyote, un cacto alucinógeno; LSD, un químico; quetalar, un analgésico; marihuana y varios más que no recuerdo.

El doctor controlaba las dosis. A mí me dio oleoluqui; nos estimulaba con música, con diversos ruidos, o bien de antemano nos pedía alguna carta que nos recordara algo y nos la leía, o nos mostraba fotografías y transparencias de temas variados. Para mí fue una sesión bárbara, agotadora, pues tuve una diversidad de sensaciones que nunca antes había experimentado, muchas regresiones a mi niñez y depresión por la problemática que estaba viviendo en ese momento. Un buen rato tuve muchas alucinaciones, pero lo peor fue cuando se estaba acabando el viaje y empecé a aterrizar. Me dio pánico, no sabía quién era yo ni dónde estaba; me tocaba alguna parte del cuerpo y la sentía como si fuera de cartón. Fue una experiencia inolvidable, algo nuevo; cuando terminó, quedé exhausta, pero con mucha paz interior.

Mi esposo y yo nos platicábamos todo, generalmente no tomábamos decisiones sin haberlas comentado antes. Lógicamente, esto nos hacía muy unidos; sin embargo, éramos bastante libres en lo personal, pues no se trataba de vivir en simbiosis, de querer ser uno igual al otro, sino de ser cada quien auténtico y convivir en gran unión. Así que decidimos optar por un matrimonio abierto. Para entonces, teníamos ocho años de casados.

Inicié una buena amistad con Carlos Arturo, uno de los señores del grupo con el que nos reuníamos. Platicábamos mucho, me hablaba de su esposa, de sus hijos, y yo, por supuesto, de mi esposo, de mi trabajo, el cual él admiraba mucho, pues decía que era difícil que una mujer en esa época, y en este medio, tuviera las agallas para salirse del tipo de vida del común denominador de entonces. Los dos nos sentíamos muy bien contándonos nuestras cosas. Nunca habló mal de su esposa, o de que no la quisiera, ni se quejaba de su relación con ella; al contrario, la floreaba mucho, era sumamente atento y cariñoso con ella. Y yo lo mismo, siempre he amado y respetado

muchísimo a mi esposo. Así, sin darnos cuenta, comenzamos una relación muy bella que duró varios años, con mucha discreción, porque no queríamos lastimar a nadie, ni dar de qué hablar. Por supuesto, se lo conté a mi esposo y él estuvo de acuerdo mientras no afectara nuestra propia relación. Él nunca se atrevió a decírselo a su esposa, pero por muchos detalles nos dimos cuenta de que ella lo sabía; es más, éramos muy buenas amigas. Mi esposo y yo nunca dejamos de amarnos, al contrario, nuestra relación se fortaleció, pues este señor me convenció de que adoptáramos a una criatura, ya que me veía sufrir por la falta de un hijo. Fue un gesto muy bello de su parte.

LOS TRÁMITES PARA LA ADOPCIÓN

En cuanto tuvimos tiempo libre, Mayito y yo fuimos a México a hacer los trámites necesarios para una adopción. Fuimos al Instituto Mexicano de Asistencia a la Niñez (IMAN), nos hicieron análisis, nos tomaron fotografías, llenamos la solicitud y entregamos los papeles requeridos; también fuimos con unas monjas que tenían un orfanato frente al hospital Mocel, al hospital Santa Teresa, y a otras dos casas de cuna, una de ellas en Tlalpan.

La peor experiencia fue cuando se nos ocurrió ir a la casa-cuna de Coyoacán. No bien acabábamos de entrar, cuando varios niñitos y niñitas se nos colgaban de las piernas diciéndonos: "Mamá, pa-pá, llévame contigo". Después nos pasaron al segundo piso, donde estaban los recién nacidos y los lactantes. Era un cuarto grandísimo, de paredes muy altas, lleno de cunas y corrales sucios y en mal estado. Muchos de los bebés lloraban sin que nadie les hiciera caso, la mayoría desaseados, pues una sola persona atendía a veinte bebés y, lógicamente, no se daba abasto.

Ahí vimos a una bebita que nos encantó. Tendría unos cuatro o cinco meses, pero nos dijeron que a esa niña su mamá la había

encargado mientras la operaban. Nos pidieron lo mismo, miles de papeles, y nos dijeron que nos avisarían en cuanto hubiera una recién nacida.

Cuando salimos del lugar, yo estaba deshecha. No podía parar de llorar al ver a tantos niños carentes de la mínima atención, de amor, y sobre todo tan solitos. No sé en qué momento se nos ocurrió hacer esa visita. Volví a caer en una depresión enorme de la que me costó mucho trabajo salir; tuve que volver a mi tratamiento psiquiátrico. Regresamos a casa con las manos vacías, con la esperanza de que algún día nos llamaran de cualquier lugar en los que habíamos dejado solicitud. Pasó el tiempo y nunca tuvimos respuesta.

AL FIN FUIMOS PADRES

Una noche en que iba de salida con Raúl y la Güera una voz de mujer me dijo:

—Estoy llamando desde la ciudad de México. ¿Es la casa de los señores De Lille?

—Sí, ¿con quién hablo? —no se me hizo una voz conocida.

—¿Son ustedes la pareja que desea adoptar un niño?

Me quedé por unos instantes petrificada, no podía creerlo.

—Así es, pero no queremos niño, sino niña y recién nacida.

—Pues niña no tengo, sólo tengo varios niños, pero déjeme ver, porque la única niña que hay, ya la tenemos comprometida, espere un segundo.

La espera se me hizo eterna y me temblaban las piernas, al fin volví a oír su voz.

—Ya vi, y posiblemente sí se pueda porque son una pareja joven, su esposo es arquitecto y veo que usted tiene su propio negocio, así que la niña estaría mucho mejor con ustedes. La otra pareja es mayor. Eso sí, tendrían que venir por ella mañana mismo y, por supuesto, el costo se eleva. ¿Cómo la ve?

Por un momento no supe qué contestar, luego dije:

—Está bien, sí la queremos.

Me dio la dirección adonde teníamos que ir al día siguiente y su nombre, nos despedimos: “Nos vemos mañana”.

Salí corriendo emocionadísima a contárselo a mis amigos y nos fuimos a la reunión. Estaba desesperada porque llegara mi esposo para darle la noticia. Cuando apareció, me solté llorando de la emoción. Le platiqué de la llamada telefónica y los amigos empezaron a opinar que a la mejor era una broma o que algo estaba chueco, que tuviéramos mucho cuidado con lo que íbamos a hacer.

Al día siguiente muy temprano, mi esposo habló con el dueño de la construcción que en ese momento estaba haciendo, para pedirle un préstamo. Le explicó para qué era y se lo dio, pero no todo, así que tuvo que recurrir a otras personas; mientras tanto, fui a comprar los boletos de avión para salir en la tarde, pero como no reuníamos la cantidad, perdimos el vuelo. Tuvimos que irnos a la media noche en autobús. Era el 12 de septiembre de 1970. Llegamos a México a las dos de la tarde del día siguiente y nos dirigimos a donde la mujer nos había indicado. Efectivamente, ahí era: una casa particular de dos pisos. Me acuerdo de que entramos por la cochera, donde había unas repisas llenas de botes de leche. En el segundo piso, sobre la cama, estaban en sus canastitas siete niños y una niña. La persona nos dijo que la niña había nacido el 24 de agosto y nos contó una historia medio jalada de los pelos acerca de los papás, pero no le pusimos atención. Nos la mostró y mi esposo estaba encantado. Yo todavía no asimilaba lo que estaba ocurriendo, pues temía que no estuviera sana, porque la vi muy delgadita. Nos la prestó para llevarla a los médicos que fuera necesario. Al primero que fuimos a ver, fue a mi tío, el psiquiatra, quien la revisó y nos dijo que estaba muy bien. Tenía veinte días de nacida y sólo pesaba dos kilos ochocientos gramos; nos aconsejó que le dijéramos la verdad sobre su adopción, que nunca le mintiéramos, que lo hiciéramos de manera natural y

paulatinamente, conforme fuera creciendo, porque sería lo más sano para ella, “una verdad es siempre mejor, aunque lastime, que inventar mentiras que después se convierten en una bola de nieve”.

Sus palabras se nos quedaron bien grabadas y seguimos su consejo. Luego la llevamos con el pediatra que veía a mis sobrinos. Le revisó los reflejos primarios y le hizo varias pruebas; nos dijo que estaba perfectamente sana y normal, y que en cuanto al peso, no nos preocupáramos, porque con una buena alimentación saldría adelante. Le recetó la leche que debía tomar, también nos dijo que la atención, el cuidado y el amor que le diéramos sería lo mejor para ella. El tiempo le dio la razón.

La regresamos y quedamos de volver al día siguiente para ir al registro civil antes de las dos de la tarde.

El abogado del diablo (mi papá), como era su costumbre, empezó a decirnos que lo que hacíamos era muy extraño, que de seguro estaba fuera de la ley, porque no era posible que esa señora supiera nuestros datos, si nunca la habíamos visto antes. Nos puso la cabeza enorme, pero, por supuesto, no le hicimos ningún caso. La decisión estaba tomada y la ilusión era mucha; al fin seríamos padres, como siempre habíamos anhelado.

No dormí esa noche. El 14 de septiembre nos levantamos temprano, desayunamos con mis papás y de ahí nos fuimos por la niña. Nos acompañaron porque serían testigos en el registro civil. Llegamos por la bebé, casi nuestra hija; la señora nos esperaba. Ella se fue en su coche y nosotros con mis papás. Ya teníamos el nombre: Gabriela. La registramos, y cuando firmé, me dio una gran emoción y comencé a llorar. Dije para mis adentros: “Sofía, ya es tuya, ya no te puedes echar para atrás, tienes en tus brazos una gran responsabilidad. Esta bebita depende de ti”, y en ese momento sentí una ternura y un amor enormes, mi hija estaba preciosa. ¡Al fin era madre!

Cuando todo terminó, nos fuimos a comer a casa de mi hermana Lourdes, que abrazó a mi hija y todo el tiempo estuvo cargándola. Le dejamos a la niña un rato mientras íbamos a comprar lo necesario. No tenía nada, el mameluco que llevaba puesto teníamos que

devolverlo de inmediato. Enloquecí comprándole miles de cosas, me sentía tan feliz, tan plena, que en ese momento no me cambiaba por nadie. Mi mamá me dio el moisés que yo le había hecho a uno de mis sobrinos y que ella tenía guardado.

Al día siguiente regresamos en avión. Nos esperaban los amigos para ver a la niña; la llenaron de regalos. Así me hice madre, y no sé cómo darle gracias a la vida por tan enorme dicha. Ya no me importó embarazarme (curiosamente nunca más volví a tener ni siquiera un retraso), estaba completa con mi hija adorada, mi gran pasión.

Todo pasó muy rápido. Me hice mamá en un fin de semana, así que el lunes siguiente me presenté a trabajar con mi bebé en su cuna. Al llegar al colegio, el personal rodeó a la bebé para conocerla. Se hizo un gran alboroto que acabó en fiesta, la metí a la oficina para estar pendiente de ella. Era una bebé muy tranquila, casi no lloraba, sólo cuando le tocaba su botella o necesitaba que le cambiaran el pañal; no me importunaba para nada en mi trabajo, que seguía igual, con la rutina diaria.

A los pocos meses de haber ido por nuestra adorada hija, me habló mi papá: "Compra el Excelsior, hay algo que te va a interesar".

Así lo hice, y en la primera plana vi la foto y el nombre de la mujer que nos había dado a nuestra hija. La habían detenido y llevado presa por tráfico de niños, decía el periódico. Al parecer, estaba en combinación con la esposa del secretario de Salud y con las instituciones relacionadas con adopciones, así que de ahí sacaba los datos de los padres que querían adoptar. Mi papá tuvo razón al decir que era algo ilegal, pero a nosotros no nos afectaba en lo más mínimo, porque nuestra hija estaba perfectamente legalizada en el registro civil como hija legítima nuestra.

LOS ACCIDENTES EN EL COLEGIO

No hubo nunca un día igual a otro, ya fuera porque alguien ha-

bía hecho alguna travesura o porque ocurrían pequeños accidentes. A propósito de estos, en el nuevo local cambié los columpios metálicos porque había muchos descalabrados. Cuando se mecían los niños, siempre había algún despistado que se atravesaba e irremediablemente le abrían la cabeza (nunca fue nada grave, por fortuna), así que de manera muy sabia, decidí que se colgaran llantas de los árboles sostenidas con cadenas. Sin embargo, uno nunca se imagina lo que se le ocurre a un niño, como sucedió una mañana con una chiquita de seis años. No le bastó columpiarse dentro de la llanta, sino que se montó en la parte superior y otra niña le dio vueltas, de tal manera que la cadena se torció y, al destorcerla, el largo cabello de la niña se enredó y le arrancó un mechón de pelo con todo y cuero cabelludo. La pobre daba unos gritos espantosos y no era para menos, debió dolerle terriblemente. Salí de la oficina corriendo, la bajé de la llanta y me la llevé de inmediato en coche al hospital Juan Graham, donde trabajaba nuestro amigo Héctor, quien me sacaba siempre de apuros con mis accidentados. La revisó, la curó y me tranquilizó, porque creo que yo estaba más asustada que la chiquita, y más aún, pensaba en cómo lo tomarían sus papás; afortunadamente se portaron muy comprensivos y no tuve ningún problema con ellos.

En otra ocasión, llegó la mamá de un niño de tercero de jardín a reclamarme porque su hijo se había raspado las rodillas varias veces. Alegaba que era por falta de cuidado de las maestras y mío. La vi entrar desde la oficina y dije para mis adentros: "Ahí viene otra vez esta señora latosa que no comprende lo que es tratar con niños". Llevaba de la mano a otro de sus hijos, un niño como de año y medio. No supe en qué momento el chiquito se tropezó, ca-yó de boca y se hizo un chichón enorme en la frente. Salí corriendo a levantarlo, pues la señora estaba tan asustada que no ataba ni desataba. Lo tomé en brazos y lo llevé a la oficina. Inmediatamente le puse una moneda con un trozo de carne cruda amarrado fuertemente con un paliacate. La pobre mujer no sabía cómo darme las gracias ni

cómo disculparse, porque me confesó que venía a avisarme que me demandaría, pues pensaba que no tenía cuidado con los alumnos y que corrían un gran peligro en este colegio. Sólo le contesté: “No se preocupe, señora, acepto sus disculpas, pero qué duro lo que le sucedió a su hijito. Comprenda que con los niños todo puede pasar y no por falta de atención”.

ANÉCDOTAS Y SUSTOS

Un día de tantos, ya en el nuevo edificio, me llevé uno de los sustos más tremendos. El patio trasero del colegio colindaba con terrenos que daban a la Ciudad Deportiva, y en uno de ellos se ubicaban los circos cuando venían. Ese día salieron los alumnos a recreo, y después del timbre para volver a clase, uno de los profesores de tercero de primaria me informó que tres alumnos no habían regresado al salón. Los buscamos por todos lados, pensando que se habrían subido a uno de los camiones por estar jugando, pero nada, no aparecían por ningún lado. De repente un alumno comentó: “Creo que se fueron a ver los animales del circo, así lo hacen siempre”. Al oír esto, me subí al carro y salí a buscarlos. Di varias vueltas al óvalo de la Ciudad Deportiva y, desesperada, pensaba en un sinfín de cosas: si se los habrían robado, si tuvieron un accidente, qué les diría a sus padres... En eso alcancé a ver, con el rabillo del ojo, un uniforme como los del colegio. Me fui despacito, tanteando el momento de volverlo a ver. Efectivamente, no me esperaban. Cuando me vieron, se quedaron petrificados. Abrí la puerta del carro y les dije:

—Súbanse —lo hicieron como corderitos, sin decir palabra.

Al llegar se me desató la adrenalina contenida y pregunté:

—¿Qué no veían mi carro cuando yo pasaba por ahí?

—Sí, sólo que nos escondíamos, no queríamos que nos viera. Sabíamos que nos iba a regañar, pues esta vez no alcanzamos a oír

el timbre para regresar al salón contestó uno de ellos.

Le pedí a la subdirectora:

—Toca el timbre, por favor, y forma a los alumnos en el patio.

Cuando estuvieron todos presentes, les ordené a los tres chamacos:

—¡Bájense los pantalones, pero ya!

Les puse una buena cinturoneada a cada uno de ellos. Los alumnos estaban con los ojos desorbitados, espantadísimos, pues nunca me habían visto hacer eso a nadie. Les advertí:

—Esto le puede ocurrir a cualquiera que salga del colegio sin mi permiso, porque no quiero que se repita el susto que he pasado hoy, ¿entendido?

Asintieron con la cabeza. Se hizo un silencio absoluto, y muy espantados se fueron a sus salones.

En ese momento tomé el teléfono y le hablé a cada uno de los padres de los tres fugitivos. Les pedí que vinieran personalmente por ellos, pues tenía que hablarles. Al colgar pensé: “A ver cómo me va con los señores, ojalá me comprendan”.

Los tres médicos llegaron a la hora de la salida. Les expliqué lo que había hecho y el porqué. Afortunadamente, los tres me dieron la razón. Luego supe que les impusieron duros castigos en sus casas. Al día siguiente sentí horrible al ver llegar a uno de ellos descalzo, pues su papá era médico militar y le impuso ir sin zapatos al colegio durante varios días.

LOS PROBLEMAS ECONÓMICOS

El colegio iba bastante bien. Programaba todos mis gastos según mis entradas, pero al ir creciendo, los problemas también aumentaban. Parecía mentira que habiendo más alumnado, no pudiera tener mayor estabilidad económica. Desgraciadamente, los padres de familia no cumplían a tiempo con el pago de las colegiaturas y yo me

veía en graves aprietos, y peor aún al llegar cada quincena o bien en temporada de vacaciones, pues tenía que recurrir a los bancos para pagar la nómina y los gastos que generaba el colegio. La mayoría de las veces, y hasta el final del curso, me nivelaba, aunque siempre quedaban cobros por hacer, era una lucha interminable. Los padres pensaban que la escuela tenía ganancias millonarias y que sus pagos podían esperar; ellos no se daban cuenta de que había que seguir invirtiendo. Tenía que dar mantenimiento tanto al local como al mobiliario y más aún a los transportes. Para ese entonces compré un microbús, pues la primera camioneta ya estaba en muy mal estado y era más lo que le invertía en composturas que el servicio que me prestaba, así que me eché ese compromiso que me sacó de apuros por lo menos en los dos o tres años siguientes.

De cualquier manera, el colegio era un magnífico negocio, dejaba muy buenas ganancias, pero mientras no tuviéramos un local propio, no podríamos crecer más y aquél ya era totalmente insuficiente, más aún con el problema que teníamos con el dueño del inmueble. Entonces mi esposo se dio a la tarea de buscar un terreno para construir y tener así nuestras propias instalaciones, adecuadas para el colegio, pero sobre todo que estuviera al alcance de nuestras posibilidades.

GABRIELA, NUESTRA HIJA

Entre tanto, mi vida personal había cambiado por completo. Me sentía feliz con mi esposo y con nuestra hija, que iba creciendo divinamente, muy sana. Cada día estaba más linda, pero cada vez era más difícil llevármela al trabajo, pues ya no se estaba quieta en su canasta.

Desafortunadamente la muchacha que teníamos desde hacía seis años, al ver que había un bebé en casa, no quiso seguir trabajando. De repente me dijo: "Me voy, señora, porque aquí no puede haber dos niñas".

Ella tenía una niña de seis meses cuando llegó a trabajar con nosotros, así que había crecido en la casa y la tratábamos como de la familia, iba al colegio conmigo y convivía con mis sobrinas. Le dieron celos y prefirió irse.

Se me complicó todo, pues no podía admitir a cualquiera, ya que tenía que dejar a mi chiquita en sus manos toda la mañana. Sin embargo, tuve mucha suerte, ya que al poco tiempo, una mañana tocaron a la puerta. Era una señora joven, gorda, muy limpia que pedía trabajo. Me dijo que se llamaba Concha y que tenía una ni-ña de cuatro años. Me dio buena espina y la contraté de inmediato, aun sin tener referencias y sin saber nada de ella. Me pidió que la dejara llevar a su hija Bertha y le dije que sí, que yo me la podía llevar al jardín conmigo diariamente. Ese mismo día se quedó, y poco a poco le fui dejando a mi bebita. Resultó ser una magnífica nana y más todavía, una buena cocinera. Trataba a mi hija con mucho cariño y la tenía muy bien cuidada, creo que hasta mejor que a su propia hija.

Cada día que terminaba de trabajar, no veía la hora de llegar a la casa para estar con mi bebé. Siempre le hablaba, le cantaba y hasta le contaba cuentos en inglés; yo sabía que así lo aprendería desde la cuna; es más, sus primeras palabras fueron en inglés. Cuando iba a tocar cualquier cosa que no debía, yo le decía: "Don't touch", y si ella tocaba algo, movía su cabecita en señal de negación y me decía: "Touch mami, touch mami".

Cuando tenía como un año, se ponía de pie, y agarrada de la cabecera de su cama y de un lado de la cuna le encantaba mecerse como si fuera un columpio, lo hacía con tanta fuerza que la cuna se iba deslizando por el cuarto, porque el piso estaba en-cerado. Un día oímos unos golpes en su recámara. Al querer abrir la puerta no pudimos, porque estaba atrancada con la cama-cuna. Entre todos tuvimos que empujar duro para poder entrar. Cuando la vimos, estaba atacada de risa, tenía mucho sentido del humor, siempre fue muy graciosa.

A consecuencia de aquel accidente automovilístico que tuvimos varios años atrás, se me formó una calcificación en la cadera izquier-

da, por lo que el médico me recetó cortisona y un mes en cama para no apoyar la pierna. Una mañana le pedí a Mayito que cuidara un momento a la niña que ya estaba empezando a caminar (tenía como diez meses), mientras Concha preparaba el desayuno. Mi pobre chiquita se tropezó, se golpeó con el borde de la andadera metálica y se abrió el labio del lado izquierdo. Mi esposo de inmediato la llevó al hospital para que la curaran. Yo estaba desesperada porque no me podía parar, pero después de un rato regresó con la niña. Tuvieron que darle varias puntadas porque era bastante grande la herida; en cinco días más le quitarían los puntos. ¡Cuál no sería mi sorpresa al verla esa misma tarde sin na-da, ya que ella estuvo jalándose los puntos con los dientitos! Por fortuna casi no le quedó cicatriz; eso sí, después no quería caminar y lo hizo hasta como al año y dos meses.

Mayito se dio a la tarea de enseñar a leer a Gabriela en cuanto empezó a hablar, con un método que nos gustó mucho: Cómo enseñar a leer a su bebé, a base de cartulinas blancas con palabras escritas en color rojo o negro. Llegó a leer gran cantidad de ellas, le encantaba jugar con su papá, pues a veces le escondía alguna y ella tenía que decir cuál faltaba. Invariablemente acertaba, pues nuestra hija es muy inteligente.

Me entendía perfectamente todo lo que le hablaba en inglés. Cuando tuvo como cuatro años, un buen día me dijo: “Oye, mamá, si me vuelves a hablar checho (expresión muy tabasqueña que significa “como niña chiquita”, también se aplica para indicar consentimiento), ya no te voy a contestar ni a hacer caso”. Hasta ahí llegué con el inglés, pero afortunadamente ya lo sabía muy bien.

Mi hija fue creciendo de maravilla, sin ningún problema. Aprendió a hablar muy pronto, pronunciaba perfectamente bien, aunque una que otra palabra la decía muy graciosa. Por ejemplo, al teléfono le llamaba foneto; al periódico, picócoro; a las pantuflas, plantusas; a la alfombra, alsombra... Es muy difícil acordarse de tantos y tan bellos detalles. Era muy tranquila, sociable, dormilona y comía de todo.

Un día en que me arreglaba frente al espejo de cuerpo entero,

ella estaba paradita delante de mí viéndome y me preguntó:

—Oye, mami, ¿por qué yo estoy así? —señaló sus ojitos rasgados—. ¿Y tú así? —haciendo círculos alrededor de sus ojos, dándome a entender que yo los tengo redondos.

—¡Ay, mi reina! ¿Ya no te acuerdas que te conté que tú no naciste de mi pancita?

—Ah, sí, se me había olvidado —me contestó tranquilamente.

Lo tomó tal como me había dicho el psiquiatra: de la manera más natural; desde bebita siempre le decía con todo mi amor: “¡Qué feliz me has hecho desde que te fuimos a buscar y llegaste a esta casa!”

Me encantaba abrazarla, besarla, me la acercaba a la cara para sentir su aliento. En las noches me levantaba a verla, y como dormía tan plácidamente, casi no se notaba su respiración y eso me ponía muy nerviosa. Me daba miedo que se me fuera a morir, a veces hasta le acercaba un espejo a su boquita para cerciorarme de que sí respiraba.

NUESTRAS LOCURAS

Un día en las vacaciones escolares del mes de agosto, me dijo mi marido:

—Oye, tengo que ir a Coatzacoalcos a ver lo del proyecto de Pemex, ¿por qué no vamos los tres, me acompañan y comemos allá?

—¡Claro que sí!

Inmediatamente metí en una hielarita una botella con leche para Gabriela, le puse un vestido de tirantitos y sus huaraches. En unos cuantos días cumpliría dos años y ya no usaba pañal. Me arreglé como era la moda en ese tiempo, con una blusa corta de tirantes, pantalones a la cadera y mis sandalias (hacía muchísimo calor).

—¡Estamos listas, vámonos!

Llegamos a Coatza cerca de las doce del día, y yo me quedé en un parque con mi chiquita a esperar a Mayito para irnos a comer. Comimos riquísimo en un restaurante de mariscos frente al mar. De

pronto me dice mi esposo:

—Ya estamos más cerca de México, ¿por qué no vamos?

—Me parece muy bien —le contesté—, pero no traigo efectivo, sólo la chequera y los bancos ya están cerrados. ¿Cómo le hacemos?

Se levantó de la mesa y me dijo:

—Espérame, deja ver qué puedo hacer.

Buscó algún conocido que nos cambiara un cheque y lo encontró. A no sé quién le comentó lo que queríamos hacer y el señor, muy amablemente, nos lo cambió por trescientos pesos. Con eso ya teníamos para llegar a Veracruz, pero yo, muy previsora, le dije a mi esposo que paráramos en Acayucan para comprarle a Gabriela una cobijita, pues llevábamos solamente lo que traíamos puesto. Así lo hicimos y continuamos nuestro viaje a Veracruz. Se había hecho bastante tarde y no quisimos irnos de un tirón a México. Al llegar al puerto nos hospedamos en un hotel frente al malecón, el Ruiz Milán. Yo sabía que el dueño era un amigo de mi papá, así que al registrarnos me identifique con él y le pregunté que si podíamos pagarle con cheque:

—Claro que sí, no hay ningún problema, y mucho menos tratándose de una hija del señor Silva, a quien aprecio mucho; él siempre que viene se hospeda aquí.

Nos quedamos esa noche. Al acostarla pegamos la cama a la pared y lo demás lo rodeamos con sillas, precisamente para que no se fuera a caer. Quedó un pequeño hueco sin protección, y por ahí se fue al suelo; en plena madrugada oímos el golpe e inmediatamente después un gran llanto. Prendimos la luz y tenía un chichón en su cabecita. La tranquilizamos y la pasamos a dormir con nosotros.

A la mañana siguiente desayunamos en La Parroquia y continuamos el viaje. En ese entonces no había autopista, así que hacíamos mucho más tiempo del que se hace ahora. Llegamos casi al anochecer, directo a casa de mis papás. Salió a abrir mi papá, y al vernos se sorprendió muchísimo:

—¿Por qué no avisaron que vendrían?

—Es que quisimos darles la sorpresa.

—A ver, Mayito, les ayudo a bajar las cosas, abre la cajuela.

Mi esposo así lo hace y mi papá ve que estaba vacía y nos dice:

—De veras que están locos al venir así, sin nada para la niña, y mira tú, hija, con esa ropa. ¡Qué barbaridad, qué irresponsables!

Nos quedamos diez días. A Gabriela le compramos algo de ropita y zapatos cerrados; a mí, Ana me prestó su ropa (éramos exactamente de la misma talla) y Nicho mi cuñado le prestó ropa a mi esposo. Fueron unas vacaciones fabulosas inesperadas y la gozamos en grande.

UN GRAN SUFRIMIENTO INESPERADO

El mediodía del 21 de diciembre de 1972 recibí una llamada, no sé de quién, para decirme que no me alarmara, pero que a mi esposo se lo habían llevado detenido. Me quedé petrificada. De momento no supe qué hacer y lo primero fue hablarle a Paco y a Quiti para decirles lo que estaba pasando. Me contestó Quiti: “¡Ay, pues a ver cómo le haces!, nosotros vamos para México, y ya estamos por salir rumbo a Veracruz, al fin que ustedes tienen muchas amistades, allá nos vemos”.

Cuando colgué, no podía creer lo que había escuchado. Mi propia hermana me dejaba sola en un trance tan difícil, sin siquiera averiguar lo que pasaba. Entonces reaccioné y le hablé a Carlos Arturo (padrino de Gabriela). Me dijo que no saliera, que él averiguaría qué había pasado y que Soco (su esposa) iba a mi casa para que no estuviera sola. Cuando ella llegó junto con Vitola, esposa de Santos, otro amigo nuestro, me encontraron hecha un mar de llanto, no podía dejar de llorar, no había nada ni nadie que me consolara. Con mucha ternura y cariño, empezaron a hablarme las dos. Me decían que no me preocupara, que todo saldría bien, que sus maridos estaban ocupándose de todo. Al rato también llegó la Güera, y más tarde vinieron Carlos

y Santos a decirme de qué se trataba.

Me contaron que Olga García (una íntima amiga) lo había demandado penalmente. En esa época Mayito le estaba remodelando su casa y, según ella, mi esposo la había robado. Ellos se movieron muy rápido y consiguieron los papeles necesarios para que demostrara su inocencia; hasta el gobernador, en ese tiempo el licenciado Mario Trujillo, habló a la casa, pues no podía creer que el arquitecto De Lille estuviera detenido y quería saber en qué podía ayudar.

Entre idas y venidas, mi esposo pasó dos noches preso. Yo no podía comprender cómo era posible que Olga, que nos conocía perfectamente y era hermana de Pacho, mi cuñado, estuviera actuando de esta manera. Incluso le hablé para pedirle que retirara la demanda, que recapacitara, pero ella estaba montada en su macho y no escuchaba razones. Afortunadamente se movieron un montón de palancas, y con pruebas en la mano de dónde y en qué se había invertido el dinero, lo dejaron en libertad la noche siguiente. Carlos y Santos lo llevaron a casa, con un oficio donde decía que estaba absuelto de toda culpa y que no quedaba con antecedentes penales. Yo estaba irreconocible, con los ojos hinchadísimos de tanto llorar, no sabía cómo darle las gracias a nuestros amigos por lo bien que se habían portado con nosotros, tanto ellos como ellas, que no me dejaron sola ni un momento.

Fue una experiencia terrible. Me decía Mayito que posiblemente yo la había pasado peor que él. Al día siguiente, 24 de diciembre, salimos muy temprano para pasar Navidad con mis papás y mis hermanas con sus familias. Todavía llegué con la cara hinchada, pero no quisimos decirles nada a mis papás.

No le deseo a nadie que pase por una experiencia como ésta, es horrible, aún ahora no puedo comprender la actitud de Paco y Quiti.

GABRIELA ASISTE AL JARDÍN DE NIÑOS

Gabriela empezó a ir al jardín de niños a los dos años. Hablaba muy bien; se iba conmigo en la mañana, y al medio día la regresaba el transporte escolar. Al llegar a casa, Concha la bañaba, le daba de comer y la metía a su cuna a dormir hasta que yo llegaba. Cuando hacía su reguero de juguetes y la mandaba a que lo recogiera, ella, muy lista, empezaba a gritar: “¡Berthita Morales, ayúdame! Y, por supuesto, Bertha (la hija de Concha) acababa recogiendo todo. Así fue pasando nuestra vida en familia, viendo crecer y gozando todas las gracias de nuestra pequeña.

Me establecí emocionalmente al tener a mi hija, se acabaron las pesadillas, las depresiones, el psicoanálisis, los tratamientos ginecológicos y todo lo negativo. Ahora sí gozaba vivir, me sentía totalmente plena y eso se reflejaba en mi trabajo y en mi relación con mi adorado compañero; ya no tenía nada de qué entristecerme, era sólo gozar la vida, que es muy bella y sólo se vive una vez.

LOS PROGRESOS DEL COLEGIO

Mientras tanto, el colegio seguía adelante, progresando cada día, de manera que me vi en la necesidad de comprar un camión escolar para cuarenta y dos pasajeros que alguna vez tuve que manejar, pues en una ocasión faltó el chofer y yo me encargué de recoger a los alumnos. En eso andaba, cuando me paró un motociclista de tránsito. “Miss Chofi, es usted, ¿qué hace manejando el camión?”, me dijo asombrado.

Me conocía, y le expliqué lo que pasaba, así que muy amablemente me escoltó hasta la escuela para que no me pasara nada, según dijo.

Ya contábamos con una camioneta, un microbús y el nuevo vehículo. Afortunadamente, nuestra situación económica era mucho más desahogada y podíamos seguir invirtiendo para dar mejor

servicio a los alumnos.

Como ya habían pasado más de los tres años que el abogado se comprometió a defendernos para que no nos sacaran, estábamos amenazados de que en cualquier momento esto pudiera suceder, así que mi esposo se puso a buscar un terreno propicio y a nuestro alcance para construir nuestro propio local.

LA COMPRA DE UN TERRENO PARA EL COLEGIO

Un día del mes de mayo de 1975, llegó Mayito feliz porque había ido a ver un terreno y me dijo muy emocionado: “¡Encontré justo lo que necesitamos! Vamos para que lo veas”.

Me llevó a verlo y me encantó. Además tenía línea telefónica. Estaba en Tierra Colorada (en aquel tiempo fuera de la ciudad), por la carretera rumbo a Nacajuca (uno de los diecisiete municipios del estado). El terreno era muy grande, de veinte mil metros cuadrados en forma de ele; la entrada era una calle angosta para un solo carro, recubierta con un poco de grava, como de ciento ochenta metros de largo, y al terminar se cerraba con un portón de lámina. Pasando éste, sobre el lado derecho había una construcción con techo de guano largo (palma de corozo, coco de aceite), como de unos ciento veinte metros cuadrados y casi diez de alto; para remarcar la entrada principal tenía una bugambilia hermosísima en forma de arco. Las paredes eran de celosía unas, y otras de tela ciclón, o de tabique, en fin, parecía un gran salón de fiestas, pero de mala muerte. Enfrente, a unos ochenta metros de distancia, se localizaban tres cuartitos, con un corredor techado y barandal. Cada cuarto era como de tres por tres y tenía un baño pequeño; también había dos galerones de techo de lámina de zinc, que según nos dijeron fueron utilizados como porquerizas. Más atrás había una bodega muy grande de concreto, con una gran puerta corrediza de lámina y, detrás de ésta, dos caballerizas, un gallinero

y un cuartito más, como de tres por tres. En la parte donde se ensanchaba el terreno, daba a la laguna.

Había gran cantidad de árboles frutales: mandarinas, naranjos, mameyes, chicozapotes, aguacates, chinines (un tipo de aguacate), tamarindos, ciruelos, plátanos, toronjos, guanábanos, limoneros, caimitos, nances, guayas, guayabos, naranjos agrios, mangos de diferentes clases, capulines, palmas de coco, bueno, hasta plantas de café, así como de pimienta negra, cedro, ceibas, laureles, macuilises, guayacanes, framboyanes, tulipanes de la India, almendros, hules, en fin, no terminaría de describir la gran cantidad de flora.

Por supuesto, el terreno estaba sin urbanizar, se utilizaba fosa séptica para captar el drenaje, el agua se sacaba con bomba de un pozo, la energía eléctrica llegaba desde la carretera (a más de ciento ochenta metros) con un solo cable, que era totalmente insuficiente para una distancia tan larga. Eso sí, tenía una vista hermosísima. Nos llamó la atención que hubiera unos cimientos bastante grandes, y nos dijo el velador que el dueño había pensado construir su casa a la orilla de la laguna. Por supuesto, como dijo mi esposo, éstos se podían aprovechar. Sólo había un pequeño detalle: no teníamos con qué comprarlo. Su costo era de un millón de pesos (de los de antes).

Empezamos a ver cómo comprar el terreno, sobre todo ahora que ya contábamos con algo, pues teníamos nuestra propia casa. Si la vendíamos, el importe de la venta serviría para pagar la tercera parte del terreno.

Mi esposo fue a platicar con el doctor José Compañ (pediatra de nuestra hija y amigo) y le dijo:

—Oye, Pepe, vengo a proponerte algo. Mi mujer y yo vimos un terreno muy grande que queremos comprar, está muy bien para construir el colegio y el resto para fraccionarlo. Se puede hacer un buen negocio, nada más que hay que invertirlo, porque está sin

urbanizar. Tú aportas la cantidad que creas conveniente, de manera que, según lo aportado, será el número de metros cuadrados que le correspondan a cada quien. Yo me encargo del proyecto y la dirección de la urbanización; el costo de ésta se haría por partes iguales. Cuando esté totalmente terminado, fraccionamos en lotes de buen tamaño para lanzarlos a la venta y, con eso, recuperamos la inversión. De entrada, nosotros ponemos el importe de la venta de nuestra casa, que es poco menos de la tercera parte del costo del terreno, así como también el importe del proyecto y la dirección de la urbanización. Si te interesa, vamos a verlo.

Así lo hicieron, le gustó mucho el lugar y, como hombre de negocios, le vio muchas posibilidades de ganar buen dinero. Después de pensarlo y analizarlo, le dijo a mi esposo:

—El terreno está muy bonito y el negocio suena bien, me gusta la idea. Cuenta con cien mil pesos.

Estábamos felices de que Pepe participara en la compra del terreno, pues poco a poco íbamos viendo que sí era posible hacernos de un lugar para construir.

Otro día, estando en casa de Héctor, llegó Alberto (otro médico), con quien también teníamos amistad, y nos reclamó que no lo hubiéramos invitado a participar en el negocio que estábamos tramando con Pepe. Mi esposo le dijo:

—Si quieres, éntrale, todavía nos hace falta dinero, así que tú dirás.

Mayito le explicó con detalle en que consistía el negocio y fueron a ver el terreno. Estuvo de acuerdo:

—Yo también apporto lo mismo que Pepe, cuenten con cien mil pesos.

De inmediato pusimos a la venta nuestra casa. A mí me daba lástima deshacerme de ella, pues había sido nuestra primera casa propia. En verdad era una casita muy bonita, bien decorada, acogedora y muy cómoda, pero ni modo, no podíamos perder la oportunidad que se nos presentaba.

Se vendió la casa muy rápido, en trescientos cincuenta mil pe-

sos. Así que con la venta y las participaciones de Pepe y Alberto, ya contábamos con la mitad del importe total, ya que nosotros no podíamos dar todo lo de la venta, porque teníamos que acondicionar el lugar para vivir.

Con quinientos mil pesos mi esposo fue a ver al dueño del terreno, el licenciado Rubén Darío Vidal Ramos. Se portó de maravilla con nosotros. Él esperaba que se le liquidara todo, pero nos tuvo mucha paciencia, pues no faltó quien le ofreciera una cantidad mayor, y decía: "Soy hombre de palabra y ya se la di al arquitecto De Lille y a su esposa, van a construir su colegio".

Mi esposo le explicó que le estaba yendo muy bien, que tenía mucho trabajo y le pidió que nos diera la oportunidad de firmarle dos pagarés de doscientos cincuenta mil pesos cada uno, el primero para pagarlo a tres meses y el otro a seis. El licenciado aceptó, nos tuvo confianza y le pagamos puntualmente. Así fue como nos hicimos de una buena propiedad, un terrenote en breña y un caballo (ya estaba aquí), pero eso sí, sin casa.

NUESTRA MINICASA

El dinero que nos reservamos fue para acondicionar dónde vivir. Como les dije, a ochenta metros de la palapa de la entrada había una casita con corredor y barandal y tres cuartitos de tres por tres metros cuadrados cada uno, con techo de lámina de zinc; afortunadamente tenían un plafón de fibracel, lo que hacía que no fueran tan calurosos. Uno se acondicionó como recámara para Gabriela y, ahí mismo, para Concha y Bertha. Solamente cabían las camas y mi máquina de coser, que servía como buró; en otro cuarto pusimos la recámara de mi esposo y mía, únicamente cupieron nuestras camas y el trinchador del comedor, el cual utilizamos para guardar la ropa de los tres. Para que éste entrara y se pudiera cerrar la puerta, se tuvo que ahuecar la pared como cinco centímetros, pero cupo. ¡Por

algo mi esposo es arquitecto!

A manera de clóset se colocó un tubo de pared a pared y confeccioné una cortina para que no se viera la ropa colgada. El cuarto restante lo convertimos en comedor; utilizamos como desayunador la mesa plegable que teníamos, cuatro sillas y el tocadiscos, que no podía faltar. El baño estaba muy feo, lo arreglamos y le pusimos una regadera eléctrica para tener agua caliente; por fuera, en la parte trasera de esta pequeña construcción, había un caidizo con lámina de zinc, como de dos por tres metros cuadrados, al descubierto, al que se le levantaron paredes y se tuvo que agrandar un poco, porque así, como estaba, entraba Concha o el refrigerador. Ésa fue la cocina, con varias repisas para colocar lo más indispensable para estos menesteres, y otras a manera de alacena. También se hizo un bañito para Concha y Bertha.

Estábamos muy reducidos, pero por lo menos teníamos lo indispensable para vivir lo más cómodamente posible. Coloqué lámparas, cuadros, adornos y cortinas; en fin, traté de que quedara agradable, pues no sabíamos cuánto tiempo viviríamos ahí. También construimos en el jardín, bajando varios escalones, un asador de carnes con vista a la laguna.

El resto del mobiliario y enseres de la casa se empacaron y se embodegaron, por suerte teníamos una bodega muy grande para esto. La verdad, nuestra casita (de cuando éramos pobres, como decía Gabriela) quedó muy acogedora y siguió siendo el centro de reunión de familiares y amigos.

Teníamos línea telefónica (pensando a futuro en el colegio), así como energía eléctrica. Colocamos ventiladores, pero era insuficiente para poner dos aires acondicionados, así que nada más se colocó uno, que frecuentemente se apagaba, porque el voltaje era muy bajo. El problema del agua lo resolvimos haciendo una cisterna que llenaban los bomberos con una pipa de agua cada cinco o seis días y ésta se bombeaba hacia la casa, pues el pozo que había estaba seco; con el drenaje no hubo problema, pues ya existía una fosa séptica.

La casa quedó lista y nos cambiamos el 15 de agosto de ese mismo año. Tuve que contratar un intendente (don Simón), para que nos ayudara, pues la casa era una miniatura, pero el terreno era muy grande. Se tenía que estar desmontando con mucha frecuencia, para no correr peligro de que se metiera algún animal: me daba miedo, porque mi hija se pasaba la mayor parte del tiempo jugando afuera. El mes en que nos cambiamos, Gabriela cumplió cinco años, y su papá le regaló un perro pastor alemán blanco que mandó traer de México; tenía dos meses y fue su guardián por años. Yo sabía dónde andaba mi hija con sólo ver al perro, pues la seguía a todos lados, dormía debajo del balcón de su recámara; a la hora de las clases, se echaba afuera de su salón, y en el recreo estaba siempre junto a ella. Así fue, hasta que un día murió de hepatitis.

LA URBANIZACIÓN DEL TERRENO

Tan pronto como liquidamos el costo del terreno, en enero de 1976, empezó la urbanización. Se comenzó por la calle. Con maquinaria pesada se hicieron grandes movimientos de tierra, así que cada día era más difícil entrar a la casa. Para colmo de males, fue un año de muchísima lluvia. Había veces en que le hablaba a don Simón para que nos fuera a esperar con Kalimán (el caballo heredado) a la salida, en la carretera, y nos llevara las botas de hule, pues era imposible pasar con el coche. En varias ocasiones, mientras se construía la calle, nos fuimos a quedar al hotel cuando se hacía tarde y ya no estaba don Simón, y no había quién nos llevara el caballo; imposible que el coche pasara. Cuando esto sucedía, Gabriela se ponía feliz, le encantaba quedarse en el hotel.

Para mí fue una temporada muy dura, pues independientemente de mi trabajo en el colegio, tenía miles de cosas de las cuales debía estar pendiente en la casa. Por ejemplo, el agua. Como los bomberos la traían, debía hablarles antes de que se acabara, pues no

siempre venían de inmediato. Llamaba por teléfono a don Hiparco Cámara (jefe de bomberos), de quien ya me había hecho muy amiga y me atendía muy amablemente.

En esa época acababa de leer Cien años de soledad y le comentaba a mi esposo: “¿Sabes qué, Mayito?, que García Márquez no nos presuma de su Macondo, pues aquí se queda chiquito. Mira nada más cómo estamos nosotros con tanta lluvia de día y de noche”.

En verdad no paraba de llover, y las máquinas removían esa tierra roja que se hacía como chicle y se pegaba en todos lados. Una tarde que llovía a cántaros y ya se había terminado el agua, llamé a los bomberos para que mandaran una pipa. Después de muchos ruegos a don Hiparco, la mandaron. Llegó patinándose en-tre el lodo, y en una de tantas patinadas chocó con el poste que sostenía los cables de luz y del teléfono. Lo tiró, y la pipa quedó atascada y atravesada en mitad de la calle; ni para atrás ni para adelante. En un abrir y cerrar de ojos nos quedamos sin agua, sin luz y sin teléfono. No aguanté más, sentí una gran impotencia y me quedé bajo un mango frente a la palapa, contemplando el ne-gro panorama y llorando a mares. Afortunadamente, en eso lle-gó Mayito y alcanzó a ver al tractorista que todavía no se iba. Lo llamó, y con el tractor sacaron la pipa del atascadero y pudieron lle-nar la cisterna; también enderezó el poste para restablecer la luz y el teléfono. Fue la única vez que me sentí desesperada y totalmente desvalida. Así, entre tantos tropiezos y dificultades, se llevó a cabo la urbanización.

NUESTRA NUEVA CASA

Mientras tanto, nosotros estábamos construyendo nuestra casa, precisamente en la gran palapa, pues mi esposo, desde que vino por primera vez al terreno, quedó fascinado con el techo, y me comentó que le gustaba para construir nuestra casa. Es más, ya tenía la idea del proyecto. A mí me pareció estupendo tener una casa tan original,

totalmente diferente a las demás y, por supuesto, mucho más fresca, con un techo de nueve metros de altura que permitía circular el aire.

Estoy segura de que es la primera construcción que se proyecta de arriba para abajo. Se respetó el techo tal y como estaba, no se tocó ni cambió ninguna sola viga; solamente se eliminó una que estaba exactamente en el centro y le quitaba amplitud, se reforzó para dejar el claro mucho más grande. Allí quedó la sala-comedor.

Para hacer los cimientos y levantar las paredes, se fue apuntalando metro por metro, para que la estructura del techo no se moviera ni un solo centímetro. Se levantaron paredes, se hicieron las divisiones de las recámaras, baños y cocina. Como la altura era tan grande, se aprovechó para hacer un mezzanine, que se utilizaba como sala (ahora es un pequeño gimnasio), y un baño completo, al que se sube por una escalera de caracol prefabricada.

Un día, cuando se estaba construyendo la casa —que por cierto fue muy lentamente, tanto por la dificultad que implicaba, como por no tener los recursos suficientes para meter más trabajadores—, Gabriela le preguntó a su papá muy preocupada:

—Oye, papi, ¿cuándo nos vamos a cambiar a la casa nueva? Ya quiero tener una recámara para mí sola.

—Ve con don Ponciano (el maestro albañil) y pregúntale en qué lo puedes ayudar, estoy seguro de que así terminará más pronto.

Cuál no sería mi sorpresa cuando, al día siguiente, al llegar del colegio me encontré a mi hija vestida con una camisetita, shorts y huarachitos (así se vestía el albañil), llena de polvo y muy sudada. Me dio una gran ternura verla con un bote en la mano recoge y recoge clavos del suelo; don Ponciano le dijo que eso sería una buena ayuda y así terminarían más rápido.

La casa quedó lista en septiembre de 1976 y nos cambiamos en los días de las fiestas patrias. Quedó muy original, agradable, acogedora y, más que nada, muy amplia, sobre todo después de haber vivido un año tan reducidos; nos sentimos increíblemente bien. Don Simón (el conserje) y yo habíamos trabajado exhaustivamente, durante dos días. Tenía que aprovechar que no había clases;

estábamos muertos de cansancio, y después de colgar lámparas, cuadros, cortinas, en fin, de dar los últimos toques, llega mi lindo marido, me encuentra toda sucia, sudada a más no poder, entra a nuestra recámara, se recuesta en su cama y me dice: “¡Qué bien te quedó todo, mi reina! Sólo que ese cuadro está un poquito chueco”.

En ese instante sentí cómo se me subió la sangre a la cabeza, me puse furiosa y me dieron ganas de matarlo, pues no había ayudado absolutamente en nada. “No te enojas. Ni modo, unos nacen para trabajar y otros nacemos para dirigir, que también es trabajo, ¿no crees?”, me dijo muy tranquilo. No me lo hubiera dicho, me puse peor. Hasta las lágrimas se me salieron del coraje que tenía. Ni hablar, como dice el dicho: “Genio y figura hasta la sepultura”.

MI SUPERACIÓN PROFESIONAL

Ese año Paco empezó a aplicar una nueva técnica para la psicoterapia con base en el análisis transaccional. A mí me llamó mucho la atención, ya que tuve con él varias sesiones y me di cuenta de que era mucho más rápido y sencillo que el psicoanálisis. Y como ya había estado varios años en terapia con un psiquiatra, pude comparar las dos técnicas. Fue tanto mi entusiasmo, que en agosto de 1976 me inscribí en un curso en la ciudad de México, impartido por el doctor Cecilio Kerman (médico argentino cofundador de la nueva técnica). Asistí a los tres grados del curso, de ocho horas cada uno, durante tres días seguidos. Acabé agotada, pues fue un bombardeo de conocimientos y prácticas exhaustivas en muy corto tiempo.

Después me sirvió muchísimo lo aprendido, no sólo para mí en lo personal, sino también para aplicarlo en el colegio con los alumnos, el personal docente y los padres de familia; es más, implanté una clase de relaciones humanas. También estuve organizando grupos de señoras que recurrían a mí para que les ayudara. Impartí un curso rápido de relaciones humanas para los empleados de Banca Confía

y otro para los rotarios. Así fue como, poco a poco, me convertí en analista transaccional. Cuando se me presentaba algún caso difícil, de inmediato le pedía asesoría a mi cuñado. Impartir estos cursos me llenaba de satisfacción al poder ayudar; me sentía un ser útil para la sociedad.

LA CONSTRUCCIÓN DEL JARDÍN DE NIÑOS

Al desocupar el lugar donde estuvimos viviendo, de inmediato se puso en marcha el acondicionamiento de los espacios para el jardín de niños. Urgía, aunque quedáramos separados, que se viniera para acá, pues ya no cabíamos en el edificio donde estábamos.

Así, los tres cuartos de la casita se dividieron para adaptar dos aulas: una para Sección Maternal y la otra para primero de jardín; al caidizo que había servido como porqueriza, se le cambió el te-cho, el piso, se levantaron paredes, se colocaron puertas, ventanas y quedaron dos aulas bastante grandes donde se ubicaron a los dos grupos de segundo, y en lo que era la bodega se hizo lo mismo: se dividió y se adaptaron dos salones grandes para los dos grupos de tercero. Se edificaron tres baños para niños y tres para niñas y uno para el personal. También se construyó un patio cívico bajo un marañón grandísimo que daba mucha sombra. En el jardín se colocaron los juegos infantiles debajo de los árboles, así como los areneros; ahora sí contábamos con un área muy grande, de manera que los niños tenían dónde jugar y correr a su antojo.

EL CAMBIO DEL JARDÍN AL NUEVO LOCAL

Se cambió el jardín a mitad del ciclo escolar 76-77. Pude hacerlo porque contaba con una ayuda grandísima y muy valiosa: Clarita, quien en ese entonces era la directora del jardín; una persona muy responsable y de toda mi confianza. Ella se quedó a cargo de cien-

to setenta alumnos, seis educadoras, cuatro niñeras, la maestra de piano y un conserje.

Nos organizamos bastante bien, pues como las clases en el jardín empiezan más tarde y terminan más temprano que en la primaria, a los transportes les daba tiempo para recoger y entregar a los niños, aun estando en diferentes locales.

¡Claro!, para mí fue mucho más trabajo, pues aunque sabía que todo funcionaba bien en manos de Clarita, me daba mis escapadas para supervisar a las educadoras, darle a los niños sus clases de inglés y ayudar a la maestra de piano con las canciones; lo fui terciando, unas veces cantábamos (en inglés, por supuesto) y otras les daba la clase. Así estuvimos separados durante año y medio.

PLANES DE FINANCIAMIENTO PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL COLEGIO

Era el cuento de nunca acabar con tanta inversión, pero afortunadamente en el colegio seguía aumentando la matrícula de inscripción; sin embargo, no había dinero que alcanzara, y menos aún cuando recientemente habíamos comprado el terreno, lo urbanizamos, construimos la casa y el jardín de niños. Estábamos totalmente descapitalizados, así que teníamos que ver la manera de conseguir financiamiento; era indispensable tener nuestro propio local lo más pronto posible.

En esa época estuvo viviendo en casa de mi hermana Quiti un argentino amigo suyo, Carlos García, contador, y le ofrecí empleo. Nos dio una muy buena idea para hacernos de fondos y llevar a cabo la construcción. Nos redactó un contrato de mutuo para que de esta manera los padres de familia se involucraran en el proyecto. Ni tarda ni perezosa convoqué a junta; asistieron entre setenta y cinco y ochenta por ciento de los padres y les dije:

—Señores padres de familia, me da mucho gusto ver a la mayoría

de ustedes, y sobre todo que hayan acudido a mi llamado. En primer lugar, agradezco su comprensión al aceptar que el jardín de niños ya no labore en este local, pues ahora los niños están mucho más cómodos y, como muchos saben, ya contamos con un terreno muy grande para construir nuestro colegio. Me imagino que ustedes, al igual que yo, queremos un local apropiado, con instalaciones adecuadas, aulas grandes y ventiladas, una biblioteca, campos deportivos, áreas de juego, en fin, todo lo que sus hijos merecen para su mejor desarrollo dentro de nuestro colegio, así que les daré a conocer un plan para que, con su ayuda, esto pueda ser posible.

El contador del colegio redactó el contrato de mutuo que yo expliqué a mi manera: aquellos padres que puedan aportar, ya sea en especie o cualquier cantidad de dinero que deseen, firmaremos dicho contrato, y el colegio se compromete a retribuir su aportación antes de cinco años. Me contestaron:

—Nos parece muy bien su propuesta y casi todos estamos dispuestos a colaborar, pero ahora nosotros le pediremos algo. Queremos que abra también la secundaria. Nosotros estamos muy contentos con el colegio, no nos gusta la idea de tener que cambiarlos de escuela al terminar primaria, y si ya va a haber un local apropiado y amplio, creemos que será más fácil obtener la incorporación.

Me asombré de su petición, pero de inmediato contesté:

—De acuerdo, haré los trámites lo más pronto posible para ver si el año entrante contamos también con secundaria. Agradezco la gran confianza que han depositado en mí. No les voy a fallar, eso se los garantizo.

No lo pensaron mucho y de inmediato empezaron a llover las aportaciones. El colegio les extendía un recibo por la cantidad aportada y se firmaba el contrato por ambas partes. Verdaderamente me quedé asombrada de la respuesta de los padres de familia, confiaban mucho en mí y sabían que no los defraudaría. Hubo aportaciones de todo tipo, desde tabiques, arena, grava, cemento, herrería, vidrios, mosaicos, en fin, todo lo relacionado con la construcción y, por supuesto, no faltaron las aportaciones de dinero en

efectivo. Varios padres fueron muy espléndidos, otros no tanto; sin embargo, la mayoría contribuyó con algo, desde quinientos pesos hasta cincuenta mil. Hubo contribuciones económicas de gente de escasos recursos que lo entregaban con verdadero gusto y eso me conmovía mucho y me obligaba a poner todo mi empeño: tenía que cumplirles a como diera lugar.

Se reunió una buena cantidad, pero no era suficiente para construir el edificio en su totalidad. Con esa suma pudimos empezar la construcción y nos vimos en la necesidad de recurrir al banco para pedir un crédito hipotecario. Hicimos el papeleo y nos contestaron que todo estaba bien, sólo que el banco no prestaba para construcciones especializadas. Entonces recurrimos a las amistades, como dice el dicho: "Valen más las buenas relaciones, que el dinero en la bolsa". Fuimos a ver a Santos Cruces y a don Tito Manzur, ambos accionistas y consejeros de Bancomer; y les pedimos que nos echaran la mano con su recomendación en la reunión de consejo del banco. Abogaron por nosotros y, efectivamente, nos dieron un préstamo por un millón setecientos sesenta mil pesos; con esa cantidad terminamos el edificio.

En la planta baja se ubicaba la dirección, la subdirección, una bodega, baño para maestros y seis aulas muy amplias con capacidad hasta para cuarenta alumnos; el colegio tenía por norma no tener más de treinta por grupo, con baños para niños y otros para niñas. En la primera planta había siete aulas del mismo tamaño que los de la planta baja, con sus baños correspondientes; asimismo, el segundo piso era exactamente igual al anterior, sólo que en lugar de aulas, se montó el laboratorio de física y química y la biblioteca, parte de la normatividad de la secundaria. En el tercer piso mi esposo construyó su despacho.

EL INICIO DE LA SECUNDARIA

Mientras se construía el colegio, hice los trámites para abrir la secundaria. No tuve ningún problema, todo fue bastante rápido y nos otorgaron la incorporación al inicio del ciclo escolar 78-79, con el mismo nombre de la primaria: Colegio maestro Pedro de Lille Borja, pero el nombre de Golondrinas, seguía siendo para todo el colegio.

En 1977 ya no pudimos seguir en el local donde estábamos. Habíamos perdido el pleito con el dueño, después de siete años, y nos obligaron a salir, así que nos mudamos al nuevo local. El edificio no estaba terminado todavía, le faltaban varios detalles y el año escolar empezaba el 2 de septiembre. Como aún no se podían ocupar las aulas, les pedí a los profesores que escogieran su árbol, colgaran su pizarrón y arreglaran los mesabancos como si fueran sus salones de clases; árboles sobran, así que no hubo problema y se comenzó a trabajar con dos grupos por grado en la primaria y un grupo de primero de secundaria. Fue la época en que la nombré "nuestra escuela rural". Se veían de lo más simpáticos los maestros debajo de su árbol dando clase, un poco incómodos, pero todos colaborando; no hubo ninguna queja de su parte, ni de los padres de familia. ¡Siempre fueron muy comprensivos! Sabían que era un periodo transitorio y que pronto estaríamos en mejores condiciones laborales.

Yo estaba todos los días con la preocupación de que no fuera a llover, pues faltaba muy poco para poder hacer uso del edificio. Afortunadamente no llovió, y el 3 de octubre nos cambiamos, ahora sí, cada quien a su salón.

Nuestra sorpresa fue enorme al ver que al día siguiente de estar a cubierto, llovió torrencialmente (el famoso cordonazo de san Francisco). ¡Increíble la suerte con la que corrimos!

Los padres de familia estaban muy contentos y satisfechos, pues les había cumplido: tener un local apropiado y haber fundado la secundaria. La población escolar se incrementó, teníamos una matrícula de cuatrocientos cuarenta y cinco alumnos y me vi en la necesidad de comprar otro camión grande para el transporte

escolar. Vendí la camioneta, que estaba en muy malas condiciones, pues ya no me hacía falta; con el microbús y los dos camiones grandes re-solví el problema.

Económicamente el colegio iba muy bien, al grado de que la deuda que había contraído con los padres de familia mediante el contrato de mutuo, en vez de pagarla a cinco años, como era el con-venio, la pagué aproximadamente en año y medio. Solamente quedaba por pagar la hipoteca, pero ésa era a varios años. Por su-puesto, la inversión no paraba, porque se terminó el edificio, pero faltaba el exterior. Se hizo un patio cívico, una cancha múltiple, un campo de fútbol, una tienda para la cooperativa y, más adelante, una cafetería; se colgaron llantas de los árboles a manera de columpios, con cuerdas o lías gruesas de plástico (sin cadenas).

La Dirección quedó fabulosa, pues tenía toda la vista a la laguna y me servía de descanso ver ese paisaje tan bello todos los días.

SER DIRECTORA

No es fácil darse cuenta, hasta que lo vives, de la importancia que tiene ser la directora, no por la jerarquía dentro del colegio, sino porque los padres, además de confiarte a sus hijos, te vuelven su paño de lágrimas, tanto hombres como mujeres. Es lógico, porque la escuela es la prolongación del hogar, y para saber manejar a los niños debemos conocer su problemática personal, su comportamiento en casa, así como la relación con las personas dentro de ella.

Había gran cantidad de alumnos de padres divorciados; otros, hijos de madres solteras, niños que vivían con los abuelos o con alguna tía, o bien hijos fuera del matrimonio; así que no había día en que alguna mamá no viniera a quejarse del marido, de cómo

la trataba a ella y a sus hijos, que era muy mujeriego y que hasta tenía su casa chica y con hijos, que no le daba lo suficiente para el gasto de la casa porque era muy codo, o muy parrandero, o tomatrigo, y que por eso no pagaba la colegiatura a tiempo.

Por otro lado, no faltaba algún padre que lo mismo se quejaba de su esposa: que era una fodonga, que se la vivía en la calle con las amigas o que trabajaba fuera de casa y, por consiguiente, no tenía tiempo para los hijos, así que no estaban bien atendidos, e incluso no había quien les viera sus tareas, pues casi siempre estaban en manos de una sirvienta.

Cuando mandaba llamar a los padres de familia para decirles que sus hijos tenían mala conducta o que iban mal en sus estudios, invariablemente me daban una cantidad grandísima de excusas: que no tenían tiempo de ocuparse de los niños porque trabajaban, o que no les tenían paciencia porque los niños no les hacían caso; por último, me decían que no sabían lo que se les enseñaba a sus hijos, o que ya no se acordaban de tal o cual materia. En una ocasión no faltó algún padre que me dijo:

—¡Para eso le estoy pagando, maestra, para que me lo eduquen!

Y yo, bastante molesta le contesté:

—Discúlpeme, señor, pero está usted muy equivocado, pues no hay dinero con que pueda comprar educación. A la escuela vienen los alumnos a instruirse, no a educarse; la educación se inicia desde la cuna, se trae del hogar, no se adquiere en ningún otro lado ni a ningún precio. Es un concepto equivocado el que usted tiene de la escuela, y si su hijo escucha que con dinero se resuelve todo, ¿cómo va a tener respeto por los demás? Por eso no estoy de acuerdo en que a la Secretaría de Educación la llamen así. Debería de ser la Secretaría del Aprendizaje o de Instrucción.

En fin, así era todos los días.

Cierta vez mandé llamar a los padres de un alumno de secundaria, porque le había hecho pedazos la máquina de escribir a un compañero. Cuando llegó la mamá, le comenté lo sucedido, y bastante altanera me dijo:

—Mi hijo no lo hizo, porque él es incapaz de algo así.

Al oír esto, le hablé a mi secretaria para que me trajera los papeles del alumno. Cuando me los trajo, se los entregué a la señora.

—¿Qué es esto, maestra? —me dijo muy desconcertada y en un tono muy amable.

—¿Sabe qué? —le contesté tranquilamente—, si su hijo es incapaz, mejor cámbielo de escuela, porque ésta es para niños normales y solamente los niños anormales son incapaces. Hay que esperar cualquier cosa de un niño normal, pues cuando están juntos, lo que no se le ocurre a uno, se le ocurre a otro.

—Maestra, discúlpeme por favor. Tiene usted razón, me llevaré la máquina para repararla, y le aseguro que esto no volverá a suceder, pero no saque a mi hijo. Estoy muy contenta con el colegio, veo que se ocupan de que nuestros hijos sean mejores; de nuevo le ofrezco mil disculpas.

Creo que debí haber abierto un cubículo especial para atención, quejas y ayuda a los padres de familia y personal docente. Me enteraba casi siempre de la vida y milagros de todos, no necesitaba preguntar nada, ellos venían a contármelo.

En una fiesta del Día de las Madres se armó un zipizape tremendo entre dos señoras. Se me juntaron la señora y la amante y, por supuesto, yo no sabía quién era quién. El hombre tuvo el descaro de inscribir a los dos hijos aquí; ni el personal ni yo teníamos la menor idea de esta situación. En el momento nadie sabía qué hacer y opté por hablarle al señor para que viniera a poner orden entre sus mujeres. De ese tamaño eran los problemas y había que sortearlos, no quedaba otra; los pobres alumnos no tenían la culpa de nada y llevaban la peor parte. A mí me daba pena ajena que esto sucediera en el colegio, ¿pero qué hacer? Nada, como dice el dicho: "A diario se aprende algo nuevo".

Lo mismo me pasaba con el personal, siempre me contaban sus problemas y muchas veces me cansaba oír tanta cosa, porque yo también tenía los míos que atender y resolver, pero debía tener mucha paciencia para no herir susceptibilidades.

MI VIDA FAMILIAR

Personalmente me sentía muy bien, con muchas ganas de seguir trabajando, superándome, dándole toda mi atención a mi adorada hija y a mi esposo. En las tardes era cuando verdaderamente me ocupaba de ella; cosiéndole alguna ropa que quisiera o llevándola con sus amigas (tenía muchas) o a que tomara alguna clase, ya fuera de pintura, de baile, de piano, aun cuando llevarla a las clases resultara pesado para mí, pues la mayoría de las veces llegaba a comer bastante tarde, cansada y muerta de calor, pues tenía que ver que se fueran todos los alumnos, hacer corte de caja y varios detalles antes de irme a casa. Yo me sobreponía y con gusto la llevaba; eso sí, cuándo me decía que ya no seguiría con tal o cual clase, era la primera que estaba de acuerdo, pues para mí significaba un gran descanso.

Más o menos por esas fechas realizó su primer viaje al extranjero, pues unos amigos que tenían a sus hijos en el colegio la invitaron para que se fuera con ellos a Disney World. Ella tenía muchas ganas de ir y, por supuesto, le dimos permiso. Se fue encantada y disfrutó mucho. Desde entonces supimos que le encantaba viajar.

No era temerosa, más bien le gustaba la aventura. Como aquí todavía no había ortodoncista y ella lo necesitaba, la primera vez la llevé a México, la revisó y empezó su tratamiento. El doctor me dijo que era necesario revisarla por lo menos una vez al mes, y como ni mi esposo ni yo podíamos estar viajando con tanta frecuencia y el tratamiento era bastante caro, simplemente no podríamos con tantos gastos. Optamos por mandarla en avión y mi papá la recibía allá. Nos hacía favor de llevarla al ortodoncista y volvía a ponerla de regreso en el avión; a ella le encantaba viajar sola, se sentía de lo más interesante.

En una ocasión, cuando tenía ocho o nueve años, su papá la llevó a clase de pintura en la Casa de la Cultura de la Universidad Juárez, sobre 27 de Febrero, la dejó y él se siguió a su despacho, que en ese entonces estaba en la calle de Hidalgo. Habíamos quedado en que

yo la recogería. Cuando llegué por ella, no estaba. La busqué en el salón dónde tomaba la clase, y tampoco; luego en el despacho de mi esposo, y nada. Entonces le avisé a él y empezamos a dar vueltas por todos lados, y no aparecía. Ya estaba de-sesperada, cuando mi esposo me dijo:

—Cálmate, la vamos a encontrar. ¿No será que ya está en el despacho?

De inmediato nos fuimos para allá. Efectivamente, nos la encontramos sentada muy tranquila, comiendo una paleta helada y platicando con Chabelita (la secretaria de mi esposo). Nos vio y nos preguntó:

—¿Dónde andaban? Los estoy esperando.

—¿Dónde estabas tú? —le dijo su papá—. Te dejé en clase, tu ma-má fue por ti y no te encontró, por eso salimos a buscarte.

—¡Ah!, es que me cambiaron de maestro y ya no quise entrar a clase, así que mejor me fui a caminar por ahí, a ver aparadores, pero aquí estoy.

Así era y sigue siendo Gabriela, muy autónoma.

En unas vacaciones de verano la mandamos a Canadá por un mes; tendría diez u once años. A su regreso fuimos a esperarla al aeropuerto de la ciudad de México y le compramos un cachorrito cocker spaniel color miel para recibirla. Llegó feliz, al ver a su perrito se puso contentísima y lo llamó Pitufo.

La muy pícara nos contó que se iba de pinta porque se aburría en las clases y prefería conocer la ciudad. Tanto a mi esposo como a mí nos parecía muy bien que tuviera esa manera de ser tan de-senvuelta, nada temerosa y autosuficiente.

Afortunadamente el trabajo que yo desempeñaba podía compaginarlo con el horario de mi hija, pues cuando ella tenía vacaciones, yo también descansaba, y mi esposo, al tener su propia empresa, no necesitaba pedir ningún permiso. Generalmente salíamos dos veces al año, una de ellas en verano, en la que Álvaro, mi sobrino (el hijo más chico de Quiti y sólo dos años mayor que Gabriela), no podía faltar, pues era el compañero inseparable de nuestra hija y

se llevaban muy bien. Conocimos gran parte de la República, pues nos gustaba ir a diferentes lugares. Una de las vacaciones que más disfrutamos fueron en Las Hadas, en Manzanillo, especialmente los chicos, pues se sentían soñados en un hotel de gran turismo; también en Cancún, pues llegamos al Camino Real, otro hotel de lujo; Oaxaca, San Cristóbal de las Casas, Michoacán, Veracruz, en fin, procurábamos ir a los mejores hoteles, pues por fortuna teníamos con qué costearlo.

La otra fecha en que salíamos era para las fiestas de Navidad y Año Nuevo. Nos íbamos a México a pasarla con mis papás y mis hermanas. Con mi tía Leonor (mi suegra) casi no, porque ella no lo celebraba. Cuando Gabriela creció, ya no volvimos a ir, pues a ella le encantaba quedarse aquí con sus amistades; entonces la pasábamos en casa de Paco, Quiti y sus hijos, con quién Gabriela se llevaba de maravilla.

Hablando de Álvaro, mi sobrino, él le enseñó a nadar a Gabriela cuando tenía cuatro años. La habíamos metido a clases de natación con nuestra amiga la Güera. Su técnica era aventar a los alumnos al agua en la primera clase, decía que así se les quitaba el miedo. Con nuestra hija le falló totalmente, pues a partir de esa primera clase a Gabriela le dio pavor el agua, no podíamos meterla a la alberca ni al mar; nada, se ponía histérica. Un buen día llegué a casa de mi hermana, que tenía alberca, y sorprendida vi a Gabriela en el agua. Corrí espantada pensando que se había caído, pero no, ya sabía nadar. Le había enseñado su primo, él le fue dando confianza y así aprendió. Álvaro se convirtió en su maestro, pues en una ocasión le dije a mi hija:

—¿Sabes?, te voy a llevar en un camión urbano para que conozcas las colonias de la ciudad.

—Ya sé cuáles son, Álvaro me ha llevado en el camión que pasa por su casa. Lo tomamos en la esquina, damos muchas vueltas y llegamos al parque Juárez, pero no nos bajamos, nos regresamos en el mismo camión.

Me dejó helada, pues con el primo se sentía muy segura, y quién

sabe cuántas cosas más deben haber hecho de las que yo ni me enteraba.

LAS FIESTAS TRADICIONALES EN EL COLEGIO

Festejábamos todas las fiestas tradicionales del año, pues me interesaba mucho que los alumnos conocieran nuestras costumbres.

El Día de Muertos se hacía un altar muy grande. Uno de los conserjes (que es de Nacajuca), trenzaba palmas de coco y formaba un arco para colocarlo al frente del altar, y con varios días de anticipación les enseñaba a los alumnos una plegaria en chontal (lengua derivada del maya). Los niños hacían papel picado y cadenas con papel de China para adornarlo, y ponían nardos, flor que aquí se usa para los muertos; traían fruta, tamalitos, pan de muerto, pibipollo (platillo especial para este día, aunque es campechano aquí también se acostumbra), y para beber, pozol bien frío (hecho con masa de maíz y cacao molido, bebida típica tabasqueña) acompañado de dulce de coco sobre una hojita de naranjo en vez de plato. Siempre se ponía mi fotografía en el altar, así que a mí me dedicaban la ofrenda. Se encendían velas de sebo y copal con incienso. Después, algún maestro daba una plática sobre la importancia de conservar estas tradiciones, decían la plegaria en chontal y luego cada grupo se llevaba lo que había traído para el altar y se lo comían en el salón. Por supuesto, ese día no había clases, se volvía fiesta.

La posada es otro festejo que invariablemente celebrábamos. Con varios días de anticipación cada grupo elaboraba su piñata y se organizaban para traer lo necesario para llevarla a cabo; generalmente la hacíamos el día antes de salir de vacaciones navideñas. Tratábamos de hacerla lo más tradicionalmente posible. Una vez trajeron un pony para que la niña vestida de la Virgen lo montara, otro alumno se vistió como san José, y hasta conseguimos un bebé para que fuera el Niño Dios; había angelitos, y los demás alumnos venían vestidos

de pastorcitos o pastorcitas. Los maestros construían el pesebre y los alumnos lo adornaban con pasto (así le dicen al heno), esferas y foquitos de colores.

Como la posada la hacíamos en la tarde, lucía mucho más, sobre todo cuando cantábamos para pedir posada, pues le dábamos a cada niño su velita encendida (en una ocasión un chiquito se entercó en venir vestido de Santa Claus y ya se andaba quemando las barbas de algodón). Al terminar, se rompían las piñatas, se repartían los dulces y, lo que más les gustaba, las luces de bengala y los escupidores, con la condición de no echar ningún tipo de luz para el frente de la escuela, pues me podían quemar la casa, así que el personal y yo los vigilábamos todo el tiempo. A los niños más chiquitos les dábamos cerillitos, de esos que se frotan en el piso y les salen chispas, y para finalizar se iban a sus respectivos salones para hacer el intercambio de regalos con sus compañeros.

Cuando los alumnos se iban a sus casas, nos tocaba a los maestros. Hacíamos también nuestra posada con piñata y todo, nos que-dábamos a brindar y luego venía el intercambio. Acabábamos en gran fiesta, era la oportunidad de convivir y comeber con todo el personal; la pasábamos muy bien, con mucha camaradería. Al destapar los regalos siempre hacíamos bromas, lo gozábamos mucho.

Antes de la posada me angustiaba mucho, porque a veces no me alcanzaba el dinero para pagar sueldos y aguinaldos, tenía que hacer malabares para no quedarles mal, aun cuando me quedara sin un peso. Así era eso de tratar con muchos padres morosos que se iban tranquilamente de vacaciones sin pagar las colegiaturas, y a ver si para cuando regresáramos a clases tenían dinero, si no se lo habían gastado todo en las fiestas de fin de año. No en balde vivía tan estresada, y no había Navidad, que yo recuerde, en que no tuviera la boca medio deforme, porque los labios se me hinchaban por el herpes que me salía a consecuencia de tantos nervios.

Como suele suceder, donde hay tanto alumnado, no faltan los accidentes. Por desgracia hubo uno, el más grave en la historia del colegio: a un niño de sexto de primaria que no entró al salón en la mañana al toque del timbre, se le hizo fácil subirse al estribo del camión en el momento en que éste iba de reversa para salir. El chofer no lo vio, y el chamaco no se dio cuenta de que la reja se estaba cerrando. Es más, los compañeros que alcanzaron a verlo le gritaron que se bajara, pero no le dio tiempo y el camión lo prensó contra la reja. Al oír los gritos, salí corriendo y vi al niño tirado dentro del camión con una herida muy grande en la espalda, pero no sangraba. Me imaginé que debía de ser algo grave. Lo saqué cargando, le grité al chofer que me trajera mi carro y personalmente lo subí. Le pedí a mi secretaria que le hablara a César (médico cirujano, amigo nuestro), quien dijo que llevara al niño rápidamente al hospital del Sureste, que ahí me esperaba. Efectivamente, ahí estaba cuando llegué con el chico. Lo llevaron al quirófano; minutos después salió el doctor y me dijo:

—Está muy grave, si no lo opero de inmediato no creo que se salve. Comunícate con sus papás lo más rápido que puedas, necesito su autorización.

—Opéralo, yo asumo la responsabilidad —le dije—, porque vive con una tía y ésta trabaja fuera de la ciudad.

Mientras, hablé al colegio y le dije a mi secretaria que tratara de localizar a la tía de Santiago. Me quedé en el hospital hasta que César salió de la sala de operaciones, después de unas dos horas. Me dijo: “Está estable, pero no ha pasado el peligro. Se le perforó la pleura, por eso no sangró. Actuaste muy bien, porque si te has tardado cinco minutos más, se hubiera ahogado con su propia sangre. Hasta dentro de cuarenta y ocho horas sabremos si se salva”.

Por fortuna, cuando estaba hablando con el doctor, llegó la tía y le explicó lo que había pasado y el estado de salud de su sobrino. Me abrazó, y llorando me dio las gracias por haberlo atendido tan rápido. Al día siguiente fui al hospital a ver cómo seguía Santiago:

estaba fuera de peligro. Hasta entonces me tranquilicé, pues no pude dormir de pensar en él.

El seguro escolar cubrió todos los gastos médicos. El susto que me llevé y el pavor que me dio saber que podía haber muerto en la operación que había autorizado, me hizo pensar que pude haber ido a dar a la cárcel, pero por suerte no fue así, todo salió bien. Ni modo, como dice el dicho: "Son gajes del oficio".

Cuando el niño se recuperó totalmente, llegó la señora con una gargantilla de oro y un ramo de flores para agradecerme que le hubiera salvado la vida a su sobrino.

El otro accidente fue muy aparatoso, aunque no tan grave como el anterior, porque no corría peligro la vida del niño.

Una mañana, cuando todos salían corriendo al recreo como potros desbocados en cuanto sonaba el timbre para ir a apartar la cancha de fútbol, un alumno de cuarto de primaria, en su loca carrera, olvidó las columnas del corredor y se estampó contra una de ellas. Del golpe se desmayó. Me avisaron y de inmediato le hablé a César (mi paño de lágrimas). Me dijo que lo llevara rápidamente a su consultorio. Dos de los choferes lo cargaron y lo subieron a mi carro. Llegué con el niño bañado en sangre y el doctor pidió que lo acostaran en la mesa de exploración. Por fortuna ya estaba consciente, pero lloraba a mares; pobrecito, le dolía mucho y debió sentirse muy solo. Del consultorio hablé al colegio para pedir que localizaran a los papás. Al poco rato me llamó mi secretaria y me dijo que no estaban en la ciudad, que habían salido y que llegarían hasta la tarde.

Cuando el doctor revisó al niño me dijo:

—Tengo que intervenirlo de inmediato, porque es una herida muy grande y profunda (era desde el pómulo hasta la barba), y vas a tener que hacerla de enfermera, porque mi ayudante no vino hoy. ¿Te animas? Esto no puede esperar, tendrás que asumir la responsabilidad de la operación.

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

Me dio algunas indicaciones y comenzó a operar. Por poco y me desmayo al ver cómo le metía casi toda la mano por la herida para cerciorarse de que no estuviera rota la mandíbula, pero me ar-mé de valor. Y sí, estaba fracturada. Tardamos como hora y media en la operación; ahí me di cuenta de cómo se sutura. Hizo una por debajo de la piel, y otra, con un hilo sumamente delgadito, para cerrar.

El doctor me felicitó porque me había portado muy valiente. Cuando terminamos, hablé al colegio para que nos fueran a buscar. No podía llevarlo a su casa, porque no había quién lo recibiera, así que me lo traje a la mía y me quedé cuidándolo, porque todavía estaba anestesiado. Esperé a que volviera de la anestesia y a que llegaran sus papás.

Los papás aparecieron como a las cinco de la tarde y encontraron todo solucionado, pues Toño ya estaba consciente y no tenía dolor porque se le aplicó una inyección. Estaban agradecidísimos conmigo por el trato que el niño había recibido, tanto de mi parte como de la del doctor y no sabían qué decirme.

—No se preocupen, es parte de mi trabajo. Al no estar los padres, tengo la responsabilidad de todos y cada uno de los alumnos. Aquí tienen las indicaciones que dio el doctor, espero que sane pronto. No dejen de comunicarme cómo va su recuperación.

—Maestra, díganos, ¿cuál fue el costo de la operación y los gastos que usted hizo?

—Ninguno, todo lo cubre el seguro escolar, por ese lado no hay ningún problema.

En verdad, no es nada agradable cuando se tiene un problema como éste, causa mucho dolor ver sufrir a cualquiera de los alumnos y no hay dinero que pague la responsabilidad que he tenido que asumir en esos momentos.

Después de varios días llegó Toño completamente restablecido; el doctor le hizo una cirugía tan bien hecha que casi no se notaba la cicatriz. Me trajeron una pulsera de oro de regalo por las atenciones que había tenido con su hijo.

Nadie se imagina las angustias tan grandes que he tenido que pasar, verdaderos tragos amargos. Poco a poco me fui haciendo de mucha sangre fría para enfrentar los leves o grandes accidentes que nunca faltaban. No cabe duda de que siempre se aprende al-go, hasta en situaciones adversas, pues resultó que ahora hasta ayudante de cirujano fui.

EL COLEGIO SIGUIÓ CRECIENDO

Continuó la ampliación del colegio para el ciclo escolar 80-81. Teníamos dos grupos por grado de secundaria, de manera que ya quedaba completo este nivel, y al año siguiente egresó nuestra primera generación.

Los padres de familia organizaron el festejo de los egresados. Hicieron una cena con música en vivo en uno de los salones del hotel Villahermosa Viva (hoy Calinda). Me sentí muy orgullosa de ver que llegaba a buen término la promesa que les había hecho años antes de contar también con secundaria. Me emocioné mucho cuando les di la despedida a los alumnos; varios de ellos habían estado desde jardín de niños. Después, cada año, entre padres y alumnos organizaban su fiesta; en esto el colegio no se metía. Unas veces fueron graduaciones muy sencillas y económicas; otras, ostentosas y muy costosas.

El caso es que el fin de cursos era cada vez más numeroso, por-que el colegio contaba con tres niveles escolares completos, jardín de niños, primaria y secundaria. La ceremonia de entrega de diplomas y boletas de calificaciones se hacía en el teatro. Cada nivel organizaba alguna actividad, ya fueran rondas, bailables o una dramatización, lo que cada educadora quisiera, junto con los profesores de primaria y los maestros de educación artística, entre ellos organizaban todo. A mí ya no me tocaba, lo que yo debía hacer era contratar el teatro, decir las palabras de despedida y entregar

los diplomas.

Me sentí muy satisfecha por los logros alcanzados hasta ese entonces. También muy querida por la mayoría del personal, del alumnado y de los padres de familia; poco a poco lograba mi objetivo: tener un buen colegio y ser mejor cada día.

Por supuesto, no todo fue fácil. Con tanto personal y de tan diversas categorías, siempre había problemas. Más aún con los profesores de primaria. Es el gremio más conflictivo que he conocido. Como la mayoría eran profesores con plaza oficial en escuelas vespertinas, tenían muchos vicios: faltistas, impuntuales, incumplidos. Tenía que estar sobre ellos para que elaboraran sus planes y programas anuales, y luego para que llevaran sus avances programáticos, o bien para que hicieran algún trabajo extramuros. Hubo problemas hasta en las guardias de la hora de salida, pues no faltaba algún pretexto para no cumplirlas, sólo que se les olvidaba que al ser colegio particular no había sindicato que los protegiera, y el colegio tenía sus reglas bien establecidas que ellos aceptaban al firmar el contrato de trabajo, así que se les comunicaba por escrito cualquier anomalía en que hubiesen incurrido, y ya sabían que al tercer reporte, con mucha pena y tamaña cara (como diría mi suegra), se les retiraba de su puesto y entraba otra persona en su lugar.

Esto no era fácil para mí y menos para el alumnado, pues no es conveniente cambiar de profesores cuando ya ha empezado el ciclo escolar, pero el prestigio del colegio estaba primero, no me iba a exponer a que los padres de familia retiraran a sus hijos por sostener a un mal elemento.

Con las educadoras casi no tenía problemas, pues eran muchas jóvenes que todavía no estaban maleadas. Para muchas de ellas era su primera experiencia laboral, así que se adaptaban muy bien a mi sistema de trabajo. Asimismo, los profesores de secundaria, en su mayoría profesionistas, trabajaban por hora y muy rara vez tuve que llamarle la atención a alguno de ellos.

Con los que sí hubo problemas fue con los choferes, no por incumplidos ni porque manejaran sin precaución. En tantos años

que tuve los transportes, afortunadamente nunca hubo ni un solo accidente que lamentar, pero como no sabía de mecánica ni podía estar en todo, me robaban de lo lindo. Venían y me decían que el transporte tenía equis problema y que había que llevarlo al taller; yo les creía y ellos se aprovechaban, porque no podía parar ningún vehículo ni un solo día.

Si por algo se retrasaba uno de los camiones, los padres de familia se molestaban y al momento reclamaban; ellos no comprendían que algún imprevisto podía presentarse, así que los transportes tenían que ser reparados de inmediato, costara lo que costara, y ahí era donde los choferes hacían su agosto, porque supuestamente lo llevaban a componer, pedían el dinero para hacerlo y como no había necesidad de tal reparación, se embolsaban lo que me habían pedido, o si no, me bailaban bien y bonito con la gasolina.

Después de que despedí a uno de ellos porque lo pesqué infraganti, salieron todos los trapitos al sol. Ni remedio, no era posible que pudiera estar en todo, pero eso sí, aprendí mucho de mecánica.

VACACIONES EN EL EXTRANJERO

En una ocasión nos fuimos con Paco y Quiti a Los Ángeles y a Disneylandia y gozamos como verdaderos chamacos en el parque de diversiones. Luego de tres días, salimos para San Francisco y nos hospedamos en el hotel Saint Francis, lujosísimo y bastante caro. A Quiti no le hizo mucha gracia el costo, pero ya estábamos ahí y lo disfrutamos mucho. En verdad aprovechamos muchísimo ese viaje, pues nos acoplamos muy bien los cuatro. Fuimos a varios museos y espectáculos. En lo que no coincidimos fue en los alimentos, pues a nosotros nos encanta disfrutar de buenos restaurantes y eso a ellos no les importa mucho, así que decidimos que cada quien se fuera por su lado a la hora de las comidas. Estuvimos cinco días juntos y luego ellos se fueron a Nueva Orleans y nosotros con el Chato

(primo de Mayito), que vive a dos horas al norte de San Francisco. ¡Qué persona tan cálida! Tanto él como su esposa nos recibieron con mucho cariño y nos hospedaron en su casa; por cierto, las tres noches que pasamos con ellos casi no dormí porque nos dieron una recámara con una cama de agua. Para mí fue horrible, porque como Mayito pesa bastante más que yo, él se sumía y a mí me elevaba, y cada vez que nos movíamos cualquiera de los dos, la cama hacía un gorgoreo espantoso que a los dos nos despertaba, pero bueno, fue parte de la diversión.

Nos trataron a cuerpo de rey, nos llevaron a pasear por los alrededores, acres y acres de viñedos, a conocer una vinatería para ver cómo se elabora el vino y a cenar mariscos a restaurantes muy buenos. En una de esas noches, el Chato se puso a leernos algo de lo que había escrito con música de fondo. Fue una velada preciosa y la pasamos de maravilla. Fue un viaje muy agradable y placentero.

A principios de 1982 decidí llevar a cabo el propósito de Año Nuevo que me había hecho: ahorrar para que en julio los tres (Mayito, Gabriela y yo) nos fuéramos a Europa, como tanto lo había soñado.

Al fin mi sueño se cumplió y partimos de México el 3 de julio. Volamos a Madrid, y después de varias horas de espera, salimos hacia Roma. Ahí rentamos un coche, pero como llegamos de noche y sin conocer la ciudad, no dábamos con el hotel. Preguntábamos e invariablemente nos decían: "Sempre diritto", para nosotros eso era derecho, y no, era sobre la misma calle, aunque ésta no fuera recta. Ya tardísimo, llegamos al hotel Excelsior, sobre la via Veneto, uno de los hoteles de más abolengo y lujosos de Roma.

Estábamos cansadísimos, y lo único que queríamos era descansar y refrescarnos, ya que hacía muchísimo calor. Por fortuna había aire acondicionado, así que derechito a la cama. Al poco rato de estar acostados, empezamos a sentir un calor excesivo. Habló mi esposo a la administración para decir que el aire acondicionado no funcionaba. Tranquilamente le contestaron que se apagaba a las doce de la noche y que volverían a encenderlo a las diez de la mañana. No

podíamos creer que en un hotel de esa categoría sucediera eso, así que abrimos las ventanas para sentir un poco de fresco.

Después supimos que en toda Europa así se acostumbra, ya que es muy corta la temporada de calor. Ni remedio, a adaptarse a lo que había; eso sí, con la experiencia y el comentario que nos hicieron no volvimos a hospedarnos en hoteles que tuvieran aire acondicionado, pues eran mucho más caros y de nada servía.

Estuvimos seis días en Roma, los que disfrutamos enormemente. Asistimos a dos conciertos, visitamos museos, el Foro Romano y el Coliseo; también estuvimos en el Vaticano y en todo lo que se pudo en esos días. Luego nos fuimos hacia el sur: Nápoles, Capri y Pompeya; de allí hacia el norte, continuamos a Florencia, donde nos quedamos cuatro días y me emocioné hasta las lágrimas cuando estuve frente al David de Miguel Ángel. ¡Qué belleza!

Luego seguimos nuestro viaje con destino a Venecia, pasando por Bologna, Perugia, Asís, Siena y Verona, donde tuvimos la suerte de que estuviera el Festival Internacional de Ópera, al que asistimos a ver Otelo. A Gabriela la dejamos en el hotel, que estaba a media cuadra de la Arena (una edificación tipo coliseo romano) donde fue el espectáculo, y en cada intermedio Mayito salía a ver si no se le ofrecía algo. Estaba en el lobby, contenta, viendo la televisión y en gran plática con un viejito que cuidaba el hotel. La ópera fue un espectáculo digno de verse, estábamos fascinados, el ambiente era mágico, para mí fue una sensación increíble, única, no podía creer lo que estábamos viendo y oyendo.

La verdad, nuestra hija tan linda se portaba de maravilla para tener sólo doce años, pues no parábamos de visitar museos y todo aquello que fuera de interés.

Para viajar ya teníamos nuestra rutina: nos levantábamos no muy temprano, como a las ocho de la mañana, desayunábamos bien y llevábamos algo para el camino. Al día siguiente de llegar a Roma compramos una hielera, porque pensamos que vendían hielo en cualquier parte, como en México, pero nada. Solamente había en

los hoteles, así que mendigábamos de hotel en hotel, para que nos vendieran un poco (generalmente nos lo regalaban). Luego comprábamos queso, jamón, baguettes, una botella de vino y una de agua o refresco para Gabriela, hacía unas tortas, y era lo que comíamos cuando nos daba hambre. Así no perdíamos tiempo para seguir conociendo y visitando museos, porque éstos los cerraban a las seis de la tarde. A esa hora viajábamos a otra ciudad; nos hospedábamos, y para la noche, muy bien arreglados, nos íbamos a cenar a un buen restaurante.

Estuvimos sólo dos días en Venecia porque había tanta gente que no encontramos hotel en la ciudad. Nos quedamos en Mestre, pequeña población que está enfrente, cruzando el Gran Canal. A cualquier parte que queríamos ir, estaba llenísimo y hacía un calor tremendo. Donde ya no aguanté, fue cuando entramos a la basílica de San Marcos, casi no se podía caminar, todo mundo bañado en sudor; la verdad no lo disfruté y empecé a desesperarme. Le dije a Mayito que ya no quería ver nada, lo único que anhelaba era un lugar donde hubiera aire acondicionado. Buscamos un restaurante, comimos muy bien y descansamos del calor y de la gente. Al día siguiente salimos rumbo a Suiza, pasamos por los lagos Di Garda y Como, con paisajes maravillosos; cruzamos el Gran Simplón y nos quedábamos con la boca abierta al ver las obras maestras de ingeniería que son las carreteras en ese lugar. Llegamos a Lausana, donde estuvimos una noche y casi todo el día siguiente. Fue el único lugar donde fuimos de compras. Mayito y yo nos compramos unos relojes, a Gabriela un cucú y un reloj de bolsi-llo para mi papá; luego, a conocer la campiña suiza y a navegar en lancha por un río subterráneo.

Después salimos rumbo a París. Ya casi para llegar, estaba entrando la noche, y faltando como diez kilómetros preferimos quedarnos en un hotelito cercano a la ciudad. No quisimos que nos pasara lo que en Roma: estar dando vueltas por no conocer la ciudad.

Al día siguiente salimos temprano, llegamos a buscar hotel, nos hospedamos y corrimos hacia la Torre Eiffel. Cuando estábamos por

subir, oímos a una persona que a gritos preguntaba:

—¿Quién habla español? ¿Quién habla español?

Al oírlo dijimos:

—Nosotros, ¿qué se le ofrece?

Se acercó a donde estábamos y nos dijo:

—¡Ay, qué bueno que ya están tan cerca para subir, porque hay una cola larguísima!

El bendito hombre, un chaparro al que, según nos dijo Gabriela, le apataba la boca, se coló con nosotros y tuvimos que aguantarlo todo el ascenso. Nos dijo que se llamaba Hipólito Rubalcaba, que era profesor de Guadalajara y que iba solo porque a la esposa le daban miedo los aviones. Afortunadamente, cuando llegamos a la cima de la torre lo perdimos de vista. Tenía que ser mexicanito para ser tan conchudo; en verdad, nunca falta alguien así.

En París estuvimos seis días. No cabe duda de que por algo dicen que es una ciudad cautivadora, muy bella, con mucho que ver y mucho dónde pasear. Tuvimos la mala suerte de que el Museo de Louvre estuviera cerrado cinco días porque estaban en huelga los empleados, así que sólo estuvimos ahí un día, pero visitamos muchísimos museos más. Sería imposible acordarme de tantos lugares en los que estuvimos. El sexto día fuimos a Versalles. ¡Qué hermosos jardines, es un lugar de ensueño!

Al día siguiente salimos rumbo a España, cruzando la campiña francesa. Me acuerdo muy bien que comimos en Limoges, luego seguimos y llegamos a dormir a Foix, un pueblito muy bello con mucha historia, visitamos un castillo, pero ya no teníamos tiempo para conocer unas cuevas muy importantes con pinturas rupestres. Seguimos nuestro camino y cruzamos los Pirineos, a unos cuantos kilómetros de Andorra, para entrar a España y llegar a Barcelona. Allí nos quedamos cinco días, y uno completo le dedicamos a Gabriela. La llevamos al parque de diversiones, el Tibidabo, que está en la cima de un cerro. La subida y la bajada se hace en teleférico. Estuvo feliz; luego quisimos llevarla al cine, pues pasaban una película de

Parchís y ella quería verla, pero no se pudo porque estaba hablada en catalán. (Ya era justo que también ella tuviera alguna diversión propia de su edad.)

Conocimos algunas de las obras de Gaudí: la Sagrada Familia, el parque Güel, la Casa Meliá (y, por supuesto, caminamos por las Ramblas). Lo disfrutamos enormemente, sobre todo mi esposo por su profesión, gozó muchísimo la obra de todas y cada una de las construcciones de uno de los arquitectos más innovadores de su época.

Después continuamos nuestro viaje por el norte de España, hasta Santiago de Compostela. Eran las fiestas del santo patrono y entramos a conocer la catedral, que es inmensa, imponente y bellísima. Nos tocó presenciar cómo balancean el botafumeiro, famoso por su enorme tamaño; también nos divertimos con las estudiantinas que salen a cantar en las noches.

Luego seguimos a Orense, en Galicia; ahí le hablamos a don Perfectino (dueño de materiales Macosa en Tabasco) para saludarlo y nos fue a buscar. Nos sacó del hotel y nos llevó a su casa, en un pueblito muy lindo llamado Boborás. Nos quedamos con ellos dos noches y, por supuesto, nos atendieron de maravilla él y su familia. Muy orgullosos nos mostraron sus viñedos, la cava donde reposa el vino que ellos mismos elaboran y nos llevaron a comer mariscos a Pontevedra.

Los gallegos son tan localistas, que don Perfectino tuvo un detalle que nos hizo mucha gracia, pues nos preguntó:

—¿Qué vino prefieren: nacional o importado?

Mi esposo le preguntó la diferencia entre uno y otro.

—El nacional es elaborado aquí y es muy bueno, el importado es español.

—Tomaremos el nacional, por supuesto —le contestó mi esposo.

Otro detalle que advertimos fue que, cuando llegamos a su casa, tenía en la cochera dos carros con placas de Tabasco. Nos pareció algo tan fuera de lugar, que pensamos que de seguro debía ser uno de los habitantes más ricos del pueblo, y con eso se sentía más

importante todavía.

Continuamos nuestro viaje y llegamos a Ávila, donde nos quedamos una noche y aprovechamos para llevar al cine a nuestra linda hija, pues estaban pasando la película que quería ver y, ahora sí, en español.

Al día siguiente salimos rumbo a Madrid; ahí estuvimos cinco días y nos gustó muchísimo. No sería posible decir qué lugar es más bello, pues todos y cada uno de ellos tiene su encanto y mucho que conocer y admirar.

Cuando habíamos entregado el carro, porque ya no teníamos ni un solo centavo, decidimos que no podíamos regresar sin conocer Sevilla, Córdoba y Granada. Se nos ocurrió pedirle al gerente del hotel donde nos hospedamos que, como pagaríamos con tarjeta, nos hiciera el favor de cerrar la cuenta por una cantidad mayor, si era posible, pues le explicamos lo que queríamos hacer. El hombre, muy amablemente, así lo hizo y hasta nos permitió dejar el equipaje para llevarnos sólo lo necesario; con el sobrante nos fuimos en autobús. Fue inolvidable ese tour, la pasamos fantástico y después de cinco días regresamos a Madrid para volver a México, luego de siete mil kilómetros recorridos en carro en cuarenta y cinco días de viaje.

UNA PÉRDIDA PARA EL COLEGIO

Al finalizar el ciclo escolar 82-83, Clarita, la subdirectora, me comunicó que ya no contaría con ella para el año siguiente porque había conseguido un trabajo relacionado con su carrera de abogada y que no había ejercido por estar en el colegio. Para mí fue una gran pérdida, porque no sólo era un magnífico elemento de toda mi confianza, sino también una gran compañera, amiga y confidente.

En un principio me fue muy difícil, porque ella se había hecho indispensable. Me resolvía un sinfín de problemas, ya fuera con los alumnos, el personal docente, de intendencia o con los padres

de familia, pero ni modo, tuve que aprender a no contar con ella y a buscar a alguien que pudiera sustituirla. No fue nada fácil, pues aunque tenía dos secretarías, no eran las personas idóneas; no era el mismo trato ni la misma preparación; es más, el puesto estuvo vacante por varios años.

El viaje por Italia me motivó para aprender italiano, así que en cuanto hubo una oportunidad, me inscribí en la escuela de idiomas de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. Era la alumna de más edad y, al principio, me sentía muy rara al ser yo quien tomara la clase y no quien la diera. Me encantó ser alumna de nueva cuenta, después de tantos años. Cursé siete semestres, lo aprendí bastante bien, aunque a veces se me complicaba un poco asistir a clases porque era una hora diaria de lunes a viernes, y sólo en las mañanas. Era tanto el entusiasmo que tenía por aprenderlo, que me daba mi escapada todos los días y lo logré; incluso escribí varios artículos en italiano para la gaceta de la escuela. En esa generación comenzamos veintitrés alumnos y terminamos tres; las maestras me felicitaban, pues veían el empeño que ponía en mis estudios y el esfuerzo para no faltar, a pesar de mi trabajo. La pasé muy bien durante esos semestres, pues por lo menos era una hora en la que me distraía un poco de la obligación diaria.

Aun cuando ya teníamos nuestro edificio e instalaciones muy bien puestas, la matrícula sufrió bajas, pues los padres de familia argumentaban que ya se les hacía muy pesado el tráfico para venir hasta acá; sin embargo, unos iban y otros venían.

SE RENUEVA EL PERSONAL

Para el ciclo 85-86 contraté a Miguel Ángel como subdirector, arquitecto argentino muy amigo nuestro, y ya con él tuve un poco más de tranquilidad, pues pude delegar algo del trabajo de escritorio y la supervisión del personal que a mí me quitaba mucho tiempo para dar mis clases y atender la administración. Tenía muy buen trato,

sangre liviana, simpático, siempre de muy buen humor, y pronto se ambientó al sistema del colegio, pues había tenido experiencia con alumnos, ya que ha sido maestro y director de teatro desde hace varios años. Por la amistad que teníamos, nos entendimos bastante bien.

LOS VEINTICINCO AÑOS DEL COLEGIO

En esa fecha se cumplieron los veinticinco años de la fundación del colegio, así que para conmemorarlo se hicieron unas memorias con fotografías desde el inicio del jardín hasta ese año. Miguel me ayudó muchísimo con el diseño y la elaboración, pues como arquitecto tenía facilidad para ello. También quise que el fin de cursos fuera más espectacular que como se hacía cada año.

Hablé con el director del Ballet Folclórico del Centro para que éste tomara parte en los festejos. No lo pensó ni un momento y de inmediato me dijo que con mucho gusto participarían; es más, el mismo director me sugirió que también consiguiera la marimba del municipio; me puso en contacto con la persona a quien tenía que dirigirme y así lo hice; lo mismo, accedieron encantados a participar en el acto.

Y para que el programa fuera más atractivo y diferente, le pedí a mi hermana Ana que viniera con el grupo de teatro del cual formaba parte, Imagen 4, que tenía puesta una obra llamada ¿Y...Chaplin?, apropiada para todo público. Le dije a mi hermana que no les podía pagar honorarios, pero que les daba los viáticos y el hospedaje. Me contestó que sí, que les encantaba la idea, que contara con ellos.

Se armó un muy buen programa con teatro, música y baile. Invité a las autoridades educativas: al secretario de Educación, profesor Fausto Méndez, quien había sido mi supervisor de primaria años atrás; a la supervisora de jardín, a la de primaria y al de secundaria; también a mis amistades y familiares. Participó un alumno egresa-

do de cada nivel dando un mensaje por nuestros veinticinco años. Así pasaron un chiquito de tercero de jardín, una niña de sexto de primaria y una jovencita de tercero de secundaria, que después de decir sus palabras me pidió en su nombre y en el de sus compañeros que se abriera también la preparatoria, pues no querían dejar su colegio. Todos y cada uno de ellos, dijeron palabras muy sentidas y sumamente emotivas.

Al escuchar la petición de la alumna de secundaria, me quedé helada; no me lo esperaba, fue una verdadera sorpresa.

Cuando dije mi discurso, lo primero que mencioné fue que contaran con ello. Haría los trámites necesarios para que en el menor tiempo posible me dieran la incorporación al Colegio de Bachilleres de Tabasco. A continuación, en pocas palabras, conté la historia del nacimiento del colegio. En ese momento me di cuenta de que mis sueños se habían realizado. Agradecí a las autoridades educativas el apoyo que me habían brindado durante to-do ese tiempo; a mi esposo, por su ayuda incondicional y su comprensión; a mi hija, por su paciencia y el tiempo que le había robado, y especialmente a los padres de familia por la confianza depositada en mí, pues sin sus hijos no existiría el colegio; lo mismo al personal docente y de intendencia por su colaboración.

Me sentí muy querida, feliz y muy emocionada al ver el teatro a reventar. Cuando terminé de hablar, todos de pie me aplaudían. No pude más y solté el llanto.

Al finalizar el evento, se repartieron entre los alumnos, a manera de recuerdo, las memorias de nuestros primeros veinticinco años. Fue un día inolvidable para mí especialmente, pues veía coronados todos mis esfuerzos y sacrificios para un solo fin: mi colegio.

En ese año mis papás vinieron a pasar una temporada con nosotros. A mi papá le pedí que organizara la biblioteca y que se encargara de ella; lo tomó tan en serio, que llegaba puntualmente a la hora de la entrada. Elaboró su propio reglamento, me pidió que le diera el visto bueno y le estampó su firma. Lo mandó enmarcar y lo puso a la vista de todo aquel que quisiera hacer uso de la biblioteca. Se

regresaba a la casa a las dos de la tarde, y cuando yo llegaba, me estaba esperando con un whisky, pues yo le decía que nos hacía falta para despresurizarnos. Él nada más comentaba: "No se opone, hija, después de un día de trabajo bastante ajetreado" (le daban mucha risa mis expresiones).

Más que nada, hice esto para que tuviera en qué entretenerse, pues estaba acostumbrado a estar siempre activo. Se sentía importante con su cargo; estaba muy contento y entusiasmado, era un hala-go para él. No sé cómo supieron los alumnos que era una persona culta y, sobre todo, bueno en matemáticas, así que lo buscaban a me-nudo para que les explicara o les disipara alguna duda.

Lo querían y respetaban; yo gocé mucho su estancia conmigo en el colegio y llegamos a tener una bonita amistad. Sé que se sentía muy orgulloso de mis logros, platicábamos mucho, aunque en ocasiones se armaban unas buenas discusiones. Una vez me dijo que estábamos educando a nuestra hija sin valores morales por la falta de religión, y ahí fue donde ardió Troya. Le expuse mis razones y, según él, le estaba faltando al respeto. Se levantó de la mesa enojadísimo: olvidó que ya no éramos unos chamacos, sino un matrimonio que merecía respeto a su manera de pensar, igual que nosotros se lo teníamos a él. Total, después de un rato le hablaba para algo, y él como si nada hubiera pasado; mi padre no era rencoroso, en eso me le parezco mucho.

En varias ocasiones en que debía ir a la oficina por las tardes a revisar la contabilidad, de repente se me aparecía y le encantaba ayudarme, pues era su fuerte.

Desgraciadamente no tenía manera de darle a mi mamá algo en qué entretenerla; lo único era la cafetería y no iba a dejarla como cocinera, de ningún modo, pero no lo entendió así y me di cuenta de que le daban muchos celos ver que mi papá sí podía estar conmigo en el colegio. El tiempo que estuvieron aquí, ella lo pasó muy mal; se aburría, porque no la dejaba hacer nada en la casa, pues para eso estaban la cocinera y la recamarera. Lo único que yo quería era

que descansara, pues en su casa estaba siempre trabajando y decía que se cansaba mucho. En fin, supe después que se fue a quejar de mí amargamente con mis hermanas; ni modo, no se puede quedar bien con todos.

Mis papás vivieron con nosotros unos cuantos meses, y una semana después de que regresaron a México, una de mis hermanas nos habló para darnos la mala noticia de que mi papá tenía cáncer de próstata y metástasis en el pulmón; le daban dos años de vida. Cuando lo operaron de la próstata, me fui para estar con él, lo vi bastante bien, animado, y como era tan religioso, lo tomó con mucha resignación.

Muy a mi pesar, sólo pude quedarme una semana. No quería dejarlo, pero tenía que volver al trabajo. Regresé muy deprimida, no aceptaba que tuviera cáncer, se me venía a la mente lo contento que había estado en su biblioteca, ayudando y aconsejando a los alumnos. A la biblioteca, en su honor, le pusimos su nombre.

Después estuve yendo a verlo cada quince días; me iba a pasar con ellos aunque fuera el fin de semana; a veces me quedaba unos días para echarle la mano a Ana, porque ella también trabajaba, estaba sola y con cuatro hijos que mantener. Prácticamente era ella quien llevaba todo el peso de la enfermedad de mi padre, aunque también Luly ayudaba, pero él demandaba mucha atención, mi mamá ya estaba grande y no era posible que estuviera sola con él.

NUESTRA HIJA Y SUS VIAJES

Cuando Gabriela cumplió quince años, nos pidió que en lugar de fiesta le diéramos un viaje de treinta días a Europa. Tanto a su papá como a mí nos pareció fantástico y así lo hicimos. Estuvo encantada y de regreso nos contó sus aventuras. Al igual que cuando era más chica, le gustaba dejar al grupo y se iba sola a recorrer la ciudad a la que llegaban.

Al terminar la preparatoria apenas tenía diecisiete años. Nos avisó que se iba a estudiar y a trabajar a Londres, Inglaterra, que le diéramos su pasaje de ida y vuelta y unos cuantos dólares, pues ya se había puesto en contacto con una de sus mejores amigas, Luz Paula, que estaba allá. La puso al tanto de lo que tenía que hacer y a dónde iba a vivir, así que para cuando nos lo comunicó, ya tenía todo armado y estaba lista para irse. Mi esposo y yo nos quedamos helados. Considerábamos que todavía estaba muy chica para irse sola, pero también pensamos que no teníamos por qué preocuparnos, pues estábamos seguros de la educación que le habíamos dado, y más aún sabiendo que era tan autosuficiente, así que decidimos dejarla ir.

Me fui con ella a México para acompañarla. En el aeropuerto, cuando nos despedimos para pasar a migración, la vi tan chiquita y me dio tanta ternura que me solté llorando, pero no me arrepentí en ningún momento de que se hubiera ido; estaba segura de que le iría muy bien y de que lo gozaría.

Nos habló en cuanto llegó y después pasaron varios días para saber de ella; la muy sinvergüenza casi no nos escribía, y muy, pero muy de vez en cuando, nos hablaba. Por supuesto, yo estaba desesperada porque me hubiera gustado saber de ella más seguido. Me consolaba con el dicho aquel: "No news, good news", así ha sido siempre nuestra hija: bastante desprendida.

Cuando fui a dejar a Gabriela y estuve en casa de Ana, me dio mucha pena ver a Titina (hija mayor de mi hermana) con su bebé de unos cuantos meses de nacido; era madre soltera. Mi hermana estaba furiosa con ella, con toda razón.

—Oye, Titina ¿por qué no te vas a vivir con nosotros a Villahermosa? Con todo cariño les damos a ti y al bebé casa, comida y trabajo para ti en el colegio, así no sientes que eres una carga más para tu mamá, y ahora que mi hija se fue de viaje, me voy a sentir muy sola, tú puedes acompañarme. Piénsalo, sé que será bueno para ti y para el bebé.

No lo pensó dos veces, de inmediato me tomó la palabra y se vino

para acá. Metimos a Bruno a una guardería magnífica, donde el niño estaba muy bien atendido, y ella tenía tiempo para trabajar como maestra de actividades artísticas en el colegio. Estuvo con nosotros casi un año. Yo la disfruté mucho, pues era una gran compañía para mí, nos hicimos buenas amigas, platicábamos mucho, salíamos juntas a todos lados, y tanto mi esposo como yo nos encariñamos muchísimo con ella y con el niño.

Después de siete meses de que se había ido Gabriela de viaje, un día, como a las cinco de la mañana, sonó el teléfono. Era ella deshecha en llanto. Al oírla me lleve un susto tremendo, de inmediato pensé que algo le había pasado. Me dijo que estaba bien, sólo que todavía no quería regresarse, pero, como había salido del país para ir de vacaciones por Europa, al regresar a Inglaterra la vieron sola, sin un centavo, le revisaron sus papeles y se dieron cuenta de que había estado trabajando. La detuvieron y la iban a regresar a México en ese momento, deportada. Ella les explicó que tenía su boleto de avión en Londres para su regreso, y le dieron unos cuantos días de plazo para que fuera a recoger sus cosas. Así lo hizo y subió al avión escoltada, temiendo que se regresara. Ni remedio, iba por un año y sólo estuvo siete meses; el tiempo que permaneció allá lo gozó y disfrutó mucho.

Nos fuimos Mayito y yo a buscarla a México, y para compensar un poco su tristeza nos la llevamos a Acapulco por varios días. Ella no lo conocía; era el colmo con todo lo que había viajado, por eso decidimos llevarla para convivir unos días con ella y que nos platicara sus aventuras.

Ese año mi esposo dejó la arquitectura —yo lo animé a que lo hiciera—, porque tenía muchísimos problemas para cobrar sus honorarios. Generalmente trabajaba en obras muy grandes para el gobierno, y la capacidad de su constructora no era como para aguantar sin cobrar dos o tres meses, pues los gastos continuaban y se veía en serios problemas económicos. Entonces se dedicó a lo que siempre le había gustado: a escribir y a la promoción cultural.

LA MUERTE DE MIS PADRES

Unos cuantos días después de haber regresado del viaje a Acapulco, me hablaron para decirme que mi papá estaba muy grave; no era hora para conseguir avión, así que Gabriela y yo nos fuimos en autobús. Llegamos en la mañana temprano, pero mi papá había fallecido en la madrugada. ¡Cómo me dolió su muerte!, lo que me consolaba era el recuerdo del padre que tuve la suerte de tener y pensar que ya había dejado de sufrir.

Mi mamá no aguantó la ausencia de papá; después de cincuenta y cuatro años de casados era muy difícil estar sin él. Luego de nueve meses de muerto mi padre, ella vino a la boda de Cristi (una de las hijas de Quiti), y una madrugada me avisó mi hermana que mi mamá acababa de morir de un paro cardíaco.

Su muerte me impactó mucho, primero porque fue repentina, y luego porque era la primera vez que veía a una persona muerta (a mi papá no lo quise ver). Tuve que ser fuerte. Mayito y yo nos encargamos de comprar la caja, hacer los trámites en la agencia funeraria y después, en la noche, fui al aeropuerto a embarcarla para México; allá la recibieron mis otras dos hermanas. Después de esto, siento menos temor a la muerte, pero jamás voy a un velorio y mucho menos a un entierro.

LA VIDA SIGUIÓ SU CURSO

Tal y como me lo habían pedido, para el ciclo escolar 87-88 se abrió el primer semestre de preparatoria. No tuve ningún problema para la incorporación, me la otorgaron bastante rápido, pues el colegio contaba con todas las instalaciones que se requerían; es más, también me otorgaron semestres discontinuos, de manera que se podían inscribir alumnos tanto en agosto como en enero. El primer semestre contábamos con una matrícula de dieciocho alumnos y, semestre con semestre, se fue incrementando.

Ahora sí se podía decir que el colegio era toda una institución completa, al contar con los cuatro niveles básicos de educación.

En ese entonces entró a trabajar un odontólogo que tenía experiencia en dar clases de biología y química en secundaria y preparatoria; era una persona tranquila, responsable y yo veía que los alumnos lo aceptaban muy bien. Tenía buen trato, era muy educado y respetuoso, así que se fue ganando mi confianza y le delegué lo relacionado con el bachillerato; era él quien trataba directamente con los profesores de estos niveles, se encargaba de elaborar los horarios de las diferentes materias, de los planes y programas, y representó mucha ayuda para mí.

Todo el año anterior padecí mucho por no tener el conocimiento para elaborar la documentación requerida, era algo nuevo para mí, y al no saber hacerlo, perdía mucho tiempo asesorándome aquí y allá. Estuve yendo por las tardes con una persona que sabía de esto para que me enseñara. Mi orgullo no me permitía ser una directora ignorante, así que trabajaba horas extras.

Dos meses antes de dar comienzo el ciclo escolar 89-90, se presentó una señora joven a pedirme trabajo como secretaria. Tenía mucha experiencia en el papeleo relacionado con secundaria y bachillerato, pues había trabajado varios años en una escuela como encargada del control escolar en esos niveles. Me vino como anillo al dedo y la contraté de inmediato. Nunca me imaginé que Yolanda se volvería mi brazo derecho; es una secretaria sumamente eficiente, no tenía que decirle las cosas dos veces, casi me leía el pensamiento, siempre estaba de buen humor y les tenía mucha paciencia a los padres de familia que, en ocasiones, eran bastante majaderos. Poco a poco le fui dejando la caja, pues es algo muy delicado, y más todavía cuando se mueven cantidades fuertes diariamente. Nunca jamás me faltó un solo centavo, era honrada a carta cabal, muy leal conmigo; aun con la diferencia de edad entre ella y yo, logramos una gran amistad, siempre me platicaba sus cosas. Viuda dos veces, se volvió mi confidente, al grado de que casi era ya la subdirectora, pues para todo

recurrían a Yoli, tanto el personal como los alumnos.

UN INTENTO DE RETIRO FRUSTRADO

Durante ese año, mi sobrino Paco (hijo mayor de Quiti), su esposa Marianela y yo tuvimos varias pláticas sobre mi posible retiro del colegio, pues en alguna ocasión comenté que ya me gustaría dejar de trabajar, pero que no me era posible porque no encontraba a la persona idónea para quedarse al frente del colegio. A ellos les interesó, pues Marianela es pasante en la licenciatura en ciencias de la educación, y Paco, aunque de carrera alejada de la docencia, ya había dado clases, como licenciado de ciencias políticas y administración pública. Sabían que el colegio era muy buen negocio, y más todavía con una buena cantidad de alumnos, muy reconocido y con buen prestigio; así que después de hablarlo y afinar detalles, llegamos a un acuerdo económico en relación con lo que yo percibiría mensualmente; cerramos el trato para que a partir del siguiente año ellos se hicieran cargo del colegio.

Por supuesto, les dije que no los dejaría solos de inmediato, si no que me quedaría los primeros meses para mostrarles el manejo del colegio y para echarles la mano con los padres de familia, para que no sintieran tan brusco el cambio de director y, más aún, para hacer el papeleo correspondiente ante las autoridades.

Al terminar el festival de fin de cursos, avisé a los padres de familia del cambio que se efectuaría para el siguiente ciclo escolar (89-90) y presenté a Paco como el nuevo director. Al ver las caras de los allí presentes, me di cuenta de que a muchos no les gustaba la idea de que ya no siguiera, pero les comenté que eran muchos años de trabajo y necesitaba descansar. Les aseguraba que el colegio quedaba en muy buenas manos, el futuro director era mi sobrino, así que pondría todo su empeño para seguir con el mismo sistema que hasta entonces teníamos. Al saber Miguel (el subdirector en ese entonces),

que yo no estaría al frente del colegio, prefirió renunciar después de cuatro años de labores conmigo. No le pedí que se quedara, pues Paco seguramente traería a su gente de confianza.

Al comenzar el nuevo ciclo escolar, hubo cambios, uno positivo y otro que no gustó nada. El positivo fue que se decidió contratar a personas ajenas al colegio que tuvieran vehículos adecuados para dar el servicio de transporte escolar, así el colegio ya no sería responsable; solamente pondría en contacto a los padres de familia con las personas que prestarían el servicio para que se entendieran directamente entre ellos (el mayor problema del colegio era el transporte).

Por supuesto, a uno de los choferes no le pareció, y de inmediato demandó al colegio y a mí. Pedía las perlas de la virgen, pues como tenía varios años de antigüedad, pensó que podía sacar lo que quisiera. Por fortuna, Paco se vio muy inteligente y ya iba pre-parado; en el primer citatorio en Conciliación y Arbitraje se llegó a un arreglo con el trabajador, y le propuso liquidarlo en ese momento. Sólo diez por ciento de lo que pretendía, estuvo de acuerdo, se firmaron los papeles y ahí se acabó todo. Al fin me deshice de una lacra tremenda que me había estado robando desde hacía quién sabe cuándo, pero como era muy listo, nunca pude pescarlo como al otro chofer.

El cambio que no gustó fue que el nuevo director quiso ser demasiado estricto, casi convertir al colegio en militarizado, sobre todo porque los alumnos estaban acostumbrados a tener libertad de expresión y nunca se les trataba duramente.

Había detalles, como traer siempre un altavoz y un silbato para llamar la atención al alumnado y dar órdenes, que propiciaban un ambiente muy tenso, ya no había esa cordialidad entre el personal y la Dirección, todo era muy solemne, había que hacer cita para hablar con el director; los padres ya no tenían la confianza de antes y eso causaba mucho descontento.

Un día, a los dos meses de haber comenzado el curso, uno de los alumnos de secundaria hizo alguna travesura y el director lo mandó llamar. Para reprenderlo, sin pensarlo siquiera, con el silbato que

traía colgado al cuello le dio un pequeño golpe en la cabeza, con tan mala suerte, que se le hizo una herida minúscula, pero empezó a sangrar muchísimo. Al día siguiente le llegó a Paco un citatorio para que se presentara en el Ministerio Público, porque el papá del alumno golpeado lo demandó y pedía la destitución de su cargo de inmediato, de lo contrario haría un escándalo en la prensa para desprestigiar al colegio.

Cuando sucedió este incidente, no sé por qué yo no había asistido al colegio y no sabía nada de lo ocurrido. Grande fue mi sorpresa cuando en la noche vinieron a la casa Paco y Nela para decirme lo que había pasado, y que por tal motivo preferían no continuar para no causar un problema mayor. Acepté su renuncia, pues no se iba a echar por tierra el prestigio y trabajo de tantos años.

Yo casi terminaba de elaborar la documentación para entregarla a las autoridades escolares, así que debí hacer todo de nueva cuenta y volver a tomar mi puesto como si nada hubiera pasado. Esa noche me sentí muy triste, porque estaba muy confiada en que ellos lo harían bien. Sé lo responsables que son y les agradecí su sinceridad y honestidad por no seguir al frente del colegio. A mí me causó gran decepción sentir que mi retiro estaba todavía muy lejos. Ya me había hecho la ilusión de que dejaría de trabajar. Ni modo, se hizo el intento, pero no se logró.

Al día siguiente, a la hora de la entrada, se llevaron una gran sorpresa los alumnos, el personal docente y el de intendencia al oír mi voz por el micrófono dándoles los buenos días; luego les comuniqué que volvía a mi puesto, a ser la directora nuevamente. Se hizo un escándalo enorme, me aplaudieron, me echaron porras y gritaban: "¡Viva la miss Chofi!", parecía que me había ausentado por años. Volví a tomar las riendas del colegio como de costumbre. Ni remedio, mi retiro iba a tener que esperar, por lo visto todavía no era el tiempo para hacerlo.

UN CICLO ESCOLAR MUY TRÁGICO

Durante los dos primeros meses del ciclo escolar, por primera vez en toda la historia del colegio hubo dos muertes trágicas que lamentar entre los alumnos. La primera fue de una chica del primer semestre de preparatoria que se ahogó al atorársele en la garganta un huesito de pollo cuando estaba comiendo. A mí me impactó muchísimo, pues nunca habíamos vivido una situación tan dolorosa, sobre todo tratándose de una muchachita de sólo diecisiete años, y para colmo hija única. Yo le daba clases y el día anterior estuvo conmigo. Me acuerdo muy bien que se quedó un rato después para que le explicara lo que no había entendido.

Se organizaron los alumnos con los maestros para ir a su casa, donde la velaron. Yo definitivamente me negué a ir, no podía pre-senciar tanto dolor. Me sentía muy alterada y nerviosa; esperé unos días para ver a los papás de Janet, pero fue terrible verlos tan des-trozados; no supe qué decirles, se me puso la mente en blanco, lo único que pude hacer fue abrazarlos y darles un beso a cada uno.

La otra muerte fue a los quince días de la anterior. Nos avisaron que un alumno de tercero de secundaria se había suicidado; se dio un tiro en la cabeza con la pistola de su abuelo, que era miembro de la policía. No podía creer que un chico de tan corta edad tuviera tantos problemas como para quitarse la vida; fue terriblemente impresionante para mí; Ismael ya tenía varios años estudiando en el colegio, se veía un muchacho como cualquier otro, travieso, simpático, muy parlanchín. Su abuelo lo traía y lo llevaba todos los días, habíamos hecho una buena amistad.

Yo pensaba mucho en su madre, el dolor tan grande por el que debía estar pasando, no me hubiera gustado para nada estar en sus zapatos; pobrecita, supe que estaba destrozada. Lo mismo sus abuelos, pues era su adoración: su único nieto; ella estaba divorciada y vivía con sus padres, también hija única.

No pude ir a verla de inmediato, preferí dejar pasar un tiempo

para darle el pésame, yo estaba verdaderamente conmovida. Me dolieron mucho esas dos muertes tan trágicas.

Pero la vida continúa, y en ese año también hubo alegría, pues egresaba la primera generación de preparatoria. Entre los padres de familia y los alumnos graduados organizaron los festejos: mandaron decir una misa y contrataron dos salones del hotel Calinda para la cena-baile. Me emocioné mucho cuando los despedí, pues ya no eran unos muchachitos, sino jóvenes que seguramente irían a la universidad; con sólo pensarlo, me daba mucho orgullo saber que tal vez yo formé parte de su vida en algún momento.

NUESTRA HIJA ENTRA A ESTUDIOS SUPERIORES

Después de que Gabriela regresó de Europa, en julio de 1988, se quedó el resto del año en casa. Como estaba todavía Titina y su hijito viviendo con nosotros, las dos se llevaban muy bien y se hicieron muy amigas, todo el tiempo estaban en gran cotorreo. Para que estuviera ocupada mientras entraba a estudiar, le pedí que diera la clase de inglés a los niños de primero de primaria y así se ganaba unos centavos. Por supuesto que lo aceptó de muy buen grado. Gocé mucho esos meses a las dos, especialmente a mi hija, pues la volví a tener cerca, aunque ya sabía que muy pronto se volvería a ir; ahora a estudios superiores. En enero de 1989 decidió estudiar ciencias de la comunicación en el Tecnológico de Monterrey, pero no quisimos que se fuera tan lejos y preferimos que estuviera en el campus de Cuernavaca, Morelos.

Mi esposo y yo la fuimos a dejar y le pedimos a Alberto (primo de Mayito), que radica allá, que fuera su tutor, pues era un requisito que exigía la universidad. Muy amablemente, aunque teníamos años de no vernos, aceptó. También fuimos para ver dónde se hospedaría, y le encontramos una casa muy cerca del campus. Allí estuvo dos semestres, y para el tercero empezó con la terquedad de querer vivir

en la ciudad de México.

No nos gustó la idea para nada, pues no queríamos que radicara ahí, pero ni modo; cuando nuestra hija decide algo, no sé cómo le hace, pero se sale con la suya. Se hizo lo que ella deseaba. Cuando se cambió al campus ciudad de México, muy cerca de Xochimilco, no sabíamos dónde se hospedaría.

Ese año mi hermana Ana andaba muy mal económicamente, pues ya había dejado el negocio de diseño y mantenimiento de jardines al que se había dedicado por varios años; así que tanto Quiti como yo, le sugerimos que para ayudarse económicamente, les diera hospedaje a tres de sus hijos (Cristóbal, Rocío y Álvaro) y a mi hija. Titina se había casado, y Claudia (otra de las hijas de Ana) estaba por hacerlo; así que tendría lugar para ellos. Le pareció bien, y en una recámara se quedaban Rocío y Gabriela, y en uno de los dos cuartos que apenas habían construido en la azotea, Cristóbal y Álvaro.

Transcurrió el semestre y, al finalizar, Gabriela nos dijo que ya no quería estar ahí, así que le hablé a mi amiga Luz, mamá de Luz Paula, la chica con quien se había ido nuestra hija a Londres, para ver si era posible que le diera hospedaje. Ni siquiera lo pensó, me dijo que sí, que por ella encantada; la recibiría con mucho gusto, ya que la quieren mucho tanto ella como sus hijas (Luz Paula, Verónica y Jimena). Lo difícil fue que ellas viven en Polanco, al otro extremo de la ciudad, pero era la solución para que tuviera dónde vivir. La recibieron con mucho cariño y se la pasó muy bien el tiempo que estuvo con ellas. Yo sentía horrible al pensar que andaba en peseras para transportarse de un lado a otro; varias veces a la semana tenía clases en la tarde, y eso me daba mucho miedo. En cuanto vendí el camión que todavía me quedaba, le compré un Volkswagen sedán del año (1991).

Mayito estaba en México porque había ido a ver a su mamá, así que sin pensarlo mucho me fui con el chofer de mi sobrina Cristi (otra hija de Quiti) a llevarle el coche a Gabriela. Llegué directamente a casa de mi tía Leonor (mi suegra), toqué el claxon como lo hacen

los De Lille, y mi esposo se sorprendió mucho al oírlo. Se asomó al balcón y vio que era yo en un coche que no conocía. Bajó corriendo a recibirme y le expliqué lo que había hecho. Le pareció muy bien, así que nos fuimos por Gabriela. Nos presentamos en el Tecnológico a la hora de la salida. Cuando nos vio, le dio mucho gusto, nos abrazó y besó, pero se quedó muy extrañada de vernos ahí. Entonces nos preguntó:

—Y tú, mami, ¿cuándo llegaste? ¿A qué vinieron?, ¿pasó algo?

—No, nada, mi hijita —le contestó su papá—. Tu mamá vino a ver a tu abuela, así que aprovechamos para venir por ti.

Cuando salimos a la calle nos preguntó:

—¿En qué vinieron?

—En ese vocho blanco.

—¿De quién es?

—A ver, ve a nombre de quién está la tarjeta de circulación.

La leyó y se puso a dar de brincos, luego se soltó llorando; no podía creer que era suyo. Nos comentó que pensó que se lo trajimos a Rocío (su prima), pero nunca pasó por su cabeza que fuera para ella.

Creo que a mí me dio más gusto que a ella, pues tan sólo al pensar que ya no necesitaría viajar en peseras, sino que tendría la comodidad de su propio vehículo, significaba una gran tranquilidad para mí.

También vivió con su abuela Noni (así le decían todos los nietos). Luego, con unas amigas; en fin, cambiaba de domicilio con mucha frecuencia.

Al término de cada semestre, en las vacaciones de fin de año y Semana Santa, la pasaba con nosotros, y era cuando nos platicaba de sus galanes. A mí me hacía mucha gracia que cada vez que te-nía uno, siempre decía: “Es el hombre de mi vida”. Tanto a mi esposo como a mí nos daba mucho gusto la confianza que nos tenía al platicarnos sus cosas. Nos comentaba que salía con frecuencia de la ciudad a pasear con las y los amigos, nunca nos mentía, por eso le teníamos toda la confianza del mundo.

Yo la veía feliz, muy desenvuelta y segura de sí misma, como

siempre; por fortuna, con el coche nunca tuvo ningún problema ni accidente grave que lamentar; el que ella supiera manejarse sola nos daba mucha tranquilidad.

Acabamos rentándole un minidepartamento (de veinticuatro metros cuadrados) en el mismo edificio donde vivía Rocío, en la calle de Puebla, colonia Roma; con una recámara de nueve metros cuadrados, un baño pequeño (la ventaja es que ella es chiquita y menudita) sala-comedor de igual medida que la recámara, una cocina y un cajón de estacionamiento. No tenía espacio para casi nada, el clóset era, como todo el departamento, minúsculo, así que le mandamos hacer un clóset en la estancia, aunque ésta se redujera más, y un mueble como alacena. Nos causaba mucha gracia cuando veíamos el coche lleno de cosas, era su cocheclóset. El tamaño del departamento era lo de menos, lo importante fue que ya tenía su propio espacio para dejar de andar del tingo al tango.

Después decidió cambiar de carrera y entró a la Universidad de las Américas, que le quedaba muy cerca, pero no le gustó, porque no era lo que ella esperaba. Entonces su papá le puso un límite, porque económicamente era muy difícil para nosotros. Le dijo que si seguía así, sin definir lo que realmente quería, ya no se le pagaría más universidad particular, así que si quería estudiar, sería en la Universidad Nacional Autónoma de México o aquí, en la única universidad que había en ese entonces en Tabasco.

Sentí horrible y estuve a punto de mandarle dinero para que retomara la carrera en el Tecnológico de Monterrey, pero luego pensé que debía sostener la advertencia que le había hecho su papá; no le restaría autoridad. Ni remedio, ella no puso de su parte, así que me aguanté y no lo hice. Después reflexioné y me di cuenta de que por nuestra parte no había quedado, le habíamos dado todo lo que había querido, creo que demasiado; la consentimos mucho.

Dijo que se quería quedar en México porque iba a trabajar y también a estudiar italiano en el Instituto Dante Alighieri. Estuvimos de acuerdo, respetamos su decisión y, por supuesto, le seguimos

pagando la renta del departamento y mandando su mensualidad, como de costumbre, hasta poco antes de casarse.

MI VIDA EN EL COLEGIO

El colegio seguía funcionando con los problemas normales, ya fuera con el personal, con los padres de familia, económicos o con el alumnado. A los alumnos de preparatoria era necesario tratarlos de otra manera, pues, debido a su edad, los muchachos tenían muchos intereses, como su sexualidad, por ejemplo. Teníamos que estar en constante vigilancia, ya que al ser el colegio mixto, no se podía evitar que entre ellos existieran los noviazgos, y más en un lugar como el colegio, con grandes espacios abiertos y a orillas de la laguna, así que la prefecta debía estar haciendo rondas constantemente por todos lados. Hubo veces en que no entraban a clase por estar echando novio, por tal motivo se les hablaba sin tapujos sobre el sexo y les decía, entre broma y broma, que no quería “hijos de las Golondrinas”.

Otro problema se generaba porque algunos muchachos ya venían en su carro al colegio. Un día, en hora de clases, uno de los maestros me avisó que siete alumnos no habían entrado a su clase, pero sí a clases anteriores. De inmediato me puse a investigar y no faltó quien me dijera que se habían ido en el carro de uno de ellos; se escaparon por la parte que daba a la laguna y por eso el portero no los vio salir.

Al día siguiente, cuando estaban todos en clase, fui de salón en salón, pidiéndole a cada uno de los alumnos que llevaba coche (sabía quiénes eran), que me entregaran las llaves. Al terminar las clases podrían recogerlas en la subdirección, con Yoli. Les comuniqué que esa regla se aplicaría a partir de ese momento, porque no quería ningún accidente que lamentar fuera del colegio durante el horario de clases, ya que todos ellos eran mi responsabilidad mientras estuvieran bajo la custodia del colegio. A muchos no les gustó el nuevo reglamento, lo sentí mucho, pero a mí me dio tranquilidad,

no quería exponerme a tener un dolor de cabeza.

En otra ocasión, cuando estábamos todos en clase, se escuchó una explosión durísima, como si hubieran echado una bomba. Todo el edificio se cimbró y hubo varios vidrios rotos. Afortunadamente no hubo ningún lesionado.

Salimos a ver qué había pasado, y resultó que los de prepa pusieron varios cohetones, de esos que llaman palomas (de las grandes), dentro de un bote y luego lo metieron a uno de los escusados del baño de hombres y los detonaron. Por supuesto, el baño se hizo pedazos.

De inmediato subí al área de preparatoria a preguntar quién había sido y nadie quiso hablar. No lo pensé mucho y les dije:

—De acuerdo, no quieren hablar porque son muy buenos amigos y no delatarían a sus compañeros. Está bien, admiro su lealtad, pero se va a hacer un presupuesto de los daños ocasionados y todos los alumnos de preparatoria, sin excepción, costearán en partes iguales la reparación; si no lo hacen de inmediato, se irán expulsados hasta que quede reparado el daño.

Se hizo un gran silencio. Me retiré a mi oficina. No habían pasado ni cinco minutos, cuando Yoli me avisó que había una comisión de alumnos de quinto y sexto semestre de preparatoria que quería hablar conmigo.

—¿Qué se les ofrece?

Uno de ellos tomó la palabra:

—Miss Chofi, venimos a decirle quiénes provocaron la explosión, pero no diga que nosotros los delatamos; si no lo dijimos antes fue porque no queríamos vernos como traidores, pero no debe ser que “paguen justos por pecadores”. Fueron tres varones del primer semestre.

—De acuerdo, pero ¿cómo lo pueden probar? Y yo, ¿cómo puedo actuar en contra de ellos, si no quieren que se sepa quién los delató? Si no quieren salir todos perjudicados, deben tener valor civil y decir quiénes fueron y cómo lo supieron.

Se voltearon a ver entre ellos y el cabecilla dijo:

—Tiene razón, maestra. En la mañana temprano, a la hora de la entrada, vi a tres en el pasillo que les presumían a las chamacas unas palomas que habían traído. Alcancé a escuchar lo que estaban tramando, pero pensé que era broma. Hasta se lo comenté a mis compañeros, pero nunca imaginamos que lo harían.

—Bueno, entonces vamos para arriba, y delante de todos, me re-pites lo que acabas de decir. En el momento en que acepten su culpa, se retira el castigo para todos los demás, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, vamos.

Subimos y se hizo un silencio sepulcral. Mandé llamar a los presuntos terroristas y salieron de su salón, calladitos, como perritos con la cola entre las patas. Les pregunté:

—¿Fueron ustedes los que provocaron la explosión?

Entonces, como en cascada, empezaron a hablar, sobre todo las chamacas con las que los vieron en la mañana.

—¿Qué me dicen a eso?

No contestaron ni una palabra, así que les ordené que bajaran a mi oficina de inmediato. Parecían corderitos que iban al matadero. Le pedí a mi secretaria que localizara a los padres de cada uno de ellos y les dijera que me urgía hablarles, que vinieran por favor a buscarlos personalmente, de lo contrario, no los dejaría ir.

Efectivamente, llegaron los papás. Uno de ellos le dio tremenda bofetada al chamaco, que me dejó helada; otro, como que dudaba de lo que les estaba diciendo, pero el chico confesó, y el señor no tuvo más que aceptar; el otro no, ése se puso a defender a su angelito, pero le expuse el peligro en que habían puesto a toda la gente del plantel. También el muchacho aceptó que sí, que ya lo tenían planeado desde hacía varios días. Les dije a los papás que se tenían que reparar los daños o, de lo contrario, aparte de expulsarlos definitivamente, levantaría un acta en el Ministerio Público por daños y perjuicios.

Después de lo que les dije, contestaron que ni remedio, que se hacían cargo de todo. Así lo hicieron, no sé cuanto les habrá costa-

do la bromita a cada uno de sus hijitos, pero todo quedó arreglado después de varios días.

Durante el semestre estuve platicando con los alumnos de sexto que se iban a graduar, para hacerles ver que sería mucho mejor irse de viaje unos días para festejarlo que hacer una fiesta que sólo duraba un rato; el gasto sería igual, pero el viaje lo disfrutaban más tiempo y convivirían con sus compañeros, porque tal vez iba a ser difícil que se volvieran a juntar.

Les pareció muy buena la idea, y faltando un mes para la graduación me dijeron:

—Ya lo platicamos con nuestros papás y están de acuerdo en lo del viaje, pero sólo nos dan permiso si va con nosotros. ¿Cómo la ve?, ¿verdad que sí contamos con usted? Le prometemos portarnos muy bien. Queremos ir a Cancún; es más, la tía de una de las compañeras trabaja en una agencia de viajes y ya nos investigó el hotel al que podemos ir, y por tratarse de un grupo, hasta nos hacen descuento. Sería por una semana, en junio, porque después es temporada alta y cuesta mucho más. Díganos que sí, miss Chofi, porque fue idea suya y nuestros papás solamente confían en usted.

—De acuerdo, voy con ustedes. ¿Cuántos van a ir y en qué fecha salimos? Tengo que saberlo para arreglar todo en el colegio, pues es una semana la que estaré ausente.

—La fecha ya está, es dentro de una semana y somos diecisiete, nueve chavos y ocho chavas cuyos papás están de acuerdo y tienen su permiso. Sólo esperábamos su respuesta para que hoy mismo nos hagan las reservaciones y compremos los boletos del autobús.

Me fui con ellos. En verdad fueron unos días fabulosos, la pasamos de maravilla. Se reservaron cuatro cuartos dobles con cocineta y uno sencillo, se repartieron las mujeres en dos cuartos, y como los hombres no eran pares, uno de ellos se quedó conmigo, en el cuarto sencillo. No le dio pena, al contrario, estaba encantado porque era bastante tímido y casi siempre le hacían bromas, a veces algo pesadas.

Cuando llegamos al hotel, le pedí a los de la administración que nos dieran cuartos comunicados entre sí para vigilarlos más. Después de instalados, como iban todos muy cortos de dinero, nos fuimos al supermercado a comprar víveres para los desayunos y las cenas. Se sorteaban para preparar los alimentos. Por supuesto, yo no entraba en la rifa. Comíamos en el mercado, por cierto muy sabroso; en las tardes unos jugaban cartas, otros dominó y también maratón (juego de preguntas sobre conocimientos generales) que, por cierto, llevé yo. Nos divertíamos mucho. Otras veces salíamos a las plazas a ver, pues casi nadie llevaba dinero; las cha-macas se compraban alguna chuchería, porque todos preferían ahorrar para ir a la disco en la noche. Yo iba con ellos, no los dejaba solos para nada, bailaba al parejo de ellos y nos tomábamos una que otra cerveza. Un día se me ocurrió decirles que ya era mucho ir a la disco, que mejor esa noche nos quedáramos en la terraza del hotel a preparar un fondue, con una copa de vino y a hacer algún juego, una dinámica de grupo, o simplemente a platicar. Les pareció el cambio, y la pasamos tan bien que nos dieron las cuatro de la mañana platicando. Ya todos en confianza, empezaron a hablar de sus problemas personales, y a mí me pedían que los aconsejara; fue una velada inolvidable, tanto para ellos como para mí; la confianza que me tenían me hizo sentir muy bien.

Llegaron tan contentos del viaje, que a todo mundo le platicaban de él. Al año siguiente volví a irme con otro grupo, y se fue haciendo costumbre hacer viaje en lugar de fiesta.

Y nunca había un día igual a otro.

Una mañana, a la hora del recreo, llegué a la oficina una comitiva enorme de alumnos de segundo de primaria. Venían escoltando a una pobre chiquita que lloraba a gritos, pues tenía la lengua enorme, hinchadísima, al grado de que no podía cerrar la boca. Me espanté mucho, no sabía qué le había pasado ni qué hacer con ella. En eso estábamos, cuando Aristeo, uno de los conserjes, nos dijo:

—Eso'e un piquete de avijpa, que chupe bajtante hielo y con eso se le va a bajá rápido, yo sé lo que te digo, eso hacemoj en el cam-

po cuando noj llega a pasá, de seguro que se paró el animal en la paleta que estaba lambiando, y cuando se la metió a la boca, ahí jue cuando la picó. No te apurej, no ej peligroso, pero duele harto.

El resto de la mañana la tuvimos en la oficina chupe y chupe hielo y, efectivamente, al rato se le bajó la hinchazón. Para la ho-ra de la salida estaba bien, aunque un poco adolorida.

Para el fin de cursos del ciclo 91-92, celebramos los treinta años de la fundación del colegio. Esta vez, por suerte, me prestaron el teatro Esperanza Iris (teatro del estado y el más grande de Villahermosa), y digo por suerte, porque no lo alquilaban ni prestaban para este tipo de eventos. Gracias a las relaciones de mi esposo, que en ese entonces trabajaba en Difusión Cultural del Ayuntamiento del Centro, lo consiguió, así como la marimba y tamborileros del estado. Yo, por mi parte, fui a ver a Juan Torres, director del Ballet Folclórico del estado con quien tengo buena relación, y muy amablemente me dijo que contara con ellos. Los alumnos de secundaria tomaron parte con una obra de teatro, los de primaria con una poesía coral, y un padre de familia que era pianista también participó. El maestro de ceremonias fue otro padre que es locutor, y aunque sus hijas ya habían terminado sus estudios en el colegio, lo invité y aceptó con mucho gusto. Se armó un programa muy bonito, muy completo y todo gratuito, eso fue lo mejor.

Fue un evento muy emotivo. Invité a las autoridades, como al secretario de Educación, al director del Colegio de Bachilleres, al supervisor de secundaria, a la supervisora de primaria y a la de jardín de niños, también a Clarita, la primera subdirectora; asistieron casi todos, fue un día inolvidable para mí.

Al tomar la palabra para dar las gracias por su presencia a las autoridades y hacer una breve semblanza del colegio, me acuerdo muy bien que se me quebró la voz cuando mencioné que mi padre ya no estaba entre nosotros, y que le hubiera gustado ver a los graduados de preparatoria, pues los alumnos, como lo estimaban mucho, me pidieron que lo mencionara para tenerlo presente en tan importante ocasión para ellos y para mí, pues eran ya treinta

años ininterrumpidos de trabajo, con mucho entusiasmo, casi como en el primer día en que se fundó como jardín de niños solamente.

MI MATRIMONIO TIENE PROBLEMAS COMO NUNCA ANTES

Me causó gran alegría y felicidad regalarle a mi esposo un carro nuevo, un Jetta 1992, para su cumpleaños y nuestro trigésimo primer aniversario. Le compré ese modelo porque mi sobrina tenía uno, y cuando él lo manejó, le gustó mucho. Recuerdo muy bien que cuando me lo entregaron en la agencia, me acompañaba Cristi mi sobrina, y nos fuimos voladas a llevárselo, pues yo estaba tan ansiosa de que lo viera, que no pude esperar hasta la hora de su regreso a casa. Quise darle la sorpresa inmediatamente, pero en ese momento él estaba en un encuentro de escritores. Lo mandé llamar y salió medio molesto porque lo interrumpí; yo, muy emocionada, con una sonrisa de oreja a oreja y muy nerviosa le dije:

—Mira, mi amor, ¿qué te parece el coche, te gusta?

Se le quedó viendo y me dijo:

—Sí, ya te lo había comentado. Estoy ocupado, ¿qué se te ofrece?

—A mí nada, tan sólo te lo vengo a enseñar: es tuyo, te lo acabo de comprar.

—¿Cómo?, ¿no es el de Cristi?, porque es igualito.

—Así es, pero éste es tuyo.

Se quedó mudo y luego me dijo:

—Perdóname, no me di cuenta de que era nuevo. Nada más termino y me voy de inmediato para la casa.

Después de un rato llegó, estaba feliz con su carro, pues en ese entonces tenía un Cordoba ya viejo, que fue con el que yo me quedé.

Relato esta anécdota porque fue el inicio de una serie de mentiras y decepciones. Nunca olvidaré que, en el puente del 5 de febrero del año siguiente, mi amoroso marido estrenó su carro en carretera

llevándose a una amiga a San Cristóbal de las Casas. Lo que me decepcionó fue que me inventara que iba a un encuentro de escritores con varios compañeros, entre ellos un médico también escritor. Me quedé muy tranquila, y como yo tampoco tenía trabajo en esos días, me servía de descanso.

¡Cuál no sería mi sorpresa cuando, en esos días, habló el médico-escritor para preguntar por mi esposo!

—¿Qué no fuiste al encuentro en San Cristóbal?

—No, que yo sepa no hay ningún encuentro, pero dile por favor que me llame cuando llegue.

No podía creer que mi esposo me hubiera mentido, pues nunca lo había hecho antes. Si algo había tenido siempre, era ser muy veraz. En ese momento empecé a atar cabos, pues venía notando actitudes extrañas en él. Por ejemplo, casi diario llegaba tardísimo y me decía que se había ido con los escritores al café de la Alianza, o que se habían quedado chachalakeando sin darse cuenta de la hora; en fin, que siempre tenía una excusa, y yo, hasta ahora, no había caído en la cuenta de nada.

Pasaron los días y no veía la hora de que llegara. Estaba tan decepcionada, que necesitaba que me aclarara todo. Cuando llega, cariñosísimo, diciéndome que todo había estado muy bien, muy interesante (por supuesto, superbien el encuentro), le pregunté:

—Por fin, ¿quiénes fueron?

Y me contesta tranquilamente:

—Los que te dije.

—¡Ah!, pues qué raro que te haya hablado Gonzalo, ¿no era uno de los que se fueron contigo? ¿Sabes qué, Mayito?, mejor dime qué esta pasando, ¿por qué me mentiste, si nunca lo habías hecho? Habla, te escucho.

—Bueno, no te lo quise decir porque sabía que te ibas a molestar, y no me imaginé que me fueran a hablar. Sí, me fui con una mu-chacha con la que estoy teniendo relaciones, es una alumna del taller literario que estoy dando. Tiene treinta y dos años y se llama Guadalupe, no la conoces. Es más, el día quince es su cumpleaños

y va a hacer una reunión en su casa, en Macuspana, nos invita, así que, si quieres, vamos y te la presento.

—Sí, cómo no, vamos —le contesté.

Por supuesto que no fuimos.

En ese momento me dio mucha rabia que me mintiera, pues nuestro matrimonio no era nada convencional, al contrario, nos salimos de los cánones establecidos y siempre había existido con-fianza y sinceridad, podíamos hablar de cualquier tema. Cuántas veces le comentaba que si equis señor me floreaba o que si me echaba los perros, o él me hacía algún comentario similar, y hasta lo tomábamos a broma, en fin, no había secretos entre nosotros. ¿Cómo no estar decepcionada, enojada y con una gran tristeza?

Pasó un tiempo, y recuerdo que me invitó a la lectura de obra de no sé quién en la galería de arte el Jaguar Despertado y ahí estaba la bendita mujer. Me la presentó y me quedé impactada por lo fea y poco femenina que es, y más todavía por cómo iba vestida, con un chalequito de lo más ridículo, muy hombruna. Me sorprendió mucho que a él le gustara, pues siempre me decía que lo que más le atraía de una mujer era su feminidad, en fin, como dicen por ahí, ha de tener “su no sé qué, que qué sé yo”. Le hice el comentario a mi marido:

—Oye, se parece al payaso Pirrín con su chaleco; la verdad, no sé qué le viste.

El sólo se rió y no me contestó nada.

Así fueron pasando los meses y él seguía igual, sólo que ahora ya me avisaba si iba a llegar tarde. Mentiría si dijera que no me importaba la relación de mi esposo con esa mujer. Por supuesto que me molestaba, y tenía algo que nunca había sentido antes: celos, porque en primer lugar él estaba encampanadísimo y nuestras relaciones sexuales ya no eran con la frecuencia que solíamos tenerlas.

Él trataba de ser el mismo, pero algo había, no sé explicar qué. Sentía que ya no era igual. No podía evitar compararme con ella, sobre todo por su juventud; sabía que eso era lo que más le atraía

a mi marido. Lógico, él sólo es mayor que ella veinticinco años y el ego es muy grande, a los cincuenta y siete años tenía que reafirmar su virilidad.

En una ocasión, platicando en la intimidad, me dijo mi esposo, no sé si para tantear el terreno o si era sólo un comentario:

—¿Sabes, hija, lo que me pidió Guadalupe? Quiere tener un hijo conmigo.

Me quedé impactada y le advertí seriamente:

—Pues tú sabrás lo que haces, nada más te pido que te cuides y ve que ella también lo haga. Recuerda que la estéril soy yo; si eso llegara a suceder, hasta ahí llegó nuestro matrimonio, porque sería muy doloroso para mí —nadie mejor que tú lo sabe—, así que piénsalo muy bien y cuídense.

Solíamos tener muchos disgustos frecuentemente, siempre por lo mismo, pues me sentía muy insegura y temerosa. ¡Cómo me dio coraje el día que, después de que platicó con Paloma (su hermana), me salió con que yo no aceptaba la relación porque ya no existía el paralelismo! Me cayó en el hígado la dichosa palabrita, y es que no es nada fácil comprender, cuando ya no se es una jovencita, sino una mujer de cincuenta y cinco años que ha vivido un matrimonio unido, con mucha comprensión, y que ha luchado a brazo partido junto con su compañero para salir adelante, que por una calentura se venga abajo todo. No me cabía en la cabeza, pero eso él no lo comprendía, estaba ciego.

Así fue pasando el tiempo durante ese año, con muchos altibajos. Emocionalmente yo estaba muy mal, pues no hablaba con nadie de mis sentimientos, solamente con Paco, mi cuñado, que era mi paño de lágrimas, mi confidente, mi amigo, y de quien siempre recibía palabras de aliento y consuelo cuando recurría a él. Invariablemente me decía: “No te preocupes, ya se le va a pasar. Es calentura de un rato, no creo que Mayito sea tan tonto como para embarcarse en tener un hijo a estas alturas, y menos en desbaratar su matrimonio. Tú vales mucho, eres una gran mujer, él sabe lo que

lo quieres, debes aplicar lo que aprendiste en el análisis transaccional. No le des tanta importancia, para que no te hagas daño; aquí la única que la está pasando mal eres tú”.

Le conté de la famosa palabreja del paralelismo y me dijo: “No creo que tú no lo aceptes por eso. Lo que sucede es que después de haber vivido como ustedes lo habían hecho, pensabas que esto ya no les podía pasar, y menos el tener un hijo, pues la oportunidad la tuvo de joven. Te entiendo, estoy seguro de que él va a re-capacitar, pero ya no te atormentes más, no te hace nada bien”.

Después de hablar con él me sentía más tranquila, pero no era nada fácil andar por la vida con una piedra en el zapato todo el tiempo, era muy doloroso.

Lejos de que la relación de mi marido con esa mujer se fuera enfriando, se acrecentaba; él me hizo creer que habían terminado, pero no nació ayer, así que me daba cuenta de que nada había cambiado hasta por pequeños detalles: cosas que escribía, llamadas por teléfono, llegadas tarde porque, según él, estaba poniendo una obra de teatro...

Este problema me afectaba hasta en mi trabajo, pues aunque no quisiera, ya no era la mujer alegre y parlanchina de antes. Al contrario, me volví introvertida; no dejaba de trabajar, pues eso me ayudaba a no pensar en mis problemas personales.

¡Cómo me sentí humillada el día que me enviaron un anónimo al colegio! Cuando lo leí, no supe qué hacer. Me lastimó muchísimo, salí corriendo de la oficina, y sólo se me ocurrió subirme al despacho de mi esposo, en el tercer piso del edificio. No había nadie, necesitaba estar sola, no quería que nadie me viera llorar para no tener que dar explicaciones; ahí me quedé hasta tranquilizarme. Cuando llegó Mayito, se lo enseñé y me dijo: “No prestes atención a este tipo de cosas, son de gente muy baja que no gana nada. Lo hacen sólo por el placer de molestar”.

Posiblemente tenía razón, y cuando lo pensé detenidamente, lo ignoré, pero el mal rato que pasé nadie me lo podía quitar.

PROBLEMAS EN MI TRABAJO

Desde el inicio, el ciclo escolar 93-94 empezó a estar muy mal, ya que la inscripción bajó muchísimo en todos los niveles debido a los problemas que en ese momento estaba viviendo el país. A muchos les afectó la cuestión económica, y se vieron en la necesidad de cambiar a sus hijos a escuelas oficiales. Sin embargo, aun con las bajas que hubo, alcanzaba con lo que se percibía de las co-legiaturas, sólo que ya no quedaba la misma utilidad.

Desgraciadamente, muchos padres irresponsables que nunca faltan no hacían sus pagos a tiempo, y entonces me veía en serios problemas. Por supuesto, la nómina se pagaba puntual, a como diera lugar, pero para los demás servicios muchas veces no alcanzaba, como para el Seguro Social, que lo pagaba retrasado y me cobraban un mundo de intereses, y así seguía con el mismo gasto de todos los servicios que requería el colegio.

Fue una época muy dura para mí, vivía con la boca llena de herpes por los nervios, y como mi vida personal era muy inestable eso empeoraba la situación. No sé cómo le hice, pero salí adelante.

MI MATRIMONIO EN LA CUERDA FLOJA

En enero de 1994 me llamó Gabriela para decirme que tenía varicela, pero que no podía venir porque, como le dio tan fuerte, no la dejaban subir al avión. Entonces me fui a verla. Vivía sola en su departamento y yo le hacía mucha falta en esos momentos. Mi pobre hija estaba llena de granos en todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, y me quedé con ella hasta que estuvo bien; me hubiera gustado quedarme más tiempo, pero tenía que regresar al trabajo.

Para las vacaciones de Semana Santa, mi esposo me avisó que iría a pasar unos días a Jalapa, Veracruz, con una amiga nuestra a quien le tenemos mucho cariño. A mí se me hizo muy raro que se fuera

en esas fechas, ya que era la temporada en que venía nuestra hija de vacaciones. Cuando regresó, lo vi nervioso, preocupado, como que algo lo inquietaba. Pasaron los días, regresó Gabriela a México y nuestra vida siguió adelante.

Una mañana me levanté, y al ir a la cocina vi una tarjeta que asomaba de la agenda de Mayito y la saqué para acomodarla. No sé si la dejó así a propósito para que la leyera y no tener que decírmelo directamente, el caso es que había escrito que la mujer estaba embarazada y él muy confundido, por eso había ido a platicar con la Güera. Ella le había dicho que hiciera lo que su corazón le dijera; al leerlo, hasta la respiración se me fue. No lo podía creer. Ya lo habíamos hablado, y según él había terminado con ella; un engaño más. Me solté llorando con gran sentimiento. Pasaron unos cuantos minutos y él regresó de hacer ejercicio. Al verme, de inmediato se dio cuenta de que había leído la mentada tarjeta. Vi cómo le cambió el color, se puso blanco. Hecha una fie-ra, empecé a gritar. Ya no me acuerdo cuánta cosa le dije; él se quedó callado. Después de un rato, cuando me desahugué y más o menos me calmé, me dijo:

—Cálmate, déjame que te explique. Te juro que no supe cuándo pasó, ella me dijo que se estaba cuidando y le creí.

Temblando de rabia contesté:

—Todo lo que me digas es falso, lo único que veo es que eres un infeliz mentiroso y, como te lo advertí, esto se acabó, olvídate de que existo, no quiero verte.

Ese día no pude ir a trabajar. Me encerré en mi recámara a llorar desconsoladamente. Me preguntaba a mí misma: ¿por qué me hiciste esto Mayito, por qué me engañaste, en qué te fallé, no te pude dar un hijo, pero y nuestra hija qué? ¿No te diste cuenta en todos estos años de lo mucho que te amo? No encontraba el porqué, por más preguntas que me hacía. Así pasé el día, sin hablar con nadie. No salí de mi cuarto para nada. En la tarde logré calmarme y le hablé a Paco, pero no lo encontré, así que le hablé a mi sobrino Paco. Le pedí que viniera, necesitaba hablar con alguien; llegó con su esposa. Me encontraron con los ojos hinchadísimos, casi no podía abrirlos

de tanto llorar. Muy tiernos y cariñosos me estuvieron hablando y tranquilizando hasta ya entrada la madrugada. No sabía cómo darles las gracias, se habían portado lindísimos conmigo.

Al día siguiente me levanté todavía con los ojos hinchados, pero tenía que ir al colegio. En la subdirección notaron que algo me había pasado, pero no me dijeron nada. Me metí a mi privado y, después de un rato, avisé que saldría. Fui a la biblioteca donde trabajaba la mujer que se había entrometido en mi vida. Me dijeron dónde localizarla y pedí hablar con ella. Ahí estaba, en fachas, con el cabello casi sin peinar y mal pintado, una ropa de maternidad horrible, como ella, las uñas de las manos con el barniz rojo carcomido y con unas chancletas asquerosas. No parecía que estuviera en su trabajo, sino barriendo y trapeando su casa. Al verme se puso pálida; nunca se imaginó que era yo quien la buscaba. Ahí mismo le dije hasta de lo que se iba a morir. La muy estúpida atinó a decir:

—Es que me enamoré, pero a usted nunca quise hacerle daño. Mario la quiere mucho, por favor no lo vaya a dejar.

—Eres una oportunista y has actuado deliberadamente, un hijo no es una mascota.

Poco faltó para que la abofeteara. Después de haber descargado mi ira con todo lo que le dije, regresé al colegio mucho más tranquila. Sin embargo, no podía concentrarme en nada.

A la hora de la comida llegó mi marido, no quería ni verlo, mucho menos que se me acercara. Me pidió que habláramos.

—Está bien, te escucho.

—Quiero que sepas que nunca ha pasado por mi cabeza el dejarte; te quiero y te pido que lo pienses. Por lo menos hasta octubre que nazca el niño, vamos a tratar de vivir en armonía.

—Voy a tratar de hacer lo que me pides, pero no vuelvas a mentirme y, por lo pronto, no quiero saber nada de esa mujer. Por favor, aléjate de ella. Ya consiguió lo que quería, ¿qué más espera? Sé que no me vas a hacer caso, porque te conozco, por algo mi padre te decía el Yunque, pero haré lo posible por llevar la fiesta en paz,

como me dijo Paco: "Ignóralos, sólo tú eres la afectada, no permitas que esto te lastime más".

Pasaron los meses y llegó el día en que nació el niño. Me enteré de inmediato y fui a la casa del hermano de la mujer. Ahí estaba viviendo con el niño; quise verlo para cerciorarme de que se pareciera a mi marido. Efectivamente, era igualito a él. En ese momento sentí mucha ternura por el bebé, él no tenía la culpa de nada, pero a la vez se me despertó un gran coraje hacia los padres. La muy hipócrita me aseguró que ya no se veía con mi marido; por supuesto que no era cierto, yo mejor que nadie conozco a mi esposo, y sabía perfectamente lo que significaba ese hijo para él. Entonces le dije: "Estás mintiendo, no quieras verme la cara. Mejor vamos a tener una reunión los tres para poner los puntos sobre las íes. Te espero a las cinco de la tarde en el colegio, nos reuni-remos en mi oficina, yo me encargo de comunicárselo a mi marido". Así lo hice y nos vimos los tres en el lugar acordado.

Mi marido tenía la cara descajada, pues no se imaginó que yo hubiera propiciado un encuentro así. Ella estaba muy tranquila, claro; había logrado su objetivo. Hablamos para ver cómo vería a su hijo mi marido. Les propuse que fuera en mi casa, que incluso yo iría a buscarla para que él no lo hiciera. No quería que siguiera esa relación tan estrecha entre ellos, sino únicamente la del padre y el niño. Estuvieron de acuerdo y, efectivamente, así fue por un tiempo.

Luego, como iba a venir nuestra hija de vacaciones en Navidad, le dije a mi esposo: "Debes hablar con Gabriela para que le digas que tienes un hijo, porque yo no se lo voy a decir. Sería tremendo que se enterara por otro lado; deja pasar las fiestas para que no se las amargues".

Pasaron las fiestas y habló con ella. Estaba deshecha mi pobre hija; no sabía cómo consolarla. Le tenía un coraje inmenso a su papá, no quería ni verlo, mucho menos hablarle. A mí me dijo:

—Mamá, déjalo, no lo necesitas para nada. Eres autosuficiente económicamente, no es justo que te haga esto; te adoro y no quiero

que sufras por su causa, tú vales mucho.

—Sí, hija, lo sé, pero desafortunadamente todavía lo amo.

Regresó Gabriela a México, y cuando le hablaba por teléfono me decía: “Con mi papá no quiero hablar, no quiero saber nada de él”.

El acuerdo que habíamos tomado los tres, apenas nacido el niño, lo rompieron; eso me puso muy mal. Mayito me volvió a engañar. No pude más y se lo dije: “Ahora sí, hasta aquí llegamos”.

Lloraba todo el tiempo, no rendía en mi trabajo y, además había sido un año muy difícil. Una tarde que estaba desesperada, me fui a ver a Paco. Necesitaba hablar con alguien, me sentía desolada. Por fortuna estaba en su consultorio.

—Paco, ya no puedo más, las cosas siguen peor, no sé qué hacer, si dejarlo o seguir adelante, pero me estoy resquebrajando.

—¿Sabes qué, Chofita? —y eso fue lo único que alcanzó a decirme, pues en ese momento entró mi hermana, que seguramente había escuchado la conversación, y me dijo en un tono hiriente y medio burlón:

—¿No querías tener un hijo? Pues ya lo tienes, no sé por qué lloras.

Paco se puso furioso con ella y se quedaron discutiendo. Me salí peor de como había llegado, ¡qué gran apoyo tuve de mi hermana! Era de esperarse, pues la pobre nunca ha tenido ni la más mínima idea de lo que significa tener tacto.

Un día que estaba —para variar— hecha un mar de lágrimas, Concha —la nana de mi hija— tocó a la puerta de mi recámara y me dijo que quería hablar conmigo: “No necesito que me cuente nada, señora, sé lo que está pasando. Piense bien lo que va a hacer, no se deje influir. Usted debe defender su matrimonio de tantos años, no permita que una mujer cualquiera eche a perder lo que han construido el señor y usted. Yo, que los conozco porque he vivido con ustedes desde hace muchos años, he visto cómo se quieren, son un matrimonio unido y no sería justo que se separaran para dejarle el camino libre a la otra, no, señora, no vale la pena que derrame tantas lágrimas. Ya verá que el señor va a reaccionar; como dicen,

está enculado, ya se le pasará, yo sé lo que le digo. Piense en mi muchachita Gabriela, ella los necesita a los dos”.

Las palabras de Concha me hicieron reaccionar. Lo pensé bien y me di cuenta de que tenía razón. Me propuse poner todo lo que estuviera de mi parte, incluso hablar con mi hija para ir suavizando la relación con su papá, aunque la sentía muy renuente a hablar de ello. Dejé pasar los días, y uno de tantos me decidí a hablar con Mayito:

—Sé que estás yendo a Macuspana a ver al niño; si no te molesta, quiero acompañarte. ¿Te parece bien?

Me contestó de inmediato:

—Me encanta la idea, estoy yendo dos veces a la semana por las mañanas; te aviso cuando vayamos a ir.

Así lo hicimos durante casi dos años. Después, ella y el niño vinieron a vivir a Villahermosa.

UN NUEVO PROYECTO EN NUESTRAS VIDAS

Un día mi esposo me comentó la idea que traía en mente para solucionar nuestros problemas económicos, porque ya teníamos un adeudo muy fuerte con el banco y estaba a punto de embargar-nos. Nos habíamos retrasado mucho en los pagos, porque nuestras entradas habían disminuido considerablemente.

—¿Sabes, hija?, he estado pensando que hay mucho terreno des-perdiciado en la parte trasera del jardín de niños, ¿por qué no ha-cemos un pequeño fraccionamiento en ese terreno? Sería una buena entrada ahora que los tiempos andan tan mal en la cuestión económica. Para eso se hicieron los bienes, para remediar los males; ya tengo la idea de cómo desarrollarlo, ¿cómo ves, te parece bien?

—No suena mal, si crees que es negocio, haz el proyecto, pero no tenemos con qué llevarlo a cabo.

—Por eso no te preocupes, se hace con la preventa de los lotes. Tengo pensado que sea un fraccionamiento chico, pero residencial,

con los servicios ocultos y lotes de cuatrocientos metros los que tengan vista a la laguna y de trescientos los de atrás. La cochera y la cafetería tendrán que desaparecer, así como la cancha de fútbol, porque precisamente por ahí pasará la calle. El jardín de niños se tendrá que mover de donde está para pasarlo al edificio, pero como se ha reducido el alumnado de primaria, creo que se puede, porque tienes salones sobrantes. La cafetería se construirá al frente y se bardará todo el colegio; en total quedarán unos dos mil metros, suficiente para que tengan patio de juegos. Allí mismo se hará una cancha múltiple que servirá también como patio cívico, incluso queda todo el jardín que da a la laguna, ahí tienen dónde jugar los chicos. Si es necesario, se coloca una barda con tela ciclón. Voy a hacer el proyecto y te lo muestro, a ver qué te parece.

Así lo hizo y muy pronto se empezaron a vender los lotes. Con eso se llevó a cabo lo planeado y comenzamos a tener mayor tranquilidad económica.

En las vacaciones del 95 vino Gabriela y nos contó que estaba viviendo con un muchacho israelita, que ahora sí era “el hombre de su vida”. Le puse Salomón, y cuando hablaba por teléfono y yo contestaba, siempre le anunciaba:

—Hija, te habla Salomón.

Y ella, invariablemente, me contestaba sonriendo:

—¡Ay, mamá!, no le digas así que te va a oír.

Yo tenía un poco de miedo y desconfianza del muchacho, y le comentaba a Mayito:

—¿Por qué estará en México? ¿Qué habrá hecho en su país que tuvo que venir para acá, en qué trabajará?

Hacía miles de conjeturas sobre él, pero nunca le dije nada a mi hija, pues la habíamos criado con mucha libertad, y estaba segura de que ella sabía bien lo que hacía.

Al poco tiempo de haber estado aquí, nos habló para decirnos que desocupaba el departamento porque se iba a vivir con Salomón a una casa que había rentado en La Herradura, Estado de México,

más adelante de las Lomas de Chapultepec. Nos pareció bien, pues no tenemos prejuicios respecto a la unión libre. Para ese entonces todavía no conocíamos al galán, pero lo hicimos en Navidad, cuando fuimos a México y ellos nos recogieron en el aeropuerto. Fue algo muy curioso, pues desde el principio me cayó muy bien Rony —ya le decía por su nombre—. Nos invitó a cenar el día que llegamos, y otro día nos invitaron los dos a su casa. Hicieron una cena muy rica, adornaron la mesa con velas en un jardín interior cubierto con un domo, donde hacía un frío espantoso. Ahí me acabó de convencer Rony, sabía que mi hija estaba feliz con él y me di cuenta de que era el hombre ideal para Gabriela. Hubo una química muy especial entre él y yo, y los dos sentimos gran simpatía el uno por el otro desde el momento en que nos conocimos.

La cena de Navidad fue en casa de Ana, mi hermana, y lo invitamos para que conociera a la familia y nuestras tradiciones. Se sorprendía mucho cuando recibía algún regalo de parte de la familia o nuestro. A todos les cayó muy bien, fue una noche muy divertida, llena de alegría y con gran calidez. Me sentía feliz de ver a mi hija tan contenta.

Después me comentó Gabriela que él la apoyó mucho cuando le contó que su padre había tenido un hijo, la consoló en sus momentos de llanto y la aconsejaba para que no le tuviera tanto coraje a su papá. No supo Rony que con eso me acabó de convencer de que era el hombre ideal para mi hija, con su actitud tan tierna y humana me caía mejor todavía.

En marzo del año siguiente, para Semana Santa, vinieron los dos de vacaciones. Nos fuimos a la playa y ahí tuve oportunidad de platicar con Rony largo y tendido. Con esa plática disipó todas mis dudas sobre su origen y el porqué, cómo y cuándo; me di cuenta de que es un hombre muy positivo, tierno y de gran calidad humana, a pesar de que su vida no había sido nada fácil.

Desde ese momento lo empecé a querer, y más aún cuando, a punto de partir, Gabriela nos dijo que creía estar embarazada. Me encantó la idea. A la semana siguiente nos habló: “¡Van a ser abue-

los!", confirmó feliz. Yo estaba que no cabía de gusto, no podía creer que tendría un nieto. También nos dijo que se casarían en julio, pero antes irían a Israel para que Gabriela conociera a la mamá y a la familia de Rony.

Nuestra hija se salió de todos los cánones establecidos, empezó al revés: primero se embarazó, luego se fue de luna de miel y al final se casó.

A nosotros no nos afectó esta situación; verla tan contenta y realizada era suficiente, y más todavía porque esa felicidad la compartía con nosotros. ¡Cómo no íbamos a aceptarlo!

Cuando se empezó el fraccionamiento, le preguntamos a nuestra hija si le gustaría quedarse con un lote de los que tenían vista a la laguna y nos dijo: "No, olvídenlo. No pienso volver a vivir en Ta-basco nunca más, mejor véndanlos todos, por mí no se preocupen".

En alguna ocasión le comenté que si dejaba el colegio, me gustaría que ella se quedara con él, y me dijo lo mismo: que no le interesaba regresar a vivir a Villahermosa y que no le gustaba la docencia.

RETOMANDO MI TRABAJO

Había estado tan mal emocionalmente, que iba y venía del colegio, pero en realidad no estaba allí. Sin darme cuenta, llegó el fin de cursos. Los muchachos de preparatoria estaban planeando un viaje para su graduación y me pidieron que los acompañara, como lo había hecho en años anteriores. Esta vez me negué, les dije que me había sentido mal de salud y que no tenía humor para salir. Los pobres muchachos me insistieron varias veces, pero dije que no.

Por fortuna el colegio seguía adelante, a pesar de mis ausencias, pues tanto Yoli, mi secretaria, como Ovidio, uno de los profesores del bachillerato, estuvieron llevando el control y así terminó el ciclo escolar.

Cuando se inició el ciclo 95-96, después de comenzadas las clases cité a Yoli y a Ovidio, quien se había ganado mi confianza, pues era

muy cumplido, respetuoso, amable con el personal y con los alumnos, y paciente con los padres de familia. Además, tenía muy buena relación laboral con Yoli. Hablé con ellos, les comenté el problema por el que estaba pasando y les dije: "Ovidio y Yo-li, me siento muy cansada. Necesito un tiempo para meditar y saber qué voy a hacer con mi vida. No tengo cabeza para nada, por el momento no quiero saber del colegio. Ovidio, me gustaría que te hicieras cargo de lo académico, del personal, en fin, que fueras como el director, y tú, Yoli, que vieras lo relacionado con las finanzas; no hay nadie mejor que tú para ello, pues conoces el tejemaneje de todo esto. ¿Cómo ven?, ¿creen que se pueden quedar al frente? Voy a estar en mi casa, no me voy a ningún lado. Cuando se requiera mi presencia, me avisan y vengo, ya sea para firmar documentos, boletas de calificaciones, lo que sea. Es más, si se presentara algún problema que no puedan solucionar, aquí estaré para cumplir, como siempre. ¿Qué les parece? Piénsenlo, no me contesten ahora, mejor me lo comunican después".

Al día siguiente vinieron los dos a mi oficina y me dijeron: "Ya platicamos y estamos de acuerdo. Se hará tal y como usted quiere. Le agradecemos su confianza y cuente con nosotros, váyase tranquila a descansar".

Después de esa plática, convoqué a junta al personal para informales de las nuevas disposiciones de la Dirección. Les comenté que no me sentía bien de salud y que necesitaba un descanso, una especie de año sabático que me estaba tomando después de tantos años de trabajo ininterrumpido.

Pasaron los meses y parecía que todo iba más o menos bien; en las tardes me presentaba en la oficina para revisar todo y firmar lo necesario. No me gustaba ir en la mañana, no quería ver a nadie, ni al personal ni al alumnado, prefería estar sola trabajando.

Después de las vacaciones navideñas, cuando se reanudaron las clases en enero, Yoli empezó a llamar con más frecuencia para comentarme lo que ocurría en el colegio, pues Ovidio se estaba pasando de vivo y la obligaba a entregar diariamente lo que se co-

braba, según él para guardarlo y pagar la nómina. El caso era que nunca había dinero, ni para mandarme a mí. Me daba cuenta de que algo andaba mal en el colegio, pero estaba tan agobiada con mi problema personal, que no le puse mucha atención. Una o dos veces hablé con Ovidio y me dijo que no me preocupara, que si a veces no había dinero, era porque se había hecho un pago o porque se había reparado no sé qué cosa, en fin, a mí nada me interesaba en esos momentos.

Un día me habló la secretaria de Educación Pública del estado, en ese entonces Graciela Trujillo, con quien llevaba una buena relación, para pedirme que le rentara el edificio del colegio para el ciclo 96-97, porque se abriría la Universidad Tecnológica de Tabasco y no encontraban un edificio apropiado. Me gustó mucho la idea, pues así dejaba de trabajar definitivamente.

Acudimos mi esposo y yo a la Secretaría de Educación para entrevistarnos con la secretaria y su contador. Nos hicieron una muy buena propuesta y querían hacer modificaciones al edificio, pero lo necesitaban a más tardar para la segunda quincena de julio.

Cuando salimos estaba muy contenta, pero de inmediato pensé: ¿cómo hacer para indemnizar a tanta gente? Sobre todo porque había personal que tenía muchos años laborando conmigo.

No supe cómo se enteró Ovidio de que se rentaría el local, y empezó a hacer labor de convencimiento con el personal, proponiéndoles que me demandaran en grupo. Estaba seguro de que ganarían y, probablemente, hasta se quedarían con el edificio, pues no habría dinero que alcanzara para sufragar todos los gastos. También supe que ya había ido a asesorarse a Conciliación y Arbitraje, y que tenía listos los abogados que actuarían.

Al enterarse Yoli de lo que estaba tramando el dichoso doctorcito, me habló para decirme que fuera de inmediato al colegio.

Yo tenía pensado lo que haría para liquidar al personal y esperaba que lo aceptaran, así que fui, los reuní a todos en un salón —ese día Ovidio no fue—, les informé que el colegio se cerraría, pero que ellos

serían indemnizados conforme a la ley, sólo que no podía hacerlo en un solo pago. Ofrecí firmarles doce pagarés a cada uno para que mensualmente lo cobraran, así ellos tendrían una entrada fija durante un año y a mí me ayudaban para liquidarlos debidamente. “Les recuerdo que los pagarés son penales, así que no les puedo quedar mal de ninguna manera, pues no quiero ir a la cárcel.”

Se hizo un gran silencio. Unos a otros se volteaban a ver, y casi sin pensarlo todos me dijeron que estaban de acuerdo. No querían tener tratos con Ovidio, sólo conmigo. Yoli les repartió una hoja a cada uno y les pedí que pusieran su nombre completo, su dirección, el tiempo que tenían de laborar en el colegio y la cantidad que se les adeudaba, pues Ovidio no les pagaba completo en cada quincena, sino que les salía con abonitos fáciles. Ahí supe todo lo que me había estado robando.

En ese momento Yoli, Marina —profesora de bachillerato— y yo elaboramos los doce pagarés para más de treinta personas. Los firmé y, al terminar, ya entrada la noche, se los llevamos a cada uno a su casa, junto con una carta de finiquito de labores para que la firmaran. Terminamos después de las once de la noche. La prisa se debía a que Ovidio tenía citado al personal en Conciliación a las ocho de la mañana del día siguiente, y era necesario adelantármele. Además, tenía que entregar el local lo más pronto posible. También tenía el apuro de que Gabriela se casaba ese fin de semana y no podía dejar ningún cabo suelto.

Al doctorcito se le indemnizó, a petición suya, con parte de uno de los terrenos que teníamos en venta. No quise hacerle pleito por lo que me había robado, y menos aún sabiendo lo revoltoso que era; como dice el dicho: “Más vale un mal arreglo que un buen pleito”.

Cuando terminamos de repartir los pagarés, Yoli y Marina me dijeron:

—Maestra ¿por qué no deja que nosotras sigamos con el colegio? Es una lástima que ahí termine el trabajo de treinta y cinco años que con tanto esfuerzo usted ha realizado, y con el prestigio que se ha

ganado a pulso. Además, no se puede dejar volando a los alumnos que ya están inscritos. Sólo falta un mes para que se inicie el ciclo escolar, ya no hay tiempo para avisarles, mejor rentamos un local; es más, que ésa sea nuestra indemnización, ¿qué le parece?

—Perfecto, háganlo. Ustedes encárguense de la mudanza, y cuando regrese de la boda de mi hija, entregamos el edificio y hacemos los trámites para el cambio de domicilio ante las autoridades correspondientes.

Ni tardas ni perezosas, al día siguiente habían conseguido un local a unas cuantas cuadras de donde estaba ubicado el colegio. Me comunicaron que también Mirna, profesora de primaria que tenía veinte años trabajando en el colegio, se asociaba con ellas.

Mientras estuve en México hicieron la mudanza. Por supuesto, cuando regresé escogí lo que quería para mí: dos archiveros, el juego de oficina de mi privado y otras cosas más. Parte del mobiliario lo regalé a una escuela oficial muy pobre, la biblioteca no se las di, porque había muchas colecciones que quería guardar. Más adelante, cuando revisé los libros y vi las condiciones en que estaban, los doné a una escuela rural, y los que estaban en mejor estado —sobre todo las colecciones—, decidí rifarlas entre mis sobrinos, los que viven aquí; a ellos les encantan los libros, y pensé que para cuando mi nieto creciera, o si llegaba a tener más, sería más práctico y actualizado comprar discos compactos para la computadora y así no almacenar tanto libro, pues muchos estaban en muy malas condiciones debido a la humedad que hay en Tabasco, y más aún viviendo tan cerca de la laguna. Cuando Gabriela se enteró de la rifa, me reclamó: “¡Ay, mamá!, qué bárbara eres, acabaste con mi infancia”.

Luego fui a la Secretaría de Educación para informarme sobre los trámites que debían hacerse. Me explicaron que para que el colegio funcionara con una nueva directora y en otro domicilio, era necesario que les otorgara una carta poder notarial a favor de cualquiera de las tres personas interesadas, ya que las claves del colegio son intransferibles. Así lo hicimos: le otorgué el poder a Mirna —así lo decidieron entre ellas, pues pensaron que era lo correcto debido

a la antigüedad que tenía en el colegio—. Por desgracia les falló la elección, pues el nombramiento de directora general le quedó muy grande y no funcionó. Empezaron a tener problemas entre ellas y, después de dos años, a petición de Yoli y Marina, lo cambié a favor de Yoli, y así sigue hasta la fecha; hasta donde sé, ya no ha habido problemas, pues lo ha hecho muy bien. Es una persona muy tratable, de buen carácter, humana y muy cálida; nunca la he visto de mal humor ni hacerle mala cara a na-die. Al contrario, siempre está sonriente y es muy respetuosa, atenta con todo el que trata, trabaja sin descanso y es muy honrada (me consta).

El colegio, hasta la fecha, sigue trabajando muy bien. Tanto Yoli, Marina y Mirna son conmigo bellísimas personas, sumamente atentas y viven agradeciéndome tener su propio negocio. No me han decepcionado. El colegio incluso ha vuelto a crecer, tiene mucho alumnado y nunca se olvidan de mí. Cada vez que hay algún festejo, me invitan; por supuesto, mi cumpleaños me lo celebran año con año y me llenan de regalos.

Para cada inicio y fin de cursos, me piden que sea yo la que diga las palabras de bienvenida o las de despedida. Siempre me presentan como la dueña y directora fundadora del colegio; cuando tienen algún problema, no dudan en pedir mi opinión; dicen que no puede haber mejor consejera, pues con los años de experiencia, según ellas, me las sé, de todas, todas.

Sin que se los haya pedido, me dan una mensualidad, lo cual agradezco mucho, así como también que, cuando algo se me ofrece, envíen al conserje a ayudarme; en fin, recurro a ellas e invariablemente me echan la mano. Especialmente Yoli, que es tan cálida y atenta, no sólo conmigo sino con toda mi familia; cuando le pedí una beca para un sobrino, se la otorgó de inmediato. En fin, me siento muy orgullosa de que el colegio siga adelante, es uno de mis sueños realizados, y aun sin mí continúa funcionando perfectamente; es más, han seguido con el mismo sistema y horario que implanté.

En este aspecto de mi vida me siento una mujer triunfadora, ya

que libré todos los obstáculos y llevé a cabo una empresa exitosa; también porque cuando decidí retirarme, lo llevé a buen fin, de manera satisfactoria y en el momento preciso.

Mi vida ha dado un giro enorme, pero me siento muy contenta y disfruto mucho estar en mi casa. Es una nueva experiencia que, después de treinta y cinco años de matrimonio y con una hija recién casada, no había experimentado por estar tan metida en el trabajo.

Muchos me preguntan si no extraño el colegio o que si no me aburro. No, para nada; al contrario, estoy disfrutando enormemente esa sensación de tranquilidad y de no estar en medio del bullicio constante, siempre rodeada de mucha gente. Ahora me encanta ser dueña de mi tiempo para hacer cosas que antes no podía, como viajar, leer, bordar, coser, escribir, convivir con mis seres queridos. No asisto a eventos sociales, eso no me agrada, ni tampoco las labores domésticas. Por fortuna cuento con la ayuda necesaria para esos menesteres. En resumen, empleo mi tiempo de otra manera y eso me satisface mucho.

LA BODA DE GABRIELA

Después de tantos contratiempos y carreras con los problemas del colegio, al fin pudimos estar con nuestra adorada hija en un día tan importante: su boda. Entre ella y Rony organizaron todo, su casamiento por el civil y una reunión en su casa con amistades suyas y nuestras y, por supuesto, los familiares más allegados.

Asistieron mis hermanas con sus respectivas parejas, así como los hermanos de Mayito, sus tíos, casi todos los sobrinos, aun los que viven en Tabasco, pues hicieron el viaje especialmente para acompañar a mi hija, a la que quieren mucho. Por parte de Rony estuvo su papá, una prima, hija de una hermana de su mamá, unos tíos y amistades de la comunidad judía.

Como era de esperarse —y para lo llorona que soy—, me emocio-

né mucho al ver a mi hija vestida de novia, bajando las escaleras tomada del brazo de su padre. Se veía lindísima, con su carita radiante de felicidad. Rony estaba guapísimo, con su esmoquin negro impecable. Me sentía contentísima y muy orgullosa, pero no pude dejar de llorar, y más cuando el juez los declaró marido y mujer.

Después de la ceremonia, empezó la fiesta. Ofrecieron bocadillos muy delicados y de sabor exquisito. Fue una fiesta de lo más alegre, todos bailamos hasta de cabeza, sobre todo cuando llegó el mariachi que animó todavía más el baile, que se prolongó hasta la madrugada.

El que se llevó las palmas ese día fue Mayito, pues Gabriela le encargó que hiciera el mapa de la ubicación de su casa para que los invitados no se perdieran, pues para llegar estaba un poco en-redado. El señor arquitecto lo dibujó en una hoja pequeña, de manera que le faltó papel y apenas si se distinguían las señales que había dibujado. Para colmo de males, ese día llovió a cántaros. Atinadamente, antes de que lloviera más fuerte, mi esposo y Rony se fueron a colocar letreros en los postes para guiar a los invitados. No sé cómo fue, pero todos llegaron. Hasta la fecha le hacemos burla a mi marido por haber hecho un mapa tan preciso.

Después de la boda tuvimos que regresarnos de inmediato, pues tenía que entregar el edificio a los nuevos inquilinos, y mi esposo debía seguir con el proyecto del fraccionamiento. Se llevó a cabo con mucho éxito, se vendieron los lotes muy rápido, de manera que nuestra situación económica estuvo más desahogada, liquidamos deudas y volvimos a respirar.

Con la utilidad, cambiamos el techo de la casa, que tenía muchas goteras, y aprovechamos para remodelarla. Se hizo una cocina nueva, la recámara y el baño de Gabriela se ampliaron, pues si nuestros hijos querían venir de visita, no iban a haber cabido, todo era muy pequeño. También se cambiaron los pisos y se colocó mosaico, ya que las recámaras y la sala del mezanine estaban alfombradas. Los tres meses que tardó la remodelación, estuvimos muy incómodos, durmiendo en una cama matrimonial en el costurero, todo amontonado, con el

escritorio de Mayito que era indispensable, pues estaba trabajando en el fraccionamiento. Además, la computadora y la televisión, aquello parecía un cuarto peor que de barriada; las comidas las hacíamos en el patio del lavadero, que adaptamos co-mo cocina y comedor; ni modo, algún sacrificio teníamos que hacer para vivir mejor.

EL NACIMIENTO DE MI PRIMER NIETO

Trepada en el costurero y sin casa, aproveché el tiempo bordando varias cosas para mi futuro nieto o nieta, pues ellos no querían saber qué iba a ser. Bordé en punto de cruz una cenefa con animales acuáticos para una toalla, sábanas para la cuna, una cobijita, baberos y un cuadro con el arca de Noé con animalitos, donde después le bordé su nombre, fecha de nacimiento y su peso; me la pasaba bordando mañana, tarde y noche con gran ilusión.

Por fortuna, la remodelación de la casa quedó terminada justo a tiempo para que me pudiera ir con Gabriela quince días antes del parto. La acompañé a que le hicieran un último ultrasonido para ver si todo venía bien. No me aguanté la curiosidad y le dije a mi hija que le preguntaría al doctor el sexo de la criatura, pero que no les diría nada. Estaba ansiosa por saber qué era, y entonces Gabriela me dijo que sí lo preguntáramos. El doctor se rió y nos dijo: "Es un bebé muy cachetón y todo está perfectamente bien, nacerá en los primeros días de diciembre".

A las dos nos dio mucho gusto saber que era un varoncito, pues sabíamos que Rony era lo que más deseaba. Cuando llegamos a la casa, Gabriela no aguantó y le dijo a su esposo. Estaba feliz y no se decidían por el nombre, al fin optaron por Aviv (en hebreo significa "primavera").

Sabiendo que faltaban varios días para el alumbramiento, le organicé un baby shower. Tenía todo listo para el último día del mes,

pero el parto se adelantó, así que se suspendió el festejo; luego lo hicimos con todo y bebé.

¡Cómo me sorprendió mi hija el día del parto! Nunca imaginé que fuera tan valiente; como siempre había sido tan escandalosa y asustadiza por cualquier cosa, pensé que cuando diera a luz no lo soportaría, ¡y qué equivocada estaba! Nunca la oí dar un grito, aguantó las contracciones y el parto estoicamente; es más, no quiso que le pusieran anestesia. Por supuesto, Rony estuvo con ella todo el tiempo ayudándola, pues habían tomado un curso psicoprofiláctico para saber lo que era un parto y para que él también participara y ayudara a su mujer.

Mi cuñado Ramón, el médico, le iba a poner la anestesia. Luego nos comentó que prácticamente ellos habían hecho toda la labor de parto, pues como fue de madrugada, tanto el ginecólogo como él llegaron tarde, cuando el bebé estaba naciendo, así que sólo llegó a tomar fotografías.

Yo estaba en el cuarto del hospital esperando. Después de una hora y cuarenta y cinco minutos —rapidísimo para ser primeriza—, vino Rony a avisarme que ya había nacido y que podíamos ir a ver a Aviv, mi nieto. Me solté llorando de emoción, no podía creer que ya fuera abuela. Estaba lindo el bebé, cachetón y pelirrojo. En ese momento sólo nos lo enseñaron, no pudimos cargarlo, así que regresamos al cuarto. Ya estaba ahí mi hija, y me dio mucha ternura ver su carita radiante de felicidad, tan despierta y vivaz que no parecía que acababa de dar a luz. La abracé y le di las gracias por haberme dado la dicha de ser abuela. Me platicó cómo había sido el parto con lujo de detalles. En verdad es maravilloso que se dé a luz al natural, pues se recuperan mucho más rápido. Yo le conté que ya había visto al niño, y que al día siguiente lo tendríamos entre los brazos. Se quedó en el hospital un par de días para consentirse, pues estaba perfectamente bien.

De regreso a la casa, Rony preparó todo para que a los ocho días de nacido, se hiciera la ceremonia de la circuncisión (es como el

bautismo en la religión católica), que lleva a cabo un rabi-no especializado en ello. No se le pone ningún tipo de anestesia al bebé, y el hombre tiene gran habilidad y lo hace con mucha rapidez, pero de cualquier manera, el bebé lloró muchísimo; sentí horrible y lloraba junto con él. Todo esto fue algo diferente que nosotros no conocíamos; es otra cultura, sin embargo, ellos estaban felices porque es muy importante para una familia judía que haya un hijo varón; cantaban y decían oraciones en hebreo para darle nombre al bebé y bendecirlo. Después de la ceremonia se ofreció una comida a los invitados.

En la noche se quedó una enfermera para cuidar a Aviv y enseñar a los papás cómo hacer las curaciones. A los pocos días ya estaba perfectamente mi niño adorado, hermoso, muy vivaracho y sonriente. Sentía que no cabía de gusto. Me despertaba una gran ternura ver a mi hija amamantando a su bebé, y el amor y delicadeza con que Rony le cambiaba el pañal y lo acunaba en sus brazos. Esta comunión familiar me permitía olvidar los malos ratos que había estado pasando con mi pareja. ¿Qué más podía pedirle a la vida?, esto era una recompensa enorme por los sufrimientos que había vivido desde hacía varios años.

En esos días llegó mi esposo para conocer a su nieto. Se veía muy feliz con él en sus brazos, pero Gabriela no aguantó y se puso muy mal en contra de su padre. Le dijo lo que no le había dicho antes; estaba muy exaltada y lloraba desconsoladamente, con grandes sollozos, fue una especie de desahogo que necesitaba, pues se lo había guardado todo y ese día explotó; fue muy bueno tanto para ella como para su papá. Mi esposo la oyó pacientemente y sin alterarse, luego la abrazó con mucha ternura y empezó a platicar con ella hasta que se fue calmando. No era nada bueno que se enojara o tuviera malos ratos, ya que había parido recientemente y estaba amamantando. Después de la plática que sostuvieron, ella le puso algunas condiciones que él aceptó, y poco a poco han ido limando asperezas.

Después del 28 de noviembre de 1996 en que nació nuestro adorado nieto, nos quedamos a pasar Navidad y Año Nuevo en casa de mi hermana Ana. Fue una noche muy emotiva, pues había un nuevo miembro en la familia. Estuvimos contentísimos, muy alegres, disfrutando la presencia de nuestro bebé.

Yo tuve un regalo muy especial de parte de mis hijos, me dieron el vocho que le había comprado a Gabriela, porque Rony le regaló a mi hija, por ser madre, una camioneta Windstar de lujo, así que me armaron con el coche, pues yo tenía el Cordoba viejo que me había dejado mi esposo.

Luego de las fiestas de fin de año, visitar a la familia de mi marido y estar con ellos varios días, regresamos en el carro, para que Mayito continuara con la venta de lotes del fraccionamiento.

Estaba feliz en mi casa, disfrutando la remodelación que habíamos hecho y terminando algunos detalles de decoración en la nueva recámara de Gabriela, pues nos habían avisado que en mayo vendrían por carretera, en su camioneta nueva, a pasar unos días con nosotros, para después irnos los cuatro con el bebé a Cozumel.

Nos fuimos de aquí como gitanos; era la primera vez que salían de viaje con el niño, así que trajeron una cantidad enorme de cosas, parecía que se iban a cambiar de casa. A pesar de ser tan grande la camioneta, apenas si cabíamos en medio de la cuna viajera, el portabebé, la carriola, juguetes, no sé cuántas maletas y, para rematar, una tina de plástico que compró mi hija de última hora para bañar al niño. Llegamos a Puerto Morelos al caer la tarde. Ahí se toma el ferry para cruzar a Cozumel con los vehículos, pero no pudimos hacerlo porque había un vientazo tremendo, nos dijeron que se le llama sueste, y que así el ferry no salía. Nos quedamos a dormir allí y al día siguiente nos fuimos a Playa del Carmen, buscamos un lugar seguro para dejar el vehículo y cruzamos en el barco que lleva

únicamente pasajeros.

En Cozumel nos hospedamos en un hotel de gran turismo, precioso, bastante retirado del pueblo. Pasamos una semana encantados, sobre todo con mi chiquito gordo, al que se le hacían llantitas en todo su cuerpo; parecía que lo habían inflado, pesaba mucho para tener sólo cinco meses. Gozamos estar juntos los cuatro conviviendo tan estrechamente.

De regreso del viaje, se quedaron en la casa un par de días y después salieron para México.

DE NUEVO A NUESTRA VIDA COTIDIANA

Para mí todavía era muy difícil la relación con mi esposo, pues se-guía viéndose con la mujer. No me sentía comprendida y él no quería comprenderme. Siempre tenía una excusa ante un reclamo, continuamente teníamos dificultades. Yo aceptaba al niño, sólo que no podía digerir esa situación; muchas veces me sentía relegada a un segundo plano. Traté de ignorar muchos detalles que me lastimaban, no quería amargar mi carácter y menos dejar la alegría que siempre me había caracterizado. No era justo que por esa mujer, que para mí no valía nada, me sintiera tan mal, así que empecé a ignorar la situación y poco a poco fui teniendo más tranquilidad, aunque definitivamente no confiaba en mi esposo, no sabía cuánto tiempo más tendría que pasar para que volviéramos a la normalidad.

En julio de ese año (1997) se terminaba el contrato del alquiler del edificio, pero tuvimos mucha suerte, pues antes de que se desocupara ya había una universidad particular interesada en rentarlo, así que se alquiló de inmediato. Como ya se habían liquidado los pagarés que firmé para las indemnizaciones del personal del colegio, y también se había liquidado la deuda que teníamos con el banco, estábamos más holgados económicamente. Los lotes del fraccionamiento se seguían vendiendo muy bien, de manera que le comenté

a Mayito la idea que tenía en mente. Concha merecía vivir en mejores condiciones, y para ello era necesario que le construyéramos su casa, pues después de veintiséis años de trabajar con nosotros, siempre había estado junto con Bertha, su hija, en un solo cuarto, con una cama matrimonial para las dos. Sentí que era justo que tuvieran su propia casa, ahora que podíamos hacer ese gasto y que teníamos terreno de sobra; esa sería, a la vez, su indemnización por tantos años de trabajo. Se la construimos en la parte trasera del patio, que tiene vista a la laguna, con su entrada independiente por la calle lateral. Mi esposo hizo un proyecto que constaba de sala-comedor, cocineta, dos recámaras, baño, un pequeño patio al frente y el de servicio en la parte trasera; en total eran ochenta metros cuadrados. Beto Zentella, una persona que estudió ingeniería, pero nunca se recibió, había trabajado con mi marido desde que era muy joven y le teníamos mucha confianza, así que lo contratamos para que se hiciera cargo de la obra. Después de nueve meses, quedó lista la casa. Se la entregamos con todo lo necesario, amueblada de todo a todo, clósets, refrigerador, ventiladores, cisterna con su bomba, calentador y hasta cortinas que yo misma confeccioné; no le faltaba ni un solo detalle, quería que estuvieran lo más cómodas posible.

También le ayudamos a Felipe (el intendente que tenía varios años de trabajar con nosotros) a terminar su casa. No se le dio dinero, sino que le pedimos a Beto que fuera a ver qué necesitaba. Se compró el material necesario y le dimos el importe de la mano de obra.

En noviembre de ese año me fui a México para estar presente en la fiesta del primer año de vida de mi amado nieto. Le llevaron unas marionetas y pensé que no las iba a tomar en cuenta, pero al contrario, estaba fascinado, no las perdía de vista y se carcajeaba con las bromas que hacían, lo mismo con los juegos inflables. Cada vez que alguien se acercaba para darle su regalo, él extendía sus bracitos para recibirlo, sabía muy bien que eran para él. Al abrirlos, todos le llamaban la atención y se emocionaba mucho; también apagó la vela del pastel. Pocas veces he visto a un niño de un año

gozar tanto su fiesta, generalmente ni cuenta se dan de lo que está pasando.

Hacía un frío tremendo. Ya se habían cambiado de casa, a Lomas de Anáhuac, así que era más alto y el frío se sentía peor todavía. Asistieron varios niños, hijos de las amistades de Rony y Gabriela, así como vecinos; también Ramón, mi cuñado, y Chapita su esposa; me llamó la atención ver que Ramón no dejó de jugar con Aviv durante toda la fiesta, parecía niño chiquito.

UNA NUEVA EXPERIENCIA

Después de la fiesta de mi adorado nieto, salimos al día siguiente hacia Villahermosa con Ramón y Chapita en el camper, para después seguir hasta Cancún. Ya nos habían invitado varias veces, y por una u otra cosa no lográbamos ir con ellos. Sería algo nuevo para nosotros, pues nunca habíamos ido de campamento. A mí no me atraía, pues eso de salir de vacaciones y tener que hacer camas, ir al supermercado y preparar alimentos, no me hacía muy feliz, porque tanto a mi esposo como a mí nos gusta la buena vida y que nos atiendan, pero esta vez aceptamos el reto.

Salimos muy temprano de México, pues con el remolque no se puede correr a más de ochenta u ochenta y cinco kilómetros por hora, así que llegamos tarde a Villahermosa, descansamos esa noche, y al día siguiente partimos, sólo que ahora ya iba Mayito con nosotros. Llegamos a Campeche en la noche a buscar el trailer park. Después de preguntar aquí y allá, lo encontramos; estábamos sorprendidos de lo rústico que era: los baños y regaderas para hombres y mujeres estaban en un cuartito casi al aire libre, dividido con tablas, así que si nos faltaba jabón, sólo le echábamos un grito al del otro lado y nos lo lanzaba por arriba; todo era risa, lo tomábamos a broma y realmente a nadie nos importó pasar una noche así.

A la mañana siguiente Chapita la hizo de guía de turistas (ella

es de allá), y visitamos lo más importante. Nos encantó la ciudad, pues está muy bien conservada y muy limpia; después visitamos la zona arqueológica de Edzná, en plena selva. Recorrimos lo más que pudimos —es un lugar muy extenso— y es verdaderamente imponente, lo disfrutamos mucho, porque casi no había gente y el guía era prácticamente para nosotros. Ya tarde nos fuimos a comer riquísimo: manitas de cangrejo. Después decidimos enfilarnos hacia Mérida; llegamos avanzada la noche. Ramón le preguntó a un motociclista de tránsito dónde estaba el trailer park, y muy amable, nos dijo: “Como está un poco enredado, mejor síganme, yo los guío”. Nos quedamos con la boca abierta de tanta atención; en Yucatán saben tratar muy bien al turista. Se le ofreció una propina por su amabilidad y se negó rotundamente a recibirla.

Nos instalamos, el lugar estaba un poco mejor que el anterior, sin que fuera la gran cosa.

Al día siguiente visitamos Mérida y la Chapa se entrevistó con unos amigos. Comimos lo típico que nos encanta a todos, fuimos a varios lugares y nos pasamos el día ahí. A la mañana siguiente salimos muy temprano para Cancún. Llegamos a buena hora y nos instalamos en el trailer park, definitivamente el mejor. Tenía baños muy amplios y limpios, y hasta un pequeño supermercado en la entrada. Ramón empezó a sacar lo necesario para conectarnos al drenaje y a la electricidad —por cierto, se quedó de a seis cuando arreglé unas lámparas que no servían—. Me dijo: “Oye, cuñis, en verdad que eres única, hasta de electricidad sabes. Ahora sí que me has dejado con la boca abierta”.

Mayito le ayudó en lo que pudo, pues hay que tener práctica para colocar lo necesario, como calzar el camper para quitar la camioneta y luego armar una carpa con miriñaque (mosquitero) que se utiliza como comedor. A nosotros nos dieron las camas literas del camper y un ventilador; ellos se quedaron en la parte trasera de la camioneta, pues la tienen acondicionada con colchones abatibles, los bajan y se forma una cama matrimonial.

La mayoría de las veces Chapita guisaba, pues no me dejaba hacer nada. Un día vimos que cerca del campamento había una empacadora de mariscos y compramos camarones, al fin me dejó la Chapa y los guisé, les gustaron mucho.

En las noches, invariablemente, tomábamos vino en la cena y después jugábamos dominó o nos poníamos a platicar, pues en verdad teníamos mucho de qué hablar, ya que no nos conocíamos íntimamente. Fue algo muy bello que logró que, hasta la fecha, nos llevemos muy bien y nos tengamos mucha confianza.

Un día fuimos a dejar a Ramón al hotel donde daría una conferencia y quedamos que en la noche pasaríamos por él para irnos a cenar a un restaurante italiano que yo conocía. Cuando estábamos cenando, se soltó un aguacero tremendo. No le dimos importancia, pero al regresar al campamento vimos que habíamos dejado abiertas las ventanas del camper y de la camioneta, y la carpa se había caído un poco. Todo estaba empapado, las camas, las sillas de lona, las toallas que habíamos dejado a secar. Acabamos atacados de risa y, por supuesto, esa noche dormimos muy incómodos; pagamos caro nuestro gran descuido.

Después de tres días en Cancún, regresamos directamente a Villahermosa. Mayito se quedó y yo me seguí con ellos para estar con mis hijos y mi nieto para las fiestas de Navidad y Año Nuevo. Antes del 24 mi esposo llegó, la pasamos en casa de mi hermana Ana, como siempre, muy contentos. Los abuelos y todos los demás fascinados de ver a Aviv que, cada vez que recibía un regalo, se ponía feliz.

A inicios de 1998 mi esposo se quedó unos días más y luego regresó a Villahermosa, pues había elaborado el proyecto para ampliar su despacho. Tenía mucha ilusión de tener su espacio a su gusto, pues desde que se vendió la escuela no había vuelto a tener una oficina bien puesta; sus cosas estaban donde por tantos años había sido el cuarto de Concha y Bertha, pero como era un espacio muy pequeño, no cabía lo que él necesitaba, así que de nueva cuenta se llamó a Beto Zentella para que se encargara de la ampliación.

Yo estaba en México, y cuando llegué me sorprendí de lo bien que le había quedado a Mayito su nuevo despacho. Se amplió dos metros y medio, se coló una nueva losa, el baño se recubrió con azulejo de piso a techo y se colocaron muebles nuevos. Puso nuevo piso de loseta color barro mate, mandó a hacer repisas que se colocaron en todos los muros para poner los libros a manera de biblioteca, se cambiaron las ventanas, se abrieron dos balcones iguales a los de la casa con sus protecciones de herrería, la puerta de la entrada se mandó hacer de madera con un emplomado a la mitad, y a todo lo largo con figuras geométricas de colores que dejan pasar una luz muy bonita; se hizo la instalación eléctrica y telefónica nueva, se puso aire acondicionado y dos ventiladores nuevos, se instaló la computadora con todos los cables ocultos para internet, su escritorio, y yo le regalé un sillón nuevo; se colocó el restirador empotrado en la pared con dos archiveros a los lados; se llevó el sofá-cama que teníamos en nuestra recámara y se mandaron hacer las cortinas. Le quedó un despacho muy agradable, espacioso y acogedor. Ahora, cuando tenemos visitas, se quedan en la oficina, pues está muy cómoda con su entrada independiente.

EMPEZAMOS A FESTEJAR LOS CUMPLEAÑOS

En enero de 1998, Mayito tuvo que ir a México de improviso, pues le avisaron que había muerto su mamá. Tenía mucho tiempo de estar enferma y era una persona de más de ochenta años.

Después de que la enterraron, mi esposo me contó que habló con sus hermanos y les dijo que ahora que ya no vivía su mamá, no dejaran de verse, al contrario. Les proponía que se juntaran todos en los cumpleaños de cada uno de ellos, y al que le tocara festejarse escogería el lugar, todos estaban invitados, parejas e hijos que quisieran acompañarlos. Les pareció buena idea, pues así convivirían no sólo un rato en la reunión, sino los días que durara el viaje, que

sería el fin de semana más cercano a la fecha del cumpleaños.

A los pocos días ya se estaba organizando la primera salida, sería en marzo, a Veracruz, para festejar a Paloma. Ramón consiguió con un amigo suyo dos departamentos para que así no saliera tan caro. Esa primera vez fueron los hijos de Paloma, Alejandro y Gerardo, así como Rony, Gabriela y Aviv, que siempre han ido con nosotros, no han fallado a ningún paseo. Fue una experiencia muy bonita estar todos juntos y tener oportunidad de irnos conociendo e intimando más; se armaban unas pláticas muy sabrosas y todos nos hemos hecho muy amigos. Enrique y Ramón llevaban sus guitarras y armónicas, y los demás, botanas y botellas de vino, con eso armábamos la gran pachanga. También se unió a los festejos cumpleañoseros un primo hermano, Álvaro, con su pareja Enrica; lo festejamos junto con Enrique porque son del mismo mes.

Así seguimos hasta la fecha. Hemos estado en Jalapa, Catemaco, San Miguel de Allende, la Sierra Gorda de Querétaro, Acapulco, Oaxtepec, Cuautla, Oaxaca, Villahermosa y, por supuesto, en la ciudad de México.

El viaje a Oaxaca nunca se me va olvidar, pues acababa de comprarme un Sentra del año y nos fuimos en él, sólo que escogimos la ruta más corta —según nosotros— por Tuxtepec. Nunca lo hubiéramos hecho. La carretera estaba espantosa, llena de hoyos y casi sin pavimentar, ¡cómo me dolía cada bache que pasábamos! ¡Buena estrenada que le dimos! Llegamos tardísimo, mucho después que todos los demás. Cuando contamos por dónde nos habíamos ido, nos dijeron que ese camino ya no se usaba desde que habían hecho la supercarretera y que habíamos corrido con suerte de que no nos hubieran asaltado. El regreso lo hicimos por la supercarretera, sólo que había que ir hasta un poco antes de Puebla, pero preferimos hacerlo para no correr riesgos.

El segundo cumpleaños de Aviv se lo festejamos aquí, pues invité a todos a que vinieran tanto por mi nieto como por mí, pues qui-se

hacer una fiesta especial para festejar mis sesenta años.

Para la fiesta de Aviv, me puse a hacer con anticipación títeres de diferentes personajes, mandé hacer el teatro de madera y le puse telón; le compré su piñata y pastel de Barney; adorné todo con globos e hice la representación de dos cuentos. Aviv estuvo atento un rato, pero todos mis cuñados y cuñadas, que ya habían llegado, la gozaron más que el mismo festejado.

Armamos un buen programa. Los llevamos a la zona arqueológica de Comalcalco y luego comimos en Puerto Ceiba, donde estaban fascinados con el paisaje y más aún con la comida, la pasaron muy bien. Mis sobrinas (hijas de Quiti y Paco), muy lindas, nos ayudaron para hospedarlos a todos: Cristy y Chucho se llevaron a su casa a Enrique, María de los Ángeles y a Paloma; Rocío y Sergio, a Ramón y la Chapa; aquí se quedaron en su recámara Gabriela y Rony con Aviv. Los que no vinieron fueron Patricia y Francisco.

MIS PRIMEROS SESENTA AÑOS

En la noche cenamos en el restaurante que había abierto Mayito, "La cueva del puma", asociado con ex alumnos de la UNAM y un chef, quien preparó la cena, arregló el restaurante y mandó a hacer el pastel. Yo solamente compré las bebidas. La reunión se hizo para treinta y seis personas, las que cabían en el restaurante. Invité a algunas amistades de toda la vida, los que habían venido de México y toda mi familia de aquí. Quise que la reunión comenzara con un concierto de piano de música clásica. Tocó una muchacha, hija de una ucraniana y un cubano, ejecutó varias piezas, estuvo precioso. Después llegó un tecladista para amenizar la fiesta y bailamos un rato, pero la que se llevó la noche y fue el show fue Chapita, pues cantó toda la noche, no soltó el micrófono para nada, cantaba cuanto canción le pedían. Fue un cumpleaños inolvidable, "mis primeros sesenta años"; la pasamos con gran alegría y nos divertimos de lo

lindo, me sentí muy querida, estuve feliz con todos mis seres queridos acompañándome en un día tan especial (sólo faltaron mis otras dos hermanas). Al día siguiente se fueron encantados.

Olvidé comentar que hacía poco más de seis meses antes de mi cumpleaños, Mayito había abierto un restaurante. Tenía mucha ilusión de hacerlo y lo apoyé económicamente. Quería que fuera con ambiente bohemio; unas veces invitaba a un escritor a que leyera su obra, otras a una persona que tocaba la guitarra o a un grupo de jazz... en fin, era bastante agradable el lugar y la comida muy buena, aunque el menú no era muy amplio, sí tenía precios accesibles. El permiso para vender bebidas alcohólicas costaba mucho dinero, y como habíamos hecho una buena inversión para acondicionar el local, no pudimos costearlo.

Al principio cada quien llevaba lo que quisiera beber, después de un tiempo se consiguió vender cerveza, pero la clientela había bajado mucho y fue muy difícil seguir sosteniéndolo, de manera que decidió cerrarlo. Le duró muy poco el gusto, pero no era posible seguir invirtiendo más; ni modo, por lo menos no se quedó con las ganas de hacer lo que quiso.

LAS REUNIONES SABATINAS EN CASA DE PACO Y QUITI

Las fiestas de Navidad y fin de año de 1998 las pasamos aquí, en casa de Paco y Quiti, con toda la familia. Nos hicieron mucho alboroto, pues ya teníamos varios años que no la pasábamos con ellos y todos quieren mucho a Gabriela, Rony y Aviv, que era el menor de todos los primos y les hacía mucha gracia su manera de hablar y de ser. Fueron unas fiestas muy divertidas, gozamos mucho al ver como se emocionaba Aviv con cada regalo que recibía.

Al terminar las fiestas de fin de año, mis hijos regresaron de nueva cuenta a México y me quedé un poco triste, pues los días se me fueron volando.

Es muy importante mencionar que somos una familia muy uni-da, Paco, Quiti, sus hijos con sus parejas y sus nietos, así como no-sotros; siempre he dicho que somos la “familia cochinilla”, porque estamos todos juntos. Desde hace doce años, nos reunimos los sábados para comer en casa de Paco y Quiti, y desde que se casó Álvaro (el hijo más chico de ellos), se nos unieron sus suegros, así como la Chata (mamá de Chucho), y ahora que nuestros hijos y nietos viven aquí, también van de vez en cuando.

Quiti tuvo que mandar ampliar la terraza para que todos cupiéramos, pues en un principio nos reuníamos en el comedor, pero llegó el momento en que ya no cabíamos. Se hizo la costumbre de que después de la comida jugaran dominó, y lo siguen haciendo con tanta pasión, que discuten y pelean como si estuvieran apostando los millones; se hizo un torneo y el ganador fue Álvaro. Otros jugamos baraja o algún juego de mesa. Varias veces se han armado grandes discusiones o muy buenas pláticas sobre algún tema. A mí me fascina escuchar a Paco viejo —como le digo—, porque cualquier pregunta que le hacemos de cualquier tema, no se limita a contestarla simplemente, sino que da toda una cátedra con lujo de detalles. Yo lo admiro por esa gran cultura y memoria que posee; la hemos pasado muy bien juntos, e incluso aprovechamos para festejar el cumpleaños de cada uno de nosotros o bien algún acontecimiento relevante en la familia.

Cuando Paquito cumplió diecisiete años, le dije que de regalo le daría una alcancía para que cada sábado la pasara entre los presentes y le echaran lo que fuera su voluntad, para romperla hasta el año siguiente, cuando cumpliera los dieciocho, y pudiera comprarse el coche que tanto deseaba.

Le compré un cochinito de barro del mercado, y al meterlo en la cajuela se me rompió. Llegando a la casa lo pegué, pero quedó cucho. Ni modo, así se lo llevé y todos estaban atacados de risa al ver la valiosa alcancía. A Paquito no le importó y de inmediato empezó a pasarla. Todos le echaban algo, y así cada sábado, nunca le

fallaba. Llegó el día en que había que romperlo, pero para hacerla de emoción, a Chucho (esposo de Cristi) se le ocurrió que antes de abrirlo, apostáramos cien pesos cada uno para adivinar cuánto creíamos que tuviera el cochino cucho, y el que acertara o estuviera más cerca de la cantidad, se llevaría lo apostado. Todos participamos y Chucho fue apuntando en un pizarrón las cantidades propuestas. Se hizo tal alboroto y griterío, que cualquiera hubiera pensado que eran miles de pesos los que estaban en juego. Por fin se rompió el famoso cochino y se contó lo que había. Unos nos fuimos muy alto, otros fueron más conservadores, y otros, como Chucho, hasta abajo. ¡Y que va ganando el organizador! Se llevó más en las apuestas que lo que tenía el bendito animal. Al pobre de Paquito no le alcanzaba ni para una llanta, se hizo muchas ilusiones con esta familia y no sacó mucho, pero nos dimos la gran divertida. Tuvo mucha suerte, sin embargo, porque al día siguiente su abuelo materno le regaló un coche nuevito (ahí sí había billete). El chamaco estaba que no cabía de gusto. Algún sábado que no se hacía la comida, extrañábamos mucho esa convivencia.

A propósito de las reuniones sabatinas, le pedí a mi esposo que dejara de llevar a Alejandro, su hijo. Me argumentó que era una buena oportunidad para que el niño conviviera con sus primos, ya que siempre estaba entre adultos. Le contesté que no era el primero ni el último en esas circunstancias y que los hijos de mis sobrinas no eran sus primos. Además, como mi hermana tiene muchísimas amistades y llegan con frecuencia a visitarla, me causaba gran molestia que invariablemente me preguntaran, por ignorancia o por curiosidad:

—Oye ¿quién es ese niño?

—Es hijo de mi esposo —contestaba sin ganas.

A mi marido no le cayó nada bien mi petición, pero le dije que si me incomodaba tanto, justo era que respetara mi decisión. Le recordé que aceptaba de buen grado a su hijo, pero que no me gustaba que se hiciera una revoltura de familias. Me parecía muy bien que el niño viniera a la casa y conviviera con nosotros las veces que él

quisiera traerlo, es más, que estaba en todo su derecho de llevarlo con su familia cada vez que hubiera oportunidad. Por fortuna accedió a mi petición y dejó de llevarlo; descansé de esa monserga que tanto me molestaba.

Durante mucho tiempo estuve haciendo labor de convencimiento con mi hija para que aceptara a Alejandro; no fue nada fácil, pero después de tantas pláticas, me dijo que no era muy de su agrado, que no acababa de asimilar la situación, que aún sentía mucho coraje contra su papá, pero que iba a hacer un esfuerzo; que cuando fuéramos a México podíamos quedarnos en su casa. Cuando llegábamos con Alejandro, Aviv lo hacía como se le daba la gana, y aquél aguantaba todo, es un niño muy noble, jugaban mucho y se llevaban muy bien, hasta la fecha son buenos amigos.

COMENZAMOS A VIAJAR NUEVAMENTE

Nos había ido bien con el fraccionamiento y teníamos asegurada la renta del edificio, así que ahora nuestra situación nos permitía darnos el gusto de lo que nos ha fascinado hacer: viajar. Por falta de dinero y por estar siempre trabajando, no habíamos vuelto a salir al extranjero desde 1982, cuando fuimos a Europa con nuestra hija.

En febrero de 1999 nos fuimos a Orlando, Florida. Organicé el viaje, y con todo reservado y pagado salimos hacia México, donde casi no estaríamos, ya que de inmediato saldríamos a Miami. Ya en México, al ir a documentar, nos dijeron que la línea en que íbamos a volar estaba en huelga, que teníamos que esperar para que nos cambiaran a otra. Después de dos horas de espera, salimos y llegamos a Miami ya entrada la noche. El paquete contratado incluía la renta de un coche, dos noches y tres días en Fort Lauderdale, avión, cuatro días y tres noches en Orlando y un viaje en crucero a las Bahamas. Nos asignaron el carro y recorrimos las treinta y ocho millas que hay

de Miami a Fort Lauderdale. Llegamos bastante noche. Teníamos que ir a la agencia donde nos darían el papel de la reservación del hotel en que nos íbamos a hospedar, pero a esa hora ya habían cerrado. Esa noche debió haber algún acontecimiento en la ciudad, pues por más que buscamos, no hubo un solo cuarto disponible en ningún hotel; preguntamos hasta en moteles de paso, sin suerte. Ya cansados y con sueño, decidimos meternos al estacionamiento de un hotel muy grande y nos quedamos a dormir en el coche. Mayito reclinó el asiento delantero para estirar las piernas, y yo me recosté en el asiento trasero. Hacía un frío tremendo, no traíamos con qué taparnos, solamente las chamarras que teníamos puestas. A ratos, Mayito encendía el motor y prendía la calefacción, pero no podíamos estar así toda la noche. Casi no dormimos.

Muy temprano nos fuimos a tomar algo caliente y a esperar que abrieran la agencia. Cuando llegamos, les contamos lo que nos había pasado y dijeron que estuvieron hasta tarde esperándonos, pero nos reembolsaron cierta cantidad. Nos indicaron el hotel y nos dieron los demás papeles para el resto del viaje: boletos para un tour por la ciudad en yate, boletos de avión para Orlando-Miami-México, entradas para el centro de atracciones de Epcot, así como lo necesario para ir en crucero a las Bahamas.

Con todo en la mano, nos instalamos en el hotel. Descansamos un rato y salimos a las doce del día al recorrido en yate. Nos llevaron a una playa a comer mariscos y, luego, a pasear por los canales con que cuenta la ciudad, por las zonas donde viven los multimillonarios en mansiones increíbles; en la noche, a un centro nocturno con cena y show; la pasamos muy bien. Al día siguiente nos fuimos en crucero a Nassau y visitamos la ciudad, muy europea; comimos en un restaurante típico una langosta increíble y nos regresaron a Fort Lauderdale al caer la noche. Allí fuimos a caminar por el centro de la moderna ciudad.

Al día siguiente, cuando estábamos desayunando en el hotel, nos abordó una joven muchacha invitándonos a tomar el lunch con ella,

pues quería mostrarnos unos edificios a la orilla de la playa que se estrenarían muy pronto. Nos convenció y fuimos. Toda esa atención era para vendernos un departamento de tiempo compartido. Unos cubanos nos recibieron muy amablemente, con muchísima labia, pues sabían su negocio. Nos ofrecieron un sin-fín de departamentos. Les costó trabajo convencernos, pero nos enganchamos con uno de los más económicos para pagarlo en cinco años —aunque nosotros lo pagamos en año y medio—. De inmediato nos llevaron con el notario para hacer el papeleo (nunca lo hemos utilizado, es más, lo estamos vendiendo, fue una mala inversión).

Después de varias horas en todo ese dengue, fuimos a toda prisa por nuestras cosas al hotel para salir hacia el aeropuerto y entregar el coche. Esta vez salimos sin ningún contratiempo hacia Orlando. Llegamos a un hotel de cinco estrellas muy cercano al centro de atracciones para no tener que utilizar taxis.

A la mañana siguiente nos fuimos a Epcot. Es enorme, imposible de visitar en cinco días, pero fuimos a lo que más nos interesaba. Nos subimos a unos cuantos juegos y lo que nos tomó más tiempo fue visitar el stand de cada país, es muy interesante y entretenido. Un día comimos en el restaurante de Italia, muy bien puesto, y consumimos un vino delicioso; cada día comíamos en un lugar diferente, había mucho de dónde escoger. Fuimos también a los estudios Universal, donde Mayito perdió la cámara. Pasamos unos días muy contentos, olvidándonos de todo y gozando los dos solos y juntos, que buena falta nos hacía.

Cuando regresamos a México, nos quedamos unos días para estar con nuestros hijos y nuestro nieto adorado, a quien le trajimos muchos regalitos. Disfrutamos al ver con qué emoción iba abriendo cada uno. Varios días después me dijo Mayito que él tenía que regresar a Villahermosa. Yo me quedé unos días más.

En mayo de ese año nos avisaron de la universidad que desocuparían el edificio, porque no les habían otorgado el permiso para continuar funcionando. Estuvo desocupado unos meses. Entonces mi esposo desarrolló varios proyectos para adaptar el edificio y hacerlo de departamentos —salían dos o tres por piso—, para rentarlos o venderlos. No contábamos, sin embargo, con el dinero suficiente para efectuar una obra de esa magnitud, y yo, definitivamente, no quería saber nada de préstamos de bancos ni de volver a tener problemas económicos. Recurrimos a una casa de bienes raíces para que se ocupara de buscar clientes y seguir rentando el edificio.

Después de unos meses, para finales de octubre, vino la persona de la inmobiliaria a vernos con un cliente. Lo quería para abrir una sucursal de una universidad de la que era el dueño y rector en Coatzacoalcos; el edificio le parecía ideal, porque era lo que necesitaba. Nos comentó que había visto varios locales, pero ninguno reunía las características de éste, que ya tenía todo hecho, no tendría que hacer ninguna adaptación y quería comenzar a laborar de inmediato. Pero no quería rentarlo, sino comprarlo, cosa que a mí no me agradaba mucho, pues me sentía más segura teniendo otra propiedad además de nuestra casa. Les dijimos que nos dejaran pensarlo unos días, que les hablaríamos para darles una respuesta.

Lo platicamos y mi esposo me hizo ver que hasta ese momento habíamos corrido con mucha suerte, porque el edificio se había rentado bien, pero que lo pensara, porque no sería nada fácil rentar algo tan especializado; ya tenía varios meses desocupado y habíamos dejado de percibir un buen dinero. Lo pensé y me di cuenta de que tenía razón. Me acordé de que mi papá decía: “Cuando te compren, vende”.

En eso estábamos, cuando antes de que les llamáramos, vinieron a vernos de nuevo para preguntar qué habíamos pensado. Les dijimos que sí lo vendíamos, pero que el precio era el que les habíamos dado, y que los impuestos y gastos que se ocasionaran por la venta correrían por cuenta de ellos; además, teníamos que pagarle a la

corredora una buena cantidad. Hubo un poco de estira y afloja, pero lo vendimos a buen precio.

Nos fuimos con el notario para hacer válida la operación y nos dio como anticipo poco menos de la tercera parte de la cantidad total; por la cantidad restante nos firmó pagarés para liquidarlos en un año. El señor cumplió puntualmente, nunca tuvimos ningún problema.

Mi esposo y yo acordamos que el dinero lo invertiríamos en comprar departamentos para alquilarlos y vivir de nuestras rentas.

Me dirigí a una inmobiliaria para que me buscaran algo interesante. El primer departamento que me mostraron resultó ser de un ex alumno que se acababa de divorciar y lo estaba rematando, amueblado de todo a todo, con cocina integral, aire acondicionado, refrigerador, encortinado, todos los servicios; todavía le pedimos una rebaja porque lo pagaríamos de riguroso contado. Aceptó y nos lo vendió de inmediato; le dimos una parte y lo liquidamos al firmar las escrituras.

Curiosamente, el mismo día que nos lo entregó, llevé a una persona para que lo pintara. En eso tocaron el timbre: era un corredor de una inmobiliaria que andaba buscando un departamento en renta para una clienta. Me quedé con el ojo cuadrado, porque ni siquiera lo había anunciado. Era para una joven soltera, gerente de ventas del hotel Hyatt. Al día siguiente llevó a la muchacha para que conociera el departamento y le encantó. Hablamos del precio, me hizo la llorona, y se lo renté en un poquito menos de lo que yo pretendía, pero de cualquier manera estaba bien rentado. Resultó muy puntual y, por su cuenta, cambió el aire acondicionado de la recámara principal, porque el anterior hacía mucho ruido; lo ocupó durante año y medio.

De nuevo corrí con suerte, pues a los dos días de haberlo dejado, ya lo estaba rentando, a un precio mucho más alto. Ahora era para el gerente regional de McDonalds, un hombre solo, con la familia en otra ciudad. A la muchacha que estuvo antes la cambiaron a Cancún, y este señor venía precisamente de allá; lo ocupó de inmediato, y

hasta la fecha lo habita; es un excelente inquilino, paga puntualmente y hasta lo he molestado con encargos cuando va a Cancún.

EL TERCER CUMPLEAÑOS DE MI NIETO

En noviembre vinieron nuestros hijos para festejar los cumpleaños de Mayito, el mío y el de Aviv, mi adorado nieto, a quien le organicé la fiesta de sus tres años en una de las aulas del colegio, pues sería prácticamente la despedida del edificio. Lo acabábamos de vender y lo íbamos a entregar. Adorné el salón con globos de colores y Gabriela invitó a los hijitos de sus amigas y a todos los primitos, cuando mucho doce o trece chiquitos. Les compré unas minihamburguesas para la comida, juguitos de sabores, la piñata, repartí bolsitas llenas de dulces y le mandé hacer su pastel; también contraté un payaso para que animara la fiesta y los niños se divirtieran. El simpático payaso llegó con una cruza tremenda, al grado de que no sabía por dónde empezar y diz-que se iba a desmayar, porque se le había bajado la presión. Muy cínicamente me dijo: "Oiga, señora, ¿me podría dar una copita de algo fuerte para que me sienta mejor?, de preferencia un coñacito". Me dejó pasmada y sólo atiné a decirle a Felipe (el intendente) que le trajera una copa de tequila. Se la tomó y empezó el show, estaba para llorar. A los chiquitos no sólo no les causó gracia, sino que ni caso le hicieron, fue un verdadero fiasco el payaso bolo y no veíamos la hora en que terminara; eso sí, cobró muy bien.

Cuando en Navidad estuvimos con la familia, le comenté a mi hermana Ana que nos gustaría comprar un departamento en México para tener adónde llegar, no sólo nosotros sino cualquiera de la familia de acá, así que le pedí que cuando supiera de alguno por su rumbo, que me avisara de inmediato.

Mi buena suerte seguía, porque no habían pasado ni tres meses cuando me llamó por teléfono:

—Oye, manita, una de mis clientas está vendiendo un departamento de tres recámaras, tres baños y todo lo demás, aquí en la colonia, a la vuelta de mi casa. Ya lo fui a ver, está muy bien y lo da a buen precio, ¿te interesa?, porque tengo aquí a la señora, ¿qué le digo?

—Por supuesto que me interesa, hazme una cita con ella.

—Que si te parece, dentro de dos días a las once de la mañana aquí en mi casa.

—Perfecto, mañana en la tarde llegamos mi marido y yo; ojalá y encontremos vuelo. Mil gracias, hermana, te mando besos.

Sin siquiera preguntarle a mi esposo, me fui por los boletos, sí hubo para el día siguiente. Cuando llegó Mayito, se los mostró: “Mañana nos vamos en la tarde a México. Ni te pregunté, porque es una oportunidad que no debemos perder”. Ya con calma le platicué todo y le pareció de maravilla.

Llegamos a México a casa de Rony y Gabriela para saludarlos y dejar las maletas, porque Ana nos estaba esperando para llevarnos a ver el departamento. Nos pareció muy bien, pero necesitaba una buena arreglada. Lo increíble era que estuviera en la colonia que yo quería y que fuéramos a estar tan cerca de Ana.

Nos entrevistamos con la señora, empezamos a platicar y nos contó su vida, los problemas por los que había pasado y que se acababa de divorciar de un político. Nos dimos cuenta de que era una señora de mucho dinero, vivía en las Lomas de Chapultepec. Después de más de media hora fuimos al grano. Nos dio un precio bajísimo para el tamaño y ubicación del inmueble, y todavía mi esposo le pidió rebaja. No lo pensó y nos dijo que sí, que nos lo dejaba a ese precio porque ya tenía tres años desocupado, desde que había muerto su mamá, es más, no había vuelto a ver el departamento, todo lo hacía su chofer.

El trato fue cosa de diez minutos y al día siguiente nos vimos en el despacho del notario; le dimos un anticipo y lo liquidaríamos cuando estuvieran listas las escrituras. Así nos hicimos de una buena propiedad en un lugar magnífico y, sobre todo, muy cerca de mi hermana, la más querida. Ese viaje a México fue muy fructífero, habíamos hecho una buena inversión.

UNA GRAN SORPRESA

Me quedé unos días más, y una mañana le comenté a Gabriela:

—Oye, hija, sé que no quieren seguir viviendo en el D. F., lo que me parece magnífico, porque la ciudad está cada vez peor, sobre todo por la gran inseguridad que hay. ¿No se les ha ocurrido pensar en Villahermosa? Allí estaríamos todos juntos, yo disfrutaría más a Aviv y él conviviría con sus primos, ya ves que son más o menos de la edad, coméntalo con Rony a ver qué piensa.

Pasaban los días y no me decía nada, ni yo me atrevía a preguntarle, pues no quería que sintiera que los estaba presionando. En esos días regresó mi esposo a México, y estando los cuatro a la mesa después de cenar, no me aguanté y le pregunté a Gabriela:

—¿Ya le comentaste a Rony lo que platicamos el otro día?

—Ah, sí, se me había olvidado decirte, dijo que le parece bien.

Me levanté de la silla a darle un beso y a darle las gracias a Rony por su decisión. Mi esposo estaba asombrado, no sabía de qué estábamos hablando ni qué estaba pasando. Le platicué y se puso feliz, claro que no había una fecha definida, pero ya teníamos el sí.

Nos quedamos varios días más disfrutando a nuestros hijos y a nuestro nieto. Coincidió con el cumpleaños de Paloma, hermana de Mayito, quien organizó una comida en casa de Patricia, su otra hermana. Al día siguiente, parte del programa era ir a un pueblo del Estado de México. Y ahí vamos todos a ver no sé qué, porque sólo había un montón de jarros, ollas y cazuelas de barro. La festejada

nunca se presentó, argumentando que le dolía la cabeza; así se la gasta Palomita, es muy amable y considerada con la familia.

Esa Semana Santa nos regresamos en la camioneta con los muchachos y Aviv, así que le festejamos a Rony su cumpleaños en la playa, con unas carnes asadas, y les comentamos a todos la buena nueva: que pronto estarían viviendo aquí.

En mayo de ese año fuimos a México a firmar las escrituras del departamento y a liquidar el resto del adeudo. Nos quedamos unos días con nuestros hijos y Gabriela nos dio una noticia preciosa: ¡estaba embarazada!

Nos dio mucho gusto y una gran alegría, pues Aviv, ya tenía cuatro años, y pensamos que le hacía falta un hermano; nos fascinaba la idea de que la familia estuviera creciendo.

Como Dino, el hijo de Ana, andaba mal económicamente y no tenía donde vivir, le dije que se fuera a vivir al departamento mientras yo podía ir a arreglarlo y dejarlo en las mejores condiciones.

VOLVIENDO A VIAJAR

Mayito y yo queríamos conocer Nueva York, porque aunque no me gusta Estados Unidos, hay unas cuantas ciudades que sí me atraen, y ésta era una de ellas. Fui a la agencia de viajes de una amiga y arreglé un viaje de diez días, en febrero de 2000. Buena manera de terminar el siglo: viajando.

Me metí a internet para informarme del clima y saber qué ropa llevar, ya que todavía era invierno. Una semana antes del viaje, mi esposo tuvo oportunidad de ir a Cuba durante siete días. Nos pusimos de acuerdo, de manera que ya no tuviera que venir para acá, sino que yo le llevaba una maleta con la ropa necesaria.

Nos salió todo muy bien, pues los dos llegamos un día antes del viaje y salimos al día siguiente a las tres de la tarde. En Nueva York tomamos un taxi y nos fuimos directamente al hotel en Broadway

Street. Al llegar mostré en la recepción el papel de la reserva hecha y pagada varios meses atrás y nos salieron con que se había cancelado y que no tenían habitaciones disponibles. Mandamos llamar al gerente y me le puse muy pesada, me vio tan enojada que de inmediato habló a varios hoteles. Nos consiguió un hotel más caro, pero no nos cobraron nada extra. Nos hospedamos y salimos a caminar rumbo a Times Square. Parecíamos los clásicos de la ranchería, pues estábamos verdaderamente impactados con la cantidad de teatros y cines que hay. Cenamos por ahí y regresamos ya tarde al hotel. Tal y como había visto en internet, así estuvo el clima; los tres primeros días muy calurosos y después con mucho frío. Al día siguiente tomamos un camión abierto de turismo para recorrer la ciudad. Nos subimos al Empire State, a las Torres Gemelas, que todavía estaban en pie, y fuimos a varios museos: el de Arte Moderno, el Guggenheim, el Metropolitano, el de la Aviación que está en uno de los muelles. Por supuesto, fuimos a la estatua de la Libertad, a dar un paseo en barco de noche para ver la ciudad; paseamos por Central Park, el Rockefeller Center, y ahí nos sentamos a tomar un rico café turco. Conocimos la catedral de San Patricio, fuimos al teatro a ver una obra muy innovadora de unos argentinos, oímos jazz, primero en un lugar muy conocido, el Blue Note, y después nos fuimos caminando hasta una típica taberna donde estaban tocando un jazz fabuloso.

Estuvimos en la Pequeña Italia, en el Barrio Chino, en el Soho, que es un barrio lleno de tiendas de las marcas más conocidas, donde compramos los encargos de Gabriela; también fuimos a un tianguis donde africanos y asiáticos venden artesanías de sus lugares de origen. Aprendimos muy bien a transportarnos en metro.

Desayunábamos muy bien, y para no perder tiempo, al medio día comíamos cualquier cosa; eso sí, en la noche cenábamos en muy buenos restaurantes, siempre de diferente nacionalidad.

Nos faltó tiempo para conocer miles de lugares más. Un día antes de regresarnos, Mayito le habló por teléfono a Raúl, un primo suyo (el mayor de todos los primos Fuentes) que vive en los suburbios,

a una hora de distancia en tren. Nos invitó a comer, nos indicó la hora más conveniente para salir y dónde bajarnos; él nos esperaría en la estación. Tomamos el tren en la Estación Central, un edificio muy bonito, y al cabo de una hora llegamos con Raúl. El lugar donde está su casa es precioso, en medio del bosque donde sólo escuchas el canto de los pájaros. Vive lejos del mundanal ruido, acompañado de su pareja —un hombre un poco mayor que nosotros— y de dos perros peludos.

Nos recibieron con gran calidez. En el jardín nos tenían preparada una botana muy sabrosa que acompañamos con unos tragos y una plática muy amena. Luego pasamos al comedor y nos sirvieron todo un banquete. Raúl estaba feliz de que lo hubiéramos visitado; el tiempo pasó volando y no quería que nos fuéramos, nos pedía que nos quedáramos a dormir. La casa es muy grande, hasta tiene alberca, pero no podíamos porque al día siguiente regresábamos a México.

Fue un viaje muy interesante y bello. A mí me fascinó la ciudad, con esa cantidad de rascacielos es verdaderamente imponente. Si pudiera, volvería por tres semanas mínimo, para decir que conozco Nueva York.

ARREGLO DEL DEPARTAMENTO Y CAMBIO DE RONY Y GABRIELA

En los primeros días de julio me fui a México a arreglar el departamento que habíamos comprado, pues Paco mi sobrino quería que se lo rentáramos porque iba a trabajar allá. Decidí entonces que, como era para quedarnos cada vez que fuéramos al D. F., lo mejor sería amueblarlo.

Al empezar a arreglarlo, me encontré con un sinfín de cosas que necesitaban compostura, tanto de plomería como de electricidad, pintura, protecciones, algo de carpintería y, para finalizar, lavado de alfombras y hechura de cortinas.

Ana me acompañó a comprar lo necesario para la reparación; mi hermana Luly me recomendó a una persona de confianza que se encargó de hacerlo todo en cosa de una semana. Después fui con Gabriela a comprar los muebles necesarios. No eran de lujo, compré muebles rústicos, pero lo dejé muy bien equipado, con electrodomésticos, televisión, en fin, no le faltaba ni un solo detalle, hasta cantina le compré.

Cuando Paco llegó al departamento se sorprendió mucho al ver lo bien que había quedado. Estuvo viviendo ahí en julio y dos semanas de agosto. Lo malo fue que al pobre casi lo corrimos, porque Gabriela y Rony me comentaron que para fines de agosto se les vencía el contrato de donde vivían, y que, si era posible, enviarían todos sus muebles a Villahermosa para ahorrarse la renta mientras se venían a vivir acá y esperaban a que naciera mi nieta. El doctor les había dicho que calculaba el parto para después de la segunda semana de enero.

Se cambiaron, y Paco se fue a vivir al departamento de un amigo. Los muchachos, en lugar de unos cuantos meses, se quedaron a vivir ahí dos años y medio. ¡Qué parto tan largo! Hasta nació mi otra nieta.

UN NUEVO VIAJE

En ese mismo año, en septiembre, hicimos un viaje a Medio Oriente. Salimos de México a Tel Aviv con escala en Milán, y como teníamos que esperar varias horas para continuar el viaje, decidimos tomar un taxi e irnos a conocer el centro. Nos quedamos atónitos al ver la belleza de la catedral, subimos hasta la parte más alta y desde ahí la ciudad se admira perfectamente. Mayito se dio vuelo tomando fotos y todavía nos dio tiempo de ir a un lugar muy elegante, muy exclusivo, todo techado con cristales emplomados, donde se encuentra la ropa y perfumerías de las marcas más caras del mundo; a la entrada hay varios restaurantes, así que nos sentamos a admirar la belleza del

lugar y a comer una botana con un buen vino. Al terminar, ya estaba el taxi esperándonos, lo habíamos contratado desde el aeropuerto.

Salimos para Tel Aviv y llegamos a la una de la mañana. Ahí estaba Ráchel, la mamá de Rony, esperándonos. Nos recibió con muchísimo cariño, es una persona muy cálida, tierna y fácil de querer. Rony se parece mucho a ella en eso. Nos llevó directamente a su casa para que descansáramos, veníamos muertos después de un viaje tan largo.

Al día siguiente nos levantamos al mediodía, nos alistamos y nos llevó a conocer Batyam, suburbio que está a diez minutos de Tel Aviv y donde nació Rony. Conocimos el mercado, y es todo un espectáculo ver cómo la gente regatea y el vendedor no te deja ir sin que le compres algo, hasta se enojan. Después nos llevó a comer a un restaurante típico y delicioso; en la noche fuimos a cenar a la orilla del mar, donde hay infinidad de lugares para comer. De regreso a su casa, Ráchel nos armó varios itinerarios para que conociéramos los lugares de interés en todo Israel. Al día siguiente le habló a un amigo que tenía una agencia de viajes y nos mandó a la casa varios folletos con planes y precios.

Contratamos varios, uno por cada día que estuvimos allá, diez en total. Visitamos Jerusalén, donde tuvimos que disfrazarnos, pues íbamos en bermudas y no permiten entrar a los lugares sagrados sin cubrirte las piernas. Nos compramos ese tipo de chal con el que se cubren la cabeza los árabes y nos lo amarramos en la cintura, parecíamos danzantes de la Villa; fue muy impactante ver una cultura tan diferente a lo que estamos acostumbrados. En el Muro de las Lamentaciones oran con enorme devoción frente a una pared; nos acercamos, pero no juntos, los hombres van por un lado y las mujeres por otro. También estar frente al Domo de la Roca me impresionó mucho; visitamos el Santo Sepulcro, el museo principal, decorado con grandes adornos de cristal de colores que encienden en la noche y que fueron elaborados para festejar la llegada del año 2000; recorrimos el barrio árabe, en fin, la pasamos conociendo Jerusalén. También fuimos a Nazareth, Belén y Cesárea, una ciudad romana a

orillas del mar Mediterráneo. Después visitamos Haifa, el puerto más importante de Israel; Rosh Hanikrá, unas cuevas marinas a las que se baja en teleférico y donde se ve hermoso el Mediterráneo, colindantes con la frontera de Líbano; Akre, ciudad medieval; los montes del Golán y, por cierto, pasamos por los lugares de entrenamiento del ejército israelita. También visitamos una vinatería, nos llevaron a ver cómo se elabora el vino y compramos unas botellas para llevarle a Rá-chel; comimos en un kibutz a orillas del mar de Galilea y pasamos a conocer la ciudad romana de Hammat Gader a orillas del río Jordán. Nos llevaron a conocer el lugar más importante del mundo —según dijeron— en pulido de diamantes, nos mostraron cómo lo hacen y se podían comprar —por supuesto que no compramos nada—. Estuvimos en Masada, donde Herodes construyó un palacio no sé cómo se le ocurrió en un lugar tan desértico, al que se sube en teleférico y desde donde se ve el mar Muerto; al bajar nos metimos al mar a nadar y no se puede, sólo flotar, y hay que tener mucho cuidado de no salpicarse los ojos, porque arde mucho; luego nos embarramos de lodo, porque dicen que es muy bueno para la piel, cuando se seca te das un buen baño de regadera y a comer.

Al otro día volamos a Eilat, a treinta minutos de Tel Aviv. Es el lugar turístico por excelencia, en la costa del mar Rojo, en un punto donde lo comparten con otros dos países, Egipto y Jordania, en el puerto de Akaba, justo enfrente de Eilat, desde donde se alcanza a ver perfectamente y es la única salida que tiene al mar.

Nos quedamos sólo un día, pero lo aprovechamos para dar un paseo en barco que nos llevó hasta un acuario; de regreso nos venía escoltando un sinnúmero de delfines que saltaban a los lados del barco, parecía que estaban entrenados para que se les tome fotografías, es un espectáculo muy tierno.

En realidad, nuestro destino era Petra, en Jordania. Salimos al día siguiente muy temprano en autobús, pasamos kilómetros y kilómetros de desierto, y lo único que se veía de vez en cuando era alguna tienda de beduinos; es inexplicable cómo pueden vivir

en esas condiciones, con un calor de más de cuarenta grados, sin nada de vegetación, ni agua, y por casa unos cuantos trapos para guarecerse del sol y de la noche.

Al llegar a Petra e ir caminando por un cañón muy angosto, aparece de repente, al final del camino, el Palacio Rosa. Me quedé de una pieza al ver esa belleza esculpida en la piedra (tenía gran ilusión de conocer ese lugar); vimos un sinfín de palacios y tumbas que, según nos explicaron, construyeron los nabateos, pero que poco a poco se fueron extinguiendo; subimos a una construcción bastante alta que, nos dijeron, fue una iglesia bizantina. Otra co-sa admirable e impresionante es cómo los romanos tomaron la ciudad, le construyeron un acueducto, sistema de drenaje e incluso un teatro con la gradería esculpida en la piedra. El color de las rocas es único, con vetas de diversos colores.

Estuvimos todo el día en Petra caminando, subiendo, bajando y, por supuesto, con un calor de más de cuarenta grados, pero valió la pena conocer algo tan bello y totalmente fuera de lo común. Ya entrada la tarde nos llevaron a comer a un restaurante que nada tenía que ver con el entorno, parecía un lugar inglés o de cualquier país de Occidente: los meseros vestidos con traje negro, chalecos rojos y guantes blancos, no podía creer lo que estábamos viendo; eso sí, comimos una deliciosa comida típica de la región.

Regresamos a Eilat en la noche, muertos de cansancio, a dormir, para salir al día siguiente hacia Tel Aviv. Ahí pasamos todo el día con Ráchel, que nos llevó a Yafo, el barrio antiguo de Israel, que es más bien árabe, con callejuelas retorcidas y empedradas, donde se encuentran todas las galerías de arte.

Nos despedimos de Ráchel, mujer cariñosa y encantadora. Nunca olvidaremos que nos atendió de maravilla y con esplendidez. Tomamos el avión de Tel Aviv a El Cairo. Ahí estuvimos dos días. Es impresionante la cantidad de gente por todas partes, el tráfico es tremendo, hay un gran desorden en todo, la gente se atraviesa sin voltear a ver los carros y vienen las enfrenadas y los claxonazos, es

una ciudad muy ruidosa, pero tiene su encanto; me fascinó.

Visitamos el museo, una parte muy pequeña, pues es inmenso; luego fuimos a las pirámides. Es sorprendente estar frente a ellas, y más todavía entrar hasta una de las tumbas subiendo y bajando para llegar hasta donde está el sarcófago. La Esfinge: colosal. No puedo describir lo que sentí al estar contemplando edificaciones de las que toda mi vida he oído hablar y visto en documentales; verlas personalmente es otra cosa.

También estuvimos en el bazar y el mercado, todo mundo te llama y te ofrece agua de jamaica, te invita a pasar a sus tiendas y, cuando vienes a ver, ya estás comprando algo; es fascinante ver y oler (aunque no puedo lo último, porque hace mucho perdí el olfato) esa gran variedad de especias, dulces, la ropa típica casi siempre blanca, los señores sentados en las puertas de sus tiendas fumando en narguile, especie de ánfora con una manguera con una pitillera, se fuma de varios sabores: menta, hierbabuena y no sé qué más, eso nos dijeron, pero no lo probamos, fue algo pintoresco y a la vez muy diferente a lo que estamos acostumbrados y me encantó.

Volamos sobre la presa de Asuán, inmensa, desde el avión parece un mar en medio del desierto, pues casi no se distinguen las orillas; aterrizamos en la ciudad del mismo nombre. Nos llevaron a Abu Simbel, que es un templo de enormes dimensiones que movieron piedra por piedra antes de hacer la presa, porque si no, hubiera quedado bajo el agua; es una construcción imponente que data de la época de los nubios. Luego comenzamos nuestro recorrido en crucero por el río Nilo: Luxor, el Valle de las Reinas, el de los Reyes; asistimos a una noche con luz y sonido en el templo de Amón-Rá; realmente gozamos ese viaje a más no poder, nos trataron como príncipes. Contratamos un camarote en cubierta para tener una mejor vista; había gran cantidad de eventos mientras no estábamos en tierra, sobre todo en las noches, donde podíamos asistir a alguna variedad diferente; la última noche de navegación es costumbre del crucero hacer una noche egipcia con comida, bebida y variedad, así

que nos compramos ropa apropiada para ir de egipcios, pues se hace una cena con toda la tripulación; nos repartieron nuestros diplomas como viajeros distinguidos del crucero.

Después de los nueve días de travesía visitando y conociendo las bellezas egipcias, llegamos de nuevo a El Cairo, donde nos quedamos dos días y sus noches y tuvimos oportunidad de visitar varios lugares más.

Volamos a Estambul, Turquía, ciudad primorosa; navegamos por el Bósforo, pasando por debajo del puente transcontinental hasta donde se alcanzaba a ver el mar Negro; de ida, del lado izquierdo, está el continente europeo, y del derecho, el asiático; comimos en un restaurante típico a la orilla del mar. Visitamos la Mezquita Azul y Santa Sofía, donde a la entrada hay faldas y mascadas para cubrirse, pues igual que en Israel, está prohibido entrar a los lugares sagrados con las piernas, brazos y cabeza descubiertas para las mujeres; los hombres tienen que usar pantalón largo. Tu-vimos que quitarnos los zapatos para entrar.

Estuvimos en Topkapi, que fue el palacio de un emperador oto-mano; ahora es un museo inmenso imposible de recorrerlo todo. El Gran Bazar, famoso por su tamaño, es un laberinto con más de sesenta calles y todo cubierto, con tal variedad de comida y objetos que no sabíamos por dónde empezar; sólo conocimos una pequeña parte. De noche paseamos por una zona peatonal muy famosa por sus restaurantes y centros nocturnos frente a la Plaza Taksim, cercana al hotel donde estábamos hospedados. Fuimos a un centro nocturno a ver la famosa danza del vientre; en fin, estuvimos felices. Es una ciudad bellísima con muchos jardines llenos de flores, de noche la sentí muy misteriosa. Antes de partir hicimos un recorrido en taxi para grabar con la video todos los monumentos, pues están siempre iluminados de noche y eso le da otra dimensión a la ciudad.

Zarpamos en el crucero hacia las islas griegas después de la comida; pedimos un camarote en cubierta, pues de noche nos gustaba salir del cuarto a ver el cielo estrellado. Llegamos al caer la tarde a

Mykonos, una isla bellísima, con las construcciones típicas del Mediterráneo, todas pintadas de blanco con azul, muy iluminada, llena de restaurantes, cafés y miles de tiendas para comprar recuerdos: los clásicos molinos de viento. Es la isla más solicitada para que los millonarios construyan grandes residencias; estuvimos unas cuantas horas y cenamos en un lugar típico a la orilla del mar mientras soplaban un viento muy frío, buen pretexto para tomar un vinito.

Amanecimos en la isla de Éfeso, en el mar Egeo. Es una ciudad romana muy grande, lo mejor conservado es la fachada del templo de Artemisa. Como todas las ciudades romanas, está muy bien trazada, con calles amplias y empedradas y sin faltar su teatro; esta isla pertenece a Turquía, así como también la ciudad de Kusadasi, que se encuentra muy cerca de la ciudad anterior. Tiene un mercado muy grande de venta de artículos de piel, donde nos compramos unas chamarras después de mucho regatear; nos las vendieron a la mitad del precio que pedían inicialmente. Esta ciudad es famosa porque se dice que ahí murió la Virgen María, aunque nosotros no visitamos esa parte de la isla, pues fue una visita muy corta. Luego navegamos a Patmos, una isla lindísima; lo importante de este lugar es que en una colina está construido el monasterio del apóstol y evangelista Juan Teólogo, edificación muy grande y antigua de la época bizantina; desde lo alto se domina el Mediterráneo. Yo tuve una sensación muy particular al estar visitando este monasterio en un silencio sepulcral, donde solamente se escuchaban los cantos de los monjes y, de vez en cuando, el tañer de una campana llamando a la oración.

Regresamos al crucero a comer, comida típica e internacional, muy sabrosa y abundante, sobre todo los postres, que a mí en lo particular no me hacen muy feliz. Nos hicimos muy amigos de dos parejas jóvenes de españoles que iban de luna de miel, una madrileña y la otra de Barcelona, andaban con nosotros por todos lados y nos sentábamos siempre juntos en la misma mesa, compartíamos el pan y el vino.

Navegábamos toda la noche para amanecer en una isla diferen-te

cada mañana y pasábamos todo el día en la isla donde habíamos atracado para conocerla; si queríamos, podíamos volver al crucero a comer, pues todo estaba incluido y siempre había alguna lancha para llevar a bordo al que quisiera; preferíamos comer en las islas cualquier cosa para no perder tiempo y luego, en la noche, cenábamos muy bien y asistíamos a algún show.

Continuamos a Rodas, una isla amurallada con mucha historia, como todas, donde se supone que estuvo el Coloso, una de las siete maravillas del mundo antiguo, ahora sólo quedan las dos columnas que lo sostenían; en la cúspide de una de ellas hay un ciervo erguido como vigilando la ciudad, se decía que querían volver a construir el Coloso, pero no tenían para cuándo.

Una mañana llegamos a la isla de Creta, al puerto de Heraclion, muy famoso y conocido porque allí se encuentra el palacio de Knossos, del reino de la dinastía minoica, una construcción de enormes dimensiones, llena de laberintos y salas maravillosamente bien conservadas, con colores tan vivos como el rojo y negro de sus columnas y sus grandes murales, muchos de ellos con la pintura original. Todo el día lo pasamos en la isla, pues tiene grandes construcciones donde hay mucho que conocer, aprender y admirar, fue una visita extenuante por lo mucho que caminamos al rayo del sol; no quisimos detenernos ni a comer, sólo compramos algo de beber para no perder tiempo.

Regresamos al crucero bien cansados y empolvados, nos dimos un buen baño y nos arreglamos para cenar e ir un rato al piano bar.

Al día siguiente llegamos a Santorini, lugar hermosísimo ubicado en la cumbre de una colina. Subimos en teleférico, es lo más cómodo; mucha gente sube en burro, pero a veces éste ya no quiere caminar y te quedas a la mitad del camino. Nos tocó ver a uno que nos hizo mucha gracia, el hombre lo jalaba y lo empujaba para que caminara con los turistas en el lomo. También se sube caminando.

Como nos acompañaba una de las parejas de españoles, íbamos platicando, y al visitar una pequeña capilla, una señora española

nos oyó, salió a saludarnos muy amablemente y nos mostró su casa, desde donde se veía el mar de un azul intenso, un espectáculo maravilloso. Nos ofreció de beber agua de no sé qué y estaba feliz platicando en su idioma, nos sugirió que fuéramos a un pequeño monasterio que estaba más arriba; a nosotros eso no nos interesó mucho y nos separamos de los españoles, cada quien se fue por su lado. Caminamos por esas callecitas retorcidas con subidas y bajadas y balcones desde donde se admira el mar. La calle principal está llena de tiendas con chuchería y media para llevar de recuerdo; después de un buen rato, nos sentamos a botanear en uno de tantos restaurantes. Pedimos una tabla de quesos deliciosos con unas aceitunas enormes y un pan que posiblemente era de ajo, acompañada de una cerveza. Santorini nos encantó, tan pin-toresco, con sus edificaciones de una blancura que deslumbra. Pasamos casi todo el día ahí y en la tarde abordamos el crucero para seguir al Pireo, en el puerto de Atenas, donde se terminó nuestro recorrido por las hermosísimas islas griegas.

En Atenas nos estaban esperando para llevarnos al hotel. Era una muchacha mexicana de Cuernavaca que, curiosamente, un día que estábamos desayunando en Tepoztlán en un restaurante con toda la familia de mi esposo, nos fue a saludar, pues se acordó de nosotros y nos comentó que estaba de vacaciones.

Nos hospedamos en un hotel frente a la plaza Sintagma, la principal, donde se encuentra el parlamento; es un espectáculo muy singular ver el cambio de guardia cada hora, todo un ritual, y los uniformes tan especiales de los soldados, con falda corta plisada y los zapatos con un pompón en la punta.

En Atenas estuvimos dos días, visitamos la Acrópolis, y me pasó lo mismo que en Egipto, me dio gran emoción estar frente a ese imponente conjunto; ahí pasamos toda una mañana, me di vuelo grabando detalle por detalle; es verdaderamente increíble que esté en pie una edificación de tantos siglos atrás.

Estuvimos en dos museos, no recuerdo sus nombres; entramos

a conocer la Basílica, pues teníamos curiosidad de ver cómo es una iglesia ortodoxa griega.

Lo que hacíamos todos los días era comer riquísimo, probar la comida típica y tomar vino de la región, que no es muy bueno que digamos. Visitamos el estadio olímpico antiguo y el nuevo, que es una réplica del anterior. Atenas no será la gran ciudad, pero a mí me encantó, tiene un sabor muy particular; una noche fuimos a un restaurante a las afueras de la ciudad, bastante alejado, pero qué hermoso lugar lleno de plantas con todos los jardines iluminados, cenamos comida típica y vimos un espectáculo netamente griego.

Tuvimos que ir personalmente a informarnos cómo ir a Venecia, Italia, pues la muchachita mexicana no supo orientarnos. Preguntando con dificultad aquí y allá, pues no hay mucha gente que hable inglés, dimos con el tren que nos llevaría en una hora de Atenas al puerto donde salen los barcos para Venecia. Nos informaron que la travesía sería de unas diez horas, muy buen tiempo para llegar a nuestro destino. Pero no, tardó más del doble, afortunadamente compramos boletos de camarote y pudimos dormir cómodamente; lo malo fue que llegamos hasta la mañana del día siguiente y no la noche anterior, como estaba planeado.

¡Cómo disfruté esa entrada a Venecia! Era una mañana lluviosa y fría, sentí un ambiente nostálgico, triste, que me cautivó, y más todavía al ir de pie en la cubierta del barco con el viento frío rozándonos la cara, admirando esos edificios maravillosos envueltos en una suave bruma a través del canal por donde íbamos pasando.

Llegamos al muelle y, al bajar, no sabíamos cómo hacer para llegar al hotel, que ya teníamos pagado y reservado en plena plaza de San Marcos. Un señor muy amable, que tenía una especie de bodega, al ver al par de viejos destanteados y con cara de no saber, se acercó y nos preguntó a dónde íbamos. Le expliqué (en italiano, porque todavía me acordaba) y se acomodó a pedir por teléfono un vaporetto, especie de taxi marítimo, el cual llegó rapidísimo y nos dejó exactamente en la plaza, cargados con las maletas, de las que hasta ese momento no habíamos tenido que

ocuparnos. Caminamos por todos los portales, cruzando frente a la catedral de San Marcos, hasta el hotel. Al llegar nos enteramos de que habíamos perdido la reservación que teníamos para la noche anterior y que no podían hacer ningún reembolso. Por más que les expliqué lo que había pasado, les valió gorro; ni modo, me dijo Mayito que no siguiera discutiendo, porque perderíamos el poco tiempo que nos quedaba para recorrer Venecia, así que les regalamos una buena cantidad de liras, porque el hotel era uno de los más caros; eso sí, muy amables nos permitieron dejar el equipaje ahí.

Fuimos a desayunar a un restaurante pequeño frente a un comercio de cristal de Murano, y el dueño de éste se atravesó a saludarnos porque llamamos su atención, no sé si por vernos cara de extranjeros o porque nos escuchó hablar en español, el caso es que nos pidió permiso para sentarse y acompañarnos con un café. Se admiró mucho de que le hablara en italiano, y al terminar pagó la cuenta. Nos dijo que le permitiéramos invitarnos, luego nos dio varios tips para conocer algunos lugares de interés. En eso empezó a llover bastante fuerte y nos guarecimos en su tienda, aproveché para comprarle a Rony y Gabriela una copa con el filo dorado y la estrella de David para sus cenas del kidush y para nosotros compré dos copitas para coñac; al salir, cuando cesó la lluvia, me regaló unos dulces de colores y varios removedores de cristal.

Nos encaminamos hacia la plaza de San Marcos y estaba inundada, no se podía pasar, pero nos dijeron que esperáramos unos minutos y en un abrir y cerrar de ojos ya habían colocado tarimas formando pasillos para seguir caminando; el agua bajó muy rápido, posiblemente no tardó ni una hora. ¡Qué espectáculo tan maravilloso ver la plaza tan majestuosa casi en penumbra! Una gran diferencia de cuando habíamos estado la vez anterior, con un calor espantoso; ahora sí lo disfruté y puedo decir que conozco Venecia. A la catedral ya no entramos, ésa sí la conocíamos, y preferimos caminar por todas esas callecitas cruzando puentes y encontrándo-

nos a cada paso una obra de arte. Así se nos fue el día, solamente comimos algo muy sencillo para seguir conociendo, no era posible quedarnos más tiempo porque debíamos tomar el tren a Roma, donde ya estaba reservado y pagado el hotel y no queríamos que nos pasara lo mismo. Salimos ya entrada la tarde y llegamos en la noche, un taxi nos llevó al hotel. A la mañana siguiente, nos fuimos caminando hasta el centro de Roma, precisamente donde está el Coliseo; quise recorrer caminando el Foro romano, porque la vez anterior no lo habíamos visto con calma, había sido una visita muy somera; después nos seguimos hasta la basílica de San Pedro. Caminar por debajo de las columnas de la plaza e ir admirando con detenimiento todo lo que estaba a nuestro alrededor fue algo muy bello, disfruté el interior de la basílica, esa majestuosidad de las columnas de Bernini, sobre todo sin multitudes, con toda calma admiramos La piedad de Miguel Ángel, que no pudimos ver anteriormente porque la estaban restaurando de un atentado, ¡cuán-ta belleza pudo crear ese hombre!, para mí es casi inexplicable. Después nos fuimos a comer y todavía seguimos caminando hasta tarde. Al día siguiente nos fuimos al aeropuerto y salimos para México al medio día.

Este viaje lo disfruté enormemente, ojalá más adelante podamos hacer otro a algún lugar exótico.

Llegamos encantados con los nuestros, hijos y nieto, contándoles nuestro maravilloso viaje y dándoles los regalitos que les habíamos traído. Encontramos a Gabriela muy panzoncita, se veía hermosa mi hija embarazada, su carita muy apacible; le compré en Israel mucha ropita de algodón para el bebé.

Nos quedamos varios días después de que llegamos del viaje para convivir con los muchachos y Aviv, y también para ver a mis hermanas y a los hermanos de Mayito, llegamos precisamente para festejar los cumpleaños de Enrique y Álvaro.

Días después regresamos a Tabasco. Ya queríamos estar en casa, necesitábamos descansar del viaje tan largo.

DOS VIAJES MÁS

En febrero de 2002, Nelita, la esposa de mi sobrino Paco, organizó un viaje a Guatemala, ya que tiene varios parientes allá por parte de su papá. Fuimos Chucho y Cristi, Enrique y María, Quiti, Claudia (prima de Chucho), Stacy, una gringuita que estaba en casa de Nelita y Paco (de intercambio), Mayito y yo.

La noche anterior al viaje llegamos a Tenosique, Tabasco, nos hospedamos en el mejor hotel que había y estaba para llorar, pero de todo hacíamos broma. En la mañana temprano nos llevaron al embarcadero, pero antes, Manche, papá de Nelita, se paró a comprarnos varias cosas para llevar y nos llenó de antojitos para comer en la lancha durante una travesía de más de tres horas por el río, ¡cómo nos divertimos! Desde que comenzó el viaje fue comer y tomar tequila que había llevado Chucho, no se nos hizo pesado el viaje, pues es un recorrido hermosísimo, admirando los diferentes tonos de verde que tiene Tabasco. Llegamos a un punto donde nos sellaron los pasaportes y seguimos adelante hasta El Naranjo, Guatemala. Ahí pasamos la aduana y ya estaba un pariente de Nelita esperándonos con un microbús muy bien equipado. Nos llevaron a casa de una tía en un poblado llamado La Libertad. Aunque no la conocíamos, nos recibió con mucho cariño; de ahí seguimos a Flores, donde nos hospedamos en el hotel de un tío de Nelita, que está prácticamente dentro de la zona arqueológica de Tikal; llegamos ya tarde, así que derechitos a cenar y descansar.

Al día siguiente, temprano, después del desayuno, empezamos nuestro recorrido. Ver esas pirámides en medio de la selva es imponente, tienen una belleza inigualable; la zona es muy extensa y caminamos muchísimo; la verdad no sé cómo lo pude hacer, pues estaba muy mal de los bronquios y casi no podía respirar; me daban unos accesos de tos muy fuertes y para seguir caminando inhalaba mis medicamentos a cada rato; aguanté el ritmo, aunque no subí a ninguna pirámide.

Después de haber recorrido Tikal durante todo ese día, al siguiente volamos a la ciudad de Guatemala, y por estar bobeando y vacilando, por poco y nos deja el avión. Allí solamente estuvimos el día que llegamos, dimos la vuelta por la plaza principal, quisimos entrar a conocer el Palacio de gobierno, pero no nos lo permitieron, y eso fue todo. En la noche fuimos a cenar a un restaurante típico; nos dijeron que no valía mucho la pena quedarse más tiempo, pues no había mucho qué hacer, así que pasamos la noche y, al día siguiente, en una camioneta del pariente de Nelita, partimos rumbo a Antigua. En el camino vimos el lago de Atitlán, rodeado de varios volcanes, en una zona boscosa muy bella; después de varias horas llegamos. Antigua es una ciudad colonial preciosa, visitamos un hotel de lujo que hace varios siglos fue un convento; fuimos también a un pueblo donde se vende una cantidad enorme de artesanías, todos compramos un sinfín de cosas, hasta joyería fina, pues visitamos un negocio donde se fabrican alhajas de obsidiana y oro amarillo; parecíamos niños gozando con cada cosa que veíamos.

Volvimos a la ciudad de Guatemala y volamos de regreso a Flores, una ciudad pequeña, muy pintoresca, a orillas de un lago. Ahí nos estaba esperando un tío de Nelita, don Tono, el dueño del hotel donde nos hospedamos. Nos invitó a su casa a cenar esa noche, nos atendió como si lo mereciéramos. Es una persona muy cálida y hospitalaria, nos recomendó un ron muy fino que se elabora en Guatemala, algo caro, pero todos compramos varias botellas y, efectivamente, estaba riquísimo.

Al día siguiente salimos de vuelta a Tabasco. Nos volvieron a llevar en el microbús y no quisieron cobrarnos ni un solo centavo. Pasamos de nueva cuenta a casa de la tía de Nelita en el pueblo La Libertad para despedirnos, y nos llenó de antojitos y cosas de comida para llevar en la lancha de regreso.

Fue un viaje inolvidable, tanto por haberlo hecho por el río, como por las atenciones que recibimos, y sobre todo por la convivencia que tuvimos al estar juntos siempre en gran armonía y bromeando

de todo y con todos.

En julio de ese mismo año me invitaron Paco y Nela a ir con ellos y Nelita a buscar a Paquito, quien estaba en Madras, pueblito cercano a Portland, Oregon, en Estados Unidos. Se fue de intercambio por un año y éste había terminado, así que habían decidido ir por él y aprovechar para conocer otros lugares.

Me gustó la idea y, a pesar de que no andaba muy bien de salud, me animé. Me llevé mi inhalador eléctrico, un montón de medicinas y me fui con ellos. Volamos de Villahermosa a México y luego a Phoenix. Nos fue muy bien, porque como hubo sobreventa de boletos, nos dieron lugar en primera clase; nos sentíamos soñados, pero muy pronto volvimos a la realidad, porque de Phoenix a Portland nos fuimos en clase turista; ni remedio, nos duró poco el gusto. Al llegar a Portland, Paco rentó una camioneta y así viajamos. Lo primero fue ir al pueblo donde vivía Paquito, que nos recibió feliz. Lo encontramos muy bien y cariñoso, como siempre. Le dio mucho gusto verme, porque no sabía que yo también iba por él. Conocimos a la persona encargada de los intercambios, una señora muy amable y muy cálida. Al día siguiente nos llevó a que conociéramos los alrededores; como es una zona alta, hay varios lugares para esquiar en invierno, especialmente el monte Hood, que está nevado todo el año, y a donde llegan de todas partes del mundo para entrenar, aun en pleno verano; generalmente acuden a este bello lugar los que van a participar en las olimpiadas. Luego nos invitó a su casa, en un suburbio de Portland, a la orilla de un río donde la gente pesca con caña y trajes de hule hasta arriba de la cintura; un paisaje hermosísimo en medio del bosque. Su esposo y ella hicieron una comida típica gringa, en el jardín asaron hamburguesas, salchichas y papas fritas, nos dieron refrescos y como tres o cuatro postres. Reunió a varios muchachos amigos de Paquito, así como a las familias con las que habían vivido.

Al otro día nos fuimos a Benth, una ciudad pequeña y agradable donde vivían Athena y sus papás, la chica que estuvo aquí de inter-

cambio. Los fuimos a saludar, pues ya los conocíamos porque habían venido a ver a su hija, incluso estuvieron en el rancho de Chucho y Cristi en una comida que se les organizó.

Después de la comida nos despedimos y nos fuimos a un hotel. Salimos al día siguiente rumbo a la costa del Pacífico que tiene unos paisajes hermosísimos; nos llamó la atención que, igual que aquí, había gente a la orilla de la carretera vendiendo sus productos, canastos con cerezas naturales y varias frutas del bosque; les compramos y Paco se dio un atracón que hasta se enfermó del estómago.

Fuimos a un lago que se formó en un cráter y se llama Crater Lake con paisajes maravillosos, en varios lugares había nieve aun en pleno verano; luego nos dirigimos a la costa del Pacífico, visitamos Sea Lion Cave, bajamos a la cueva que da al mar, donde hay cientos de leones marinos y es todo un espectáculo ver esa cantidad de animales trepados en las rocas y muchos más a la orilla del mar. Ahí mismo subimos a un faro antiguo de los que hay varios a lo largo de este rumbo de la costa.

Continuamos por los bosques de Oregon. Me llamó mucho la atención la cantidad de aserraderos que hay. En uno de ellos había una montaña enorme de aserrín, es con lo que elaboran las tablas de aglomerado; para no viajar con los troncos por tierra, los echan a los ríos, y así los transportan de aserradero en aserradero; es impactante ver los miles de troncos de pinos que van en los ríos, llegan y se amontonan en el puerto de Coos Bay, donde los barcos los cargan para llevarlos a diferentes partes del país. Al llegar al puerto nos hospedamos enfrente de uno de los muelles y nos fuimos de manteles largos a cenar a un restaurante donde comimos un salmón exquisito y tomamos una botella de vino blanco riquísimo.

A la mañana siguiente salimos hacia una pequeña ciudad llamada Medford, estuvimos sólo de paso y seguimos a Ash Land, ciudad donde cada año se hace un festival y se ponen en escena las obras de Shakespeare, no fuimos a nada de eso, pues llegamos

entrada la tarde, así que Nela y yo nos fuimos a un café, mientras Paco entraba al cine con sus hijos a ver una película que ni a ella ni a mí nos interesaba, preferimos quedarnos a platicar y se nos fue el tiempo sin sentir.

Nos hospedamos esa noche ahí y al día siguiente tomamos la carretera de regreso a Portland. Visitamos Salem, la capital del estado de Oregon, ciudad como cualquier otra de Estados Unidos, lo mismo que Portland, con la diferencia de que por esta última pasa un río que cruza la ciudad. En realidad, no puedo decir que conocí Portland, pues estuvimos muy poco tiempo, la mayor parte de compras en varios outlets.

Volamos de regreso a Phoenix; Paco se puso furioso con Paquito, quien llevaba una mochila enorme llena de fotografías y cosas que no quiso mandar con el equipaje, y que motivó que los revisaran varias veces en un tramo de menos de ciento cincuenta metros. Le hacían sacar todo lo que llevaba en la mochila, hasta los zapatos se tenían que quitar. Eso enojó mucho a Paco, pues casi pierden el vuelo por tanta revisión, fueron los últimos en subir; tuvo que pasar un buen rato para que a Paco se le pasara el berrinche.

Al llegar a Phoenix volvimos a rentar una camioneta para ir a Las Vegas. Tomamos carretera, y parábamos en cuanto outlet había en el camino para que los chicos fueran de compras. Eso hizo que llegáramos casi de noche al parque nacional del Gran Cañón. Nos hospedamos y, a la mañana siguiente, vimos que frente al hotel había un tianguis de artesanías de indios navajos. Nos atravesamos a ver, pero no hubo nada que nos interesara.

Paco y Nelita decidieron que tomáramos un tour para conocer los alrededores del parque nacional; fue un verdadero fiasco, pues nos costó carísimo y no había nada que verdaderamente llamara la atención. Nos dio mucho coraje que nos vieran la cara. Llegamos al mirador del Gran Cañón, me quedé petrificada al ver esa inmensidad de formaciones rocosas, la enorme profundidad del cañón donde apenas se alcanza a ver el cauce del río Colorado es un espectáculo

maravilloso, lástima que fuimos al mediodía, nos hubiera gustado ver el atardecer; según dicen, a la caída del sol se aprecian un sinnúmero de tonalidades de las rocas.

Volvimos a tomar la carretera y pasamos por la famosa presa Hoover, formada por el río Colorado; nos bajamos a verla. Es una obra magnífica de ingeniería, digna de admirar; por sus enormes dimensiones es verdaderamente impresionante.

En la noche estábamos en Las Vegas y nos hospedamos en el hotel MGM, grandísimo, de cinco mil habitaciones, toda una ciudad. Estuvimos tres días. Asistimos a ver un show de un par de magos alemanes que trabajan con tigres blancos; no fue posible ir a más espectáculos porque, en primer lugar, no había muchos para los chicos, y luego, porque es verdaderamente caro.

Caminábamos mucho, aun cuando hacía un calor tremendo, pero no cabe duda de que donde hay dinero se soluciona todo, pues a lo largo de las aceras hay rociadores de agua que te van refrescando conforme caminas; así visitamos los hoteles, a cual más lujosos, la mayoría representando diferentes lugares del mundo, como el Cesar's Palace, que es tipo romano, con grandes galerías climatizadas repletas de tiendas de las más famosas marcas. El Bellagio, uno de los más caros, y donde el atractivo son las fuentes bailarinas que están en la entrada; en las noches hacen un espectáculo único bailando al ritmo de la música y cambiando de colores. El Venetian, una réplica en pequeño de Venecia, Italia, con un pequeño canal con góndolas. Otro simula París, con la Torre Eiffel a escala. Uno imita en la fachada los grandes rascacielos de Nueva York; el Luxor tiene grandes estatuas egipcias en la entrada. Sería imposible describir y enumerar los cientos de hoteles que hay.

Lo más atractivo es ver Las Vegas de noche, con esa cantidad de luces de diferentes colores que parece de día y, por supuesto, la cantidad enorme de casinos en todos y cada uno de los hoteles. Nosotros sólo jugamos un rato en las maquinitas de monedas, porque para los menores de veintiún años está prohibido hasta pararse a ver cómo

juegan los demás, aunque vayan acompañados por sus papás.

Un día fuimos a la torre más alta de Las Vegas, es circular y tiene un gran mirador desde donde se aprecia muy bien toda la ciudad, seguramente de noche debe ser una vista fabulosa por la gran cantidad de luces. La atracción de esta torre es un juego mecánico que está en la parte más alta, es para los que gustan de emociones fuertes; se subieron ellos cuatro y yo los esperé tomándome una cerveza helada.

Para mí fue demasiado tiempo en este lugar, pues o vas de compras o a jugar; no hay más, y yo no iba ni a lo uno ni a lo otro.

Hubiera preferido que nos quedáramos más tiempo en Portland, donde había mucho que ver, pero no se iba a hacer lo que yo quisiera. Tenía que apegarme a lo que tenían previsto. De cualquier manera, la pasé muy bien, pues tengo una magnífica relación con ellos y sirvió para convivir más con Nelita chica, incluso dormíamos en la misma cama y platicábamos mucho, pues siempre había estado muy alejada de mí, y aunque no es tan apegada y cariñosa como su hermano, nos hicimos buenas amigas.

Luego de tres días volvimos a la carretera para ir a Tucson, Arizona, no sin antes habernos parado en dos o tres outlets más, porque todavía les faltaba a los chicos cosas que comprar; llegamos a casa de Licha y George, hermana de mi cuñado Paco y su esposo, casi de noche.

Nos recibieron con mucho cariño. Ella es una persona muy cálida, la conozco desde que yo era adolescente, y su esposo es un hombre muy amable.

Estaban encantados de que estuviéramos con ellos, viven muy solos en un suburbio alejado de Tucson, así que fue una fiesta tener compañía; ya nos estaban esperando con una cena muy sabrosa que Licha había preparado.

Al día siguiente fuimos a Casas Grandes, una colonia cerca de la ciudad, a visitar a Frank, el hijo de Licha que se acababa de mudar ahí. Aproveché para comprar una carriola que Gabriela me había

encargado; luego nos fuimos al cine y después Paco invitó a sus tíos a cenar a un restaurante donde sirven unos cortes de carne de res muy buenos y de los que todos tenían antojo.

Nos quedamos Paco y yo dos noches, Nelita y los chicos quince días más. Licha me insistía para que también me quedara, pero como mi salud no estaba muy bien que digamos, preferí regresar; ya estaba un poco cansada de tanta carretera.

En el aeropuerto entregó Paco la camioneta rentada y Frank nos acompañó hasta que nos subimos al avión. No compré gran cosa, pero la famosa carriola hizo historia. Paco me ayudó a cargarla para documentarla y sí pesaba un poco, no lo niego, pero no me dijo nada en ese momento. Sí lo vi muy serio en todo el viaje, pero se lo atribuí a que debía estar cansado de haber manejado durante tantos días. Después, cuando platicamos del viaje, sale a colación la carriola y ahí me entero de que era la causa de su mal humor durante el viaje; hasta la fecha, cada vez que se acuerda me reclama lo que tuvo que cargar.

Ahí no para la cosa, pues después de tanto dengue, a Gabriela no le gustó la maldecida carriola. Ni remedio, no siempre puedes quedar bien y ahora me tocó perder.

EL NACIMIENTO DE MI PRIMERA NIETA

Fui a México para finales de noviembre de 2000, al cumpleaños de Aviv; sus papás le hicieron su fiesta como siempre. Aproveché la oportunidad para hacerle un baby shower a mi hija en casa de Ana, ¡qué linda se veía Gabriela embarazada!, su carita se le dulcifica más que de costumbre y tiene una mirada llena de ternura, ¡cuánto la amo!

Mayito llegó a México días antes de Navidad y la pasamos en casa de Ana con sus hijos, como siempre muy alegres; yo, feliz, compartiendo con mi nieto la felicidad que le daba al abrir todos y cada uno de los regalos que recibía.

Nos fuimos con nuestros hijos, mi nieto, Mayito y yo a Oaxtepec,

a casa de Ramón y la Chapita, a pasar con todos los hermanos de mi esposo la cena de fin de año; también fue mi hermana Ana y su hija Titina; todos nos quedamos a dormir allá y la gozamos en grande; yo les bailé mi especialidad: un minuet. Me disfracé con un vestido que me llevó María de los Ángeles, y se botaban de la risa con las payasadas que hice al bailar.

De nueva cuenta, el 19 de enero de 2001 mi hija dio a luz a una bebita; igual que su primer parto, fue totalmente natural, sin anestesia. ¡Qué bella estaba mi hermosa nieta!, muy parecida a Aviv, con unos ojazos negros hermosísimos.

Me sentía tan feliz con mis dos hermosos nietos que no me cambiaba por nadie. Estuve un buen tiempo echándole la mano a los muchachos con Aviv, pues le costó mucho trabajo aceptar que ya no era el único (aún no lo ha superado), se puso muy grosero, ya no era el niño simpático y sociable que tenía embobada a toda la familia con su gran sentido del humor e inteligencia. Antes era el centro de atención cada vez que salíamos de viaje para festejar a alguno de los hermanos de mi esposo, se llevaba muy bien con todos y todos tenían que ver con él, pero al nacer su hermanita fue otro, se volvió berrinchudo, no quería saludar a nadie, ya no le llamaba la atención ninguno de los juegos y bromas que le hacía cualquiera de sus tíos, especialmente Enrique, que le hacía al mago, y él se fascinaba y se reía a carcajadas; ya no, se volvió introvertido, al grado de que no quería que le hablaran ni que lo tocaran; siempre estaba de mal humor. A mí me daba mucha tristeza por él, pues de seguro se sentía muy mal y esa era la forma de expresarlo.

En la casa era muy diferente, pues todo el tiempo que estaba con ellos me dedicaba a él exclusivamente. Me tenía asombrada con su memoria casi fotográfica y la gran inteligencia que posee, todo lo que le platicaba lo captaba inmediatamente; lo que más me ha gustado es su sentido del humor; me enriquecía muchísimo la convivencia con mi nieto, gozaba inmensamente estar con él y le encontraba más sentido a mi vida.

Me entregaba a él absoluta y totalmente, le contaba cuentos que le inventaba; lo mismo jugábamos un juego de mesa que con la pelota, o con carritos, o construíamos un zoológico con su colección de animales que le fascinaban, o armábamos rompecabezas; vaya, hasta luchábamos y la hacíamos de karatecas; el caso es que tenía abuela de tiempo completo, solamente el rato en que se iba a la escuela no estaba conmigo y era cuando podía cargar y ver a mi chiquita linda.

Aviv habló muy rápido y bien, había algunas palabras que decía de manera muy simpática, por ejemplo: gutallos a los dino-saurios, ricaturas a las caricaturas, difácil por fácil, pegasoso por pegajoso, y decía con mucha frecuencia ¡ógale!, cuando estaba de acuerdo en algo; me es difícil recordar tantas cosas que decía de una manera curiosa.

Tal vez para cualquier otra persona todo lo mencionado puede ser tonto, sin importancia o hasta cursi, pero para mí, si se relacionaba con mi nieto, era simpático y lo gozaba mucho. Sé que lo veo con ojos de amor, aunque reconozco que no es un niño fácil, pues su temperamento es muy fuerte, pero muy noble y cariñoso. Es asombroso el parecido físico de Aviv con su papá desde bebé, y ya más grande, hasta en la manera de caminar; es un niño muy bien parecido y su pasión es el fútbol.

Yamit (mar en hebreo), mi nieta, fue y ha sido siempre una niña muy buena. De bebé dormía muchísimo, y cuando despertaba, era con una gran sonrisa, estaba siempre de buen humor, no era llorona; me veía con una mirada tan tierna, con esos ojazos negros y vivarachos que me desbarataba, me daban ganas de comerme sus cachetitos chapeados como dos manzanas, ¡qué hermosa es mi nieta! Tiene una personalidad muy distinta a la su hermano, ha sido mucho más tranquila y razonable, sumamente cariñosa y, lo más bello en ella, su feminidad, desde muy chiquita, sus ademanes, esa manera de mover las manos, habla con esos ojos negros enormes; su mirada vivaracha y tierna es a veces muy coqueta,

seductora; y es muy sociable, hace migas con grandes y chicos. Ha sido muy alrevesada desde que empezó a hablar; nos mata de la risa su manera de expresarse muy propia, pero con palabras que dice muy a su manera, como quichito por chiquito, julletes por ju-guetes, jijumante por jitomate, guaguacate por aguacate; en fin, que de diez palabras por lo menos dos dice a su manera; le encanta pintarse, llenarse de pulseras y anillos, así como la alberca, la música y el baile.

DE NUEVO SOY ABUELA

Pasó un año y nueve meses y tuve la fortuna de volver a ser abuela.

La noche anterior a que naciera mi segunda nieta, le hablé a Gabriela para avisarle que llegaba al día siguiente en la mañana. Contestó Rony y me comentó que mi hija ya estaba sintiéndose mal, pero a esa hora nada podía hacer para irme, así que mi es-poso y yo llegamos a la mañana siguiente, directamente al hospital. Ya había nacido nuestra segunda nieta: Maayan (manantial en hebreo). Era el 5 de octubre de 2002. Me sentí muy mal por no haber podido estar con mi hija un buen tiempo antes del parto, co-mo lo había hecho en las dos ocasiones anteriores, pero mi salud no ha sido buena desde entonces; además, el parto se le adelantó, y peor me sentí al saber que mis hijos tuvieron que recurrir a mi hermana Ana para que a la una de la mañana se fuera a quedar con Aviv y Yamit, porque Gabriela ya estaba a punto de dar a luz. Efectivamente, nació a los cuarenta y cinco minutos de haber llegado al hospital. Encontramos a nuestra hija muy bien, con su carita linda y su mirada tierna; sentí que le daba mucha tranquilidad vernos y saber que de inmediato nos íbamos al departamento a estar con nuestros nietos, pues mi hermana Ana, para esa hora, se había ido a su trabajo y los niños estaban con la muchacha.

Mi nieta estaba preciosa, igual que sus hermanos: cachetoncita y muy parecida a ellos, nada más que esta bebé sí tiene algo de su

mamá. Me dio mucha ternura verla y cargarla por un momento, pues yo estaba nerviosa por ir a ver a mis otros nietos.

Después de que vimos a nuestra hija y a la bebita, nos fuimos a la casa para estar con los niños; se pusieron felices de vernos y nosotros más todavía.

A los dos días del parto ya estaba Gabriela en la casa con mi preciosa nieta; todos estábamos encantados con ella. Aviv, contentísimo, cargaba a su hermanita con mucha ternura y cariño, lo mismo Yamit: pensaba que era una muñeca.

Mi esposo regresó a Tabasco y quedamos en que regresaría para pasar Navidad y Año Nuevo. Así que me quedé con mis hijos y nietos, pues Gabriela necesitaba ayuda porque sólo tenía una muchacha que iba cada tercer día y por cuatro horas. Rony estaba trabajando, se iba en la mañana y regresaba ya entrada la noche. Yo llevaba y traía a Aviv de la escuela; la ventaja es que Yamit dormía toda la mañana, lo mismo que la linda bebita.

Disfrutaba mucho estar con mis chiquitos, aun cuando había veces en que no me sentía muy bien de salud y tenía que recurrir con frecuencia a los inhaladores; eso no era obstáculo para que jugara con mis nietos y echara la mano en las tareas domésticas.

El tiempo que estuve en México también le ayudó a Gabriela a ir empacando cosas, pues les comentamos que ya era necesario que estuvieran en Villahermosa para que estuvieran al pendiente de la construcción de su casa. Habían comprado un terreno y le pidieron a mi esposo que les echara la mano yéndola a ver de vez en cuando, para que viera el avance de la construcción. Así lo hizo durante toda la obra negra, pero no podía estar todo el tiempo vigilando. Tenía que trabajar, y se daba cuenta de que, aunque Rony enviaba dinero, la obra no avanzaba al ritmo que debía, pues al no haber alguien constantemente vigilando, el arquitecto mandaba a los trabajadores a otras casas que se estaban levantando en la misma privada; era muy importante que ellos personalmente vieran su casa, sobre todo ahora que ya iban a empezar con detalles.

Días antes de Navidad llegó Mayito. La pasamos, como siempre,

en casa de mi hermana Ana con toda su familia; también estuvimos en la cena de Año Nuevo, fueron Paco y Nela con sus hijos, Enrique y María de los Ángeles, Paloma, mis hijos con mis nietos y nosotros. Estuvimos encantados, la bebida fue la atracción de la noche.

NUESTROS HIJOS SE VIENEN A VIVIR A VILLAHERMOSA

Para finales de enero de 2003, llegaron a vivir con nosotros nuestros hijos y nietos. Nos acomodamos bastante bien: Rony y Gabriela en su recámara con Maayan en su cuna y Aviv y Yamit en nuestra recámara, en el sofá-cama de la salita.

En verdad que mi nieto no dejaba de sorprenderme, pues en cuanto llegaron entró al colegio, al primer grado de inglés. Sabía leer muy bien, pero no sabía escribir ni tampoco nada de inglés, pero en muy poco tiempo aprendió los dos tipos de letras: la cursiva y la script; en tan sólo cinco meses cursó el año escolar y terminó con calificaciones muy altas.

Sé que no fue fácil para ellos adaptarse a vivir aquí, sobre todo para Gabriela, que aunque a mí no me lo decía directamente, se lo comentaba a sus primas: extrañaba mucho México; tampoco era agradable estar amontonados en un solo cuarto y no sentirse en lo suyo; los comprendo perfectamente, pero para tener su casa, como ellos querían, tenía que hacerse un pequeño sacrificio, como antes lo habíamos hecho nosotros.

Su estancia en nuestra casa durante año y medio —lo que tardó su casa en estar lista— fue para mí muy bella, pues disfruté mucho a mis nietos: ver cómo iban creciendo, sus gracias, sus avances en el colegio, en fin, convivir diariamente con ellos me enriqueció mucho: sorprenderme con Aviv por su desempeño en la escuela, emocionarme al ver a Yamit con uniforme cuando fue por primera vez al jardín de niños, ver a Maayan, nuestra bebé, como centro de atracción, era maravilloso. Luego ya nos identificaba perfectamente

a su abuelo y a mí, la vimos empezar a gatear —por cierto, en dos ocasiones su papá le sacó de la boca una cucaracha y un pequeño ciempiés—; después empezó a caminar, y con los tres, nunca había un día igual a otro, ya fuera por alguna gracia que habían hecho, por un berrinche o por los grandes enojos de Aviv. En los últimos meses que vivieron con nosotros, mi salud empeoró, y había veces en que no quería saber de nada ni de nadie, me sentía verdaderamente mal. Hacía verdaderos esfuerzos para estar con mis nietos, pues los extrañaba mucho, pero por más que quería, me cansaba muy rápido, no dejaba de toser, tenía que estar pegada al oxígeno y no podía convivir con ellos como estaba acostumbrada.

En mayo de ese año me fui a México para arreglar el departamento que teníamos allá, queríamos rentarlo amueblado, así que se lo di a una inmobiliaria para que se encargara de ello, pero al cabo de seis meses no hizo nada. Mi hermana Ana me comentó que Carlos, su yerno, podría encargarse de rentarlo; se lo di a él y al poco tiempo me avisó que había una señora interesada, pero que no lo quería amueblado, así que fui para desocuparlo. Varios de los muebles los vendí entre la familia y otros los regalé; el caso era dejar vacío el inmueble lo antes posible. Después de haberme deshecho de todo, me sale la señora con que siempre no. Total, le dije a Carlos que lo ofreciera en renta o en venta, pues ya había pasado casi un año vacío, y en lugar de dejarme ganancias me estaba generando gastos, pues había que pagar el mantenimiento mensualmente, la energía eléctrica, el agua, el teléfono, el predial. Un buen día me habló Carlos para decirme que él y Claudia, mi sobrina, lo compraban; me pareció muy bien, sólo que les pedí que me dieran una buena parte del importe, para que yo pudiera comprar aquí alguna propiedad, porque no quería dejar el dinero en el banco. Así lo hicieron y compré un departamento por el mismo rumbo en que tenemos otro, y se rentó muy rápido, casi el mismo día en que firmamos las escrituras.

Para Navidad pusimos, entre mis nietos y yo, una rama llena de luces y dulces. Mis nietos estaban encantados: comían chocolates

mañana, tarde y noche. Las fiestas de fin de año, tanto Navidad como la cena de Año Nuevo, las pasamos aquí, en casa de Paco y Quiti, y los niños estuvieron felices al recibir gran cantidad de regalos. Aviv hasta llevaba la cuenta de cada uno de los que iba recibiendo, Yamit fue la atracción de la noche por su manera de ser, y mi gordita linda de Maayan apenas si se daba cuenta de lo que pasaba, pues acababa de cumplir un año.

AL FIN MIS HIJOS Y MIS NIETOS ESTRENAN SU CASA

Rony se pulió para sus hijos con detalles muy lindos en su casa; se pasaba días enteros pintando. Pintó el techo de la recámara de las niñas con un arco iris, nubes, la luna y el sol; al de Aviv le dibujó el sistema solar con todos los planetas y sus órbitas; también decoró el arco que divide el cuarto de juegos con la cocina; allí dibujó cada una de las fiestas judías que se celebran durante el año, y más aún; dos revisteros los pintó de azul y los decoró con varios dibujos, todo le quedó precioso. Los dos tenían una gran ilusión por su casa. Es lógico, era su primera casa propia, y más la apreciaban después de estar un año y medio viviendo tan incómodos.

Se cambiaron a finales de julio de 2004. Al ir sacando todo lo de su casa que tenían embodegado desde hacía más de tres años, se llevaron una muy mala sorpresa al encontrar muchas de sus cosas dañadas debido a la humedad tan grande que hay aquí, pues el co-mején (tipo de termita) acabó con el marco del espejo de su recámara y con una pata de la mesa del comedor. Lo peor fue cuando se dieron cuenta de que la cama de Aviv, nuevecita (poco antes de enviar toda la mudanza la había estrenado), no estaba, nunca la entregaron. Ya había pasado mucho tiempo como para reclamar. Me apenó mucho que les hubiera pasado eso, pues en parte me sentí responsable por no haber revisado bien cuando llegó lo que mandaron. En fin, algo tenía que suceder, y antes no fue tanto, después de varios años de

estar todo embodegado.

Estaban apurados en dejar la casa lista, pues al poco tiempo llegó de Israel Ráchel, la mamá de Rony que vino a visitarlos. Estaba muy contenta de verlos en su casa, pues la verdad les quedó muy bonita, es muy grande y le pusieron muy buenos acabados.

Ahora que ya están en su casa, implantamos la costumbre de que vengan a comer los jueves; algunos sábados van a las comidas en casa de Paco y Quiti, y los domingos procuramos pasarlos juntos, ya sea que salgamos a algún lado o que se vengan a comer; los sábados se quedan a dormir Yamit y Aviv; a Maayan todavía no me animo a traérmela, porque con eso de que todavía usa pañal, me canso mucho al cambiarla. Me siento feliz de ser abuela, pues adoro a mis nietos y ellos me quieren mucho, se pelean por sentarse junto a mí en la mesa, o cuando estamos viendo la televisión, tengo que estar en medio para tener uno de cada lado; y cuando está Maayan, se acuesta sobre mí. Vivo inventando juegos o les cuento cuentos; cuando vienen, dejo todo para entregarme a ellos por completo. Como abuela me siento totalmente plena, una mujer triunfadora, pues sé que soy una persona muy especial para mis nietos, así como ellos lo son para mí.

MAAYAN, LA BEBÉ, VA AL JARDÍN DE NIÑOS

Comenzó a ir a principios de septiembre pasado, nunca lloró y va feliz. Tiene un carácter muy alegre, todavía no habla muy bien, pero ya se da a entender en todo, y más desde que está en el co-legio. Como buena niña criada en el trópico, no le tiene miedo a los insectos y siempre pide que le dibujen una culasha (cucaracha), como ella dice. Es de temperamento más fuerte que su hermana; es tremenda, trae de encargo a todos, porque cuando quiere algo y no se lo dan, muerde; eso sí, es muy simpática y, al igual que sus hermanos, muy inteligente y tiene mucho sentido del humor. Cuando

hablo a casa de mis hijos, invariablemente contesta Maayan, me dice no sé cuántas cosas y luego no quiere pasarle el teléfono a nadie. A cada rato me llaman por teléfono, tanto Aviv como Yamit, pero ella más desde que aprendió los números; me llama para cualquier cosa o a cualquier hora, y si no me encuentra, me deja mensajes en la contestadora; en resumen, mis nietos me traen de cabeza, los adoro y los disfruto mucho, son parte muy importante en mi vida. Cuando me siento enferma, pienso en ellos, y entonces me animo a seguir adelante.

La Navidad de 2004 mis nietos y yo pusimos un árbol artificial (ahora no encontramos rama) lleno de chocolates y luces, por supuesto, comieron hasta la saciedad. De nuevo la pasamos en casa de Paco y Quiti, fue una cena muy alegre. Estuvimos muy contentos con todos los parientes de Paco que vinieron de Toluca, mucha gente joven. Paco chico hasta llevó un trío, y los niños estuvieron encantados con sus regalos, esta vez tuvieron más que el año anterior.

La cena de fin de año la hicimos aquí, en la casa, con nuestros hijos y nietos solamente, quise que fuera aquí porque nunca la habíamos hecho y me pareció que sería un buen recuerdo para los niños el haberlo pasado en casa de los abuelos.

LA RELACIÓN CON MI HIJA

Siempre he llevado una buena relación con Gabriela, pero sentía que ella no andaba bien. Veía como que estaba pasando por problemas existenciales, pues no la sentía conforme ni contenta, a pesar de tener ya su casa y estar en armonía con su esposo, aunque con Aviv siempre ha tenido problemas por el temperamento que tiene. Él ya está en terapia con un psicólogo; es necesario que les ayuden para entenderlo mejor.

Un día, a principios de año, me comentó que le gustaría asistir a un diplomado de superación personal, pero como estaban muy

gastados, no podían pagar la mensualidad. Me ofrecí a pagársela, porque sabía que eso le ayudaría a encontrarse a sí misma, aunque también sabía que caería en la cuenta de muchas cosas sobre su vida, y posiblemente tendríamos algunos problemas. No me importó correr el riesgo, con tal de que ella se sintiera mejor.

Como lo pensé, un buen día empecé a verla muy distante y molesta conmigo, así que decidí abordarla:

—Oye, hija ¿qué te pasa?, ¿por qué estás de tan mal humor conmigo? Cada vez que hago algo o abro la boca para decir cualquier cosa, me atacas y me criticas.

—Qué bueno que te diste cuenta. Sí estoy muy molesta contigo, porque hay muchas cosas que nunca te he dicho: siempre he sentido que no me has aceptado; te molesta que sea morena; me daba mucho coraje cuando decías que tú tienes los ojos grandes o si veías a alguien, lo primero que decías era lo bonito que tenía los ojos, ¿por qué a mí no me dijiste alguna vez que yo tenía ojos bonitos? Cuando era niña no me dejabas vestirme como yo quería, siempre has sido muy mandona, nunca has dejado de dirigir a todo mundo; cuando estoy reprendiendo a alguno de mis hijos, tú te metes; sé que lo haces por ayudar, pero a mí me molesta, porque me quitas autoridad; a mi papá no lo dejas en paz, se te olvida que ya no estás en el colegio, que ya no eres la directora; además, eres muy metiche y crítica, ¿qué diferencia con mi papá!, nunca habla mal de nadie y es mucho más tolerante que tú.

La dejé que hablara hasta sacar todo lo que traía adentro; cuando terminó, le dije tranquilamente:

—Primero que nada, hija, te pido que me perdones por todo el mal que te pude haber causado. En eso de que te rechazo por el color de tu piel, estás muy equivocada, porque si eso hubiera sido, no te hubiera escogido a ti. En relación con tus hijos, tienes razón, voy a tratar de no cometer las mismas faltas, y si lo hago, dímelo de inmediato, a mí no me molesta que me digan mis errores, y mucho menos viniendo de ti, porque te amo mucho; lo que quiero es ser

una mejor madre. Nunca es tarde para rectificar el camino, y más aún para tener una mejor relación contigo.

"En lo que se refiere a que me la paso dirigiendo, posiblemente tienes razón, pero no es fácil dejar de lado una manera de vivir de tantos años, y más todavía cuando fui una persona que tuvo grandes responsabilidades. Trataré de poner más atención para no seguir con la misma tónica. Lo que sí es importante que sepas, es que todos los errores que pude haber cometido nunca fueron con el propósito de molestarte o hacerte sentir mal, pues en ese momento yo creía que era lo mejor para ti; una madre que se precie de serlo jamás quiere conscientemente molestar a un hijo, y mucho menos hacerlo sufrir. El pasado no tiene vuelta, mi hija linda; el presente es efímero, así que te pido que vivamos el futuro de la mejor manera posible. No quiero que te siga lastimando lo que ya no tiene remedio, no me gustaría que llegues a una edad mayor guardándome rencores. Eso no te va a permitir ser mejor, al contrario, te carcome y te amarga la vida, y no deja ser feliz.

"Te repito de todo corazón, cuando tengas algo que te incomode por parte mía, házmelo saber, no te calles nada. Ya te diste cuenta de que callándose las cosas no se olvidan, al contrario, se acrecientan. Lo mismo con tu marido: hablen, hablen siempre, es la única manera de limar asperezas.

"Para terminar, quiero que sepas que te amo antes que a nadie en este mundo, y posiblemente muchos de los errores que cometí fueron por ese amor desmedido que te tengo, por haberte sobreprotegido, como dice el dicho: 'Ni todo el amor, ni todo el dinero'. Como diría mi papá: 'En la educación de los hijos eres como el cohetero, sales siempre tronado, ya sea por lo que hiciste o por lo que dejaste de hacer'. ¡Qué razón tenía mi padre!

"Ojalá que todo lo que no te ha parecido de mí, lo vuelvas consciente para que no lo vayas a repetir con tus hijos y seas una madre mucho mejor de lo que yo he sido. Estoy segura de que así va a ser, pues tú tienes otro temperamento, otra manera de ser y de sentir."

A partir de esa plática, la he sentido mucho mejor conmigo. Cuando le pregunto cómo se siente, me platica sus cosas como siempre lo había hecho; sé que tengo que estar muy pendiente de lo que hago y digo para no cometer más errores; quiero ser mejor para decir que como madre soy una mujer triunfadora. Estoy segura de que sí puedo lograrlo, porque estoy poniendo todo mi empeño en ello, y con amor, ternura y paciencia, todo se logra.

Con Rony tengo una magnífica comunicación, es un ser muy bello, tiene unos sentimientos muy hermosos, es buen padre y es-toy segura de que también es un buen marido.

COMPAÑERA Y ESPOSA

A partir de que nuestros hijos se vinieron a vivir acá, me he sentido más tranquila, más segura de mí misma respecto a mi esposo. Ya no le reclamo si llega tarde o si pasa muy poco tiempo conmigo, me lo guardo, ya no digo nada. Comprendí que no valía la pena reclamar tiempo para mí. Siempre encuentra un porqué, así que no tiene ningún caso estar insistiendo, pues de cualquier manera él hacía lo que se le venía en gana, y la única que pasaba malos ratos era yo. Opté por ya no reclamar nada, así estamos mejor. Ya le he perdonado lo mucho que me lastimó y acepté que siguiéramos juntos porque siempre lo he amado y lo sigo amando. Es un ser muy importante en mi vida, razón muy poderosa como para que después de casi cuarenta y cuatro años de casados sigamos teniendo dificultades. Al contrario, es tiempo de que cada día estemos más unidos y seamos aún más compañeros; por eso, como su compañera y esposa me siento una mujer triunfadora.

UNA PÉRDIDA MUY DOLOROSA

El 10 de septiembre de este año, la familia sufrió una gran pérdida al fallecer repentinamente mi cuñado Paco. Esa mañana su hija Cristi nos habló para darnos la noticia, no lo podía creer, pensé que era una

broma de mal gusto, ya que el día anterior había estado mi es-posito en el hospital para saludarlo; lo vio bien y me comentó que po-siblemente lo darían de alta el viernes o el sábado de esa semana. El lunes anterior lo habían operado de las vértebras cervicales y había salido muy bien de la operación, pero en la mañana del sábado, cuando nadie se lo esperaba, le vino un paro cardiorrespiratorio. Los médicos lo atendieron rápidamente y lograron reanimarlo, pe-ro al momento le vino otro más, del que ya no salió.

A mí me afectó muchísimo su muerte, porque no solamente era el esposo de mi hermana Quiti, sino que también perdí a mi hermano, mi amigo, mi confidente, mi consejero, mi psiquiatra, mi maestro; era un ser a quien yo respetaba y amaba muchísimo. Todavía no me cabe en la cabeza, y menos en mi corazón, que él ya no esté presente. Nada menos el sábado pasado fui a su casa a dejar la comida que me tocaba llevar a mí. Cuando vi su carro en la cochera, mi primer pensamiento fue: "Voy a subir a saludar al gordo", pero al momento reaccioné y me acordé de que él ya no estaba, sentí un hueco en el estómago y una gran tristeza. Hay ve-ces, cuando estoy sola y pienso en él, en los momentos tan bellos que compartimos juntos, cuando asistimos a los cursos de análisis transaccional en que me sentía un poco insegura y él me daba ánimos, en que no puedo evitarlo y me suelto a llorar; espero que pronto pueda asimilar su ausencia.

MI ESTADO DE SALUD

Desde hace ya tres años se ha recrudecido mi problema bronquial y hay veces que no tengo humor de nada. Toser día y noche me agota, en temporadas he tenido que dormir sentada, recurrir continuamente al oxígeno y a los inhaladores. He visto a varios mé-dicos, uno de ellos me mandó cortisona por más de dos años. Se me puso la cara de luna y subí mucho de peso; lo peor fue que no sirvió de nada, así que un buen día decidí ya no tomarla. Empecé a bajar de peso, pero bajé muy rápido y más de lo debido, estaba muy débil, y con las malas noches, peor.

Fui con otro doctor que me estuvo tratando con medicina alternativa.

Me inyectaba una ampollita de enzimas y tenía que com-pletarlo con seis pastillas diarias; costó un dineral y de nada me sirvió. Después fui con otro, ése me mandaba unas vacunas mes con mes y un montón de medicamentos, hasta que un buen día tomé la decisión de no volver a ver ni un solo médico más; ahora yo sería mi propio médico.

No puedo decir que estoy bien, pero cuando me siento muy mal ya sé lo que debo hacer y vuelvo a salir adelante.

No ha sido nada fácil, pues precisamente después de que me quité la cortisona, me puse muy mal. Estaba segura de que no la libraría, y mi único pensamiento era: “¿Para qué le dije a Gabriela que se vinieran para acá?, si yo faltó, ella de seguro se va de aquí, y entonces todo el sacrificio que han hecho habrá sido inútil. Pero luego me animaban mis nietos, así como las muestras de cariño que he recibido de parte de familiares y amigos, y eso hacía que no tuviera tantos pensamientos negativos.

Estoy muy agradecida a Chapita, porque vino a pasar unos días conmigo y me sirvió de mucha compañía; también a mis hermanas Luly y Ana, que se tomaron la molestia de venir a verme en los momentos más críticos de mi estúpida enfermedad que no me deja ni un solo día. Con su presencia me sentí muy querida y apapachada. Quiero estar bien, y sé que lo voy a lograr porque mi vida ha sido plena, llena de satisfacciones, y creo que todavía tengo mucho que dar. Hay mucho amor dentro de mí para repartir entre los seres que amo, no debo darme por vencida; al contrario, sacaré fuerzas de donde pueda para seguir adelante.

Sofía, yo sé que tú puedes.